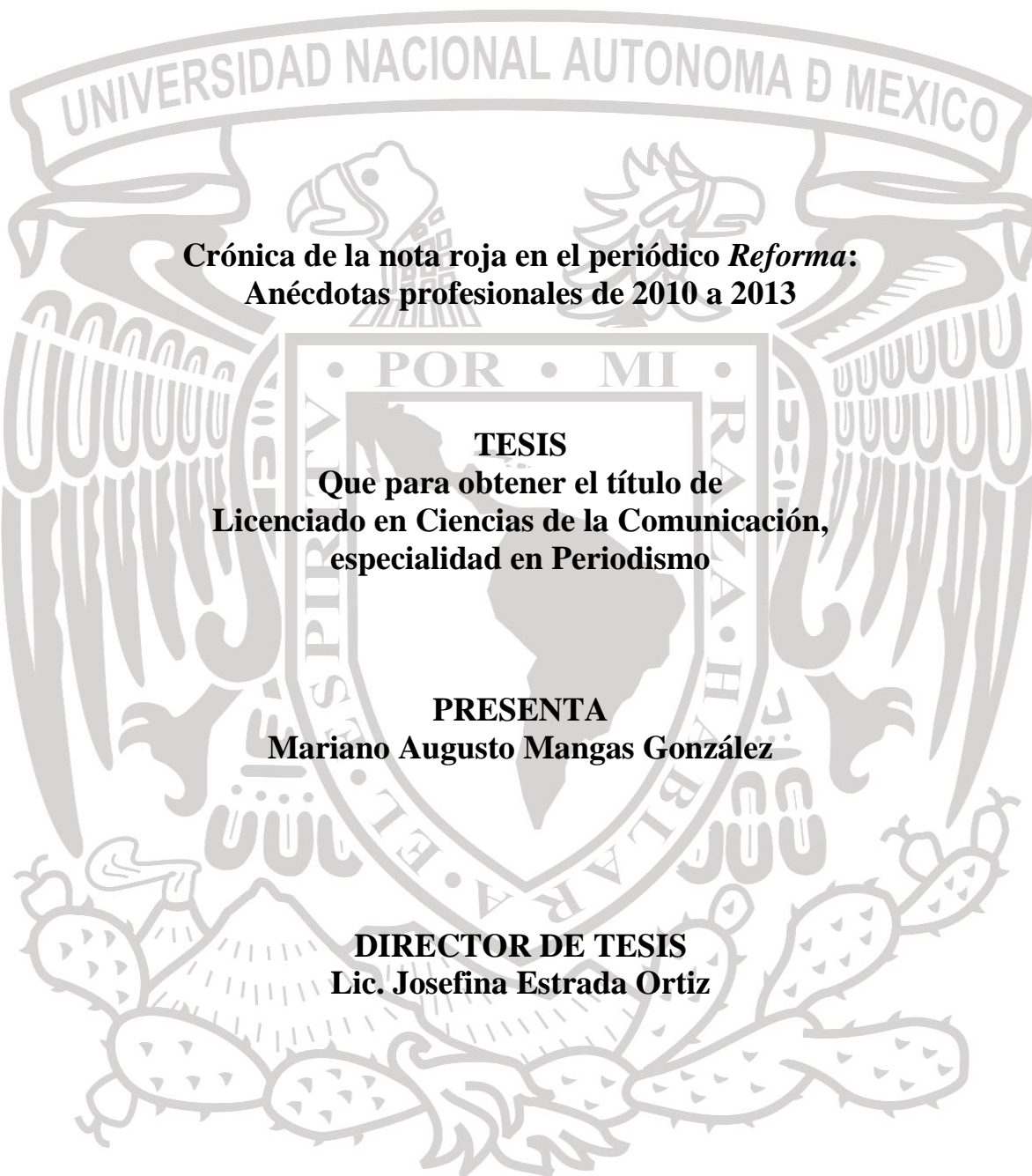


UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales



**Crónica de la nota roja en el periódico *Reforma*:
Anécdotas profesionales de 2010 a 2013**

TESIS
**Que para obtener el título de
Licenciado en Ciencias de la Comunicación,
especialidad en Periodismo**

PRESENTA
Mariano Augusto Mangas González

DIRECTOR DE TESIS
Lic. Josefina Estrada Ortiz

Ciudad Universitaria, Cd. Mx., 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A María Elena González Mendoza
y Mariano Mangas Delgado*

*Yo era, después de todo, un periodista profesional;
así que tenía la obligación de cubrir la historia,
para bien o para mal.*

Hunter S. Thompson, periodista y escritor

Índice

Introducción.....	11
1. La llegada a <i>Reforma</i> : aprendizajes de periodismo.....	25
1.1. Bienvenido a <i>Reforma</i>	27
1.2. Una nota accidentada.....	33
1.3. Arturo “Gato” Sierra, el experto de la investigación policíaca.....	38
1.4. Casualidades.....	42
1.5. Secuestro en Ciudad Neza.....	46
2. Los reporteros no son indiferentes a la tragedia.....	53
2.1. Condenadas por su hermosura.....	55
2.2. Música, balas y la Condesa.....	61
2.3. El gran mentiroso de Tepito.....	66
2.4. Entre el asesinato de un niño y los cigarrillos.....	70
2.5. Un triste arrullo de cuna.....	76
3. Coberturas especiales, narcotráfico y alcoholismo.....	81
3.1. Los olores de la muerte.....	83
3.2. ¡Muere el contador de La Barbie!.....	87
3.3. Huele Santa Martha a perfume y barniz.....	93
3.4. Miradas demenciales.....	101
3.5. No importa el tamaño de la chequera, para la muerte somos iguales.....	106
3.6. Sombra, el diablo y un polvorín clandestino.....	111
3.7. Un par de perlas negras.....	116
4. Entre la ética y el deber periodístico.....	121
4.1. Desconfía de todos, en especial de los reporteros.....	123
4.2. El día que el novato se reveló.....	129
4.3. Todos somos asesinos en potencia.....	136
4.4. Accidentes aéreos, accidentes periodísticos.....	140

5. Lecciones finales y desencanto por <i>Reforma</i>	145
5.1. La vieja guardia.....	147
5.2. Tepito sangriento	151
5.3. El tornado, la ciudad y una corbata.....	154
5.4. Fuimos la revolución, fuimos 132.....	158
5.5. Dios no está en los bosques.....	163
5.6. La última nota antes del cierre.....	170
 Conclusiones	 177
 Bibliografía.....	 186

Introducción

Definitivamente, la fuente policíaca es desequilibrante. Por más normal que se intente ser, ya alejado del medio, uno acaba riéndose del doble sentido en los encabezados o relata con una sonrisa demente los hechos más violentos de los que fue testigo. Aún ahora, que me aparté de la cobertura policíaca para dedicarme a temas económicos y generales en *El Financiero Bloomberg*, todavía disfruto al leer el *Metro* o comento alguna nota violenta mostrada en la tele. No puedo negar al sádico que vive en mí, quien disfruta con el dolor ajeno. Ni siquiera es que le permitiera desarrollarse a lo largo de seis años de coberturas violentas (en *Reforma* y *El Gráfico*), ya formaba parte de mí desde antes; sólo aguardaba el momento justo para manifestarse.

Ese lado oscuro no logró consumirme lo suficiente. En mí conservo algunos rasgos de la ingenuidad de novato y ciertos valores. Para mis excompañeros de *Reforma* aún sigo siendo un rebelde que prefirió anteponer la ética en todo momento. Como reportero no he ganado premios ni dádivas. No me importa, mientras algo de congruencia se conserve intacto. El presente trabajo es un Prototipo Profesional de crónica periodística, donde están plasmadas algunas experiencias de cobertura policíaca en el diario *Reforma*, de 2010 a 2013.

A través de una selección cronológica de las vivencias en el periódico *Reforma*, busqué recrear los casos relevantes que ayudaron a mi formación profesional. Esta retrospectiva de los casos de nota roja servirá como una guía para el estudiante de periodismo. Pretendo mostrar a través de la crónica cómo se enfrenta el reportero a sucesos violentos. El objetivo es mostrar al periodista de nota roja como un profesional con sentido del deber y ética, al tiempo que hago énfasis en los aspectos humanos descritos narrativamente para transformar la información dura en una historia que atraiga a los lectores.

La crónica es el género ideal para exponer las complicaciones vividas como reportero de nota policíaca. No sólo se trata de un compendio de notas publicadas, sino un análisis contrastado de la formación teórica universitaria y la práctica diaria del oficio periodístico. Para el desarrollo de una investigación periodística se requiere de las fuentes documentales y de las vivenciales, por lo que esta tesis se encuentra sustentada en las notas que publiqué en el periódico *Reforma*, así como entrevistas a los reporteros, fotógrafos y editores.

Una gran mayoría de los estudiantes de comunicación —en especial quienes buscan dedicarse al periodismo— sueña convertirse en columnistas o aparecer a cuadro como conductores estelares de algún noticiero. Algunos, quizá menos superficiales, pretenden ser los columnistas que brinden prestigio a los periódicos de circulación nacional. Entre este último grupo, casi todos buscan colocarse como enviados internacionales, reporteros de las primeras planas, de cultura o de algo glamuroso como los espectáculos.

La nota roja o policíaca, en cambio, es una fuente a la cual muchos estudiantes o egresados rehúyen. Desde el nombre al cual refiere la información, se piensa de inmediato en el término amarillismo. La Real Academia Española (RAE) lo define como “sensacionalismo, como lo practica la prensa amarilla”¹. Aunque el término pareciera coincidir en muchos aspectos con la información cubierta por los reporteros policíacos, no es una práctica denigrante o que haga menos a quien dedique su vida profesional a esta faceta.

Es preciso dejar en claro el concepto “amarillismo”, ya que en esta tesis no pretendo denigrar a los protagonistas sino recrear la labor del reportero de nota roja y mi visión acerca del tratamiento de la información. El origen del amarillismo se remonta a finales del siglo XIX, y puede parecer tan inocente como la caricatura de un niño llamado Mickey Dugan — parecido al personaje Tontín, de Blancanieves— que escondía tras de sí la competencia de dos magnates noticiosos de la época. Como lo explica de forma sencilla el barcelonés Alfred López, bloguero y colaborador del portal español *20 Minutos*: entre 1895 y 1898 Joseph Pulitzer tenía una férrea rivalidad con William Randolph Hearst que fue llevada a sus respectivos diarios, *New York World* y *New York Journal*, cada uno de estos periódicos buscaba atraer a sus lectores con información que tuviera que ver con crímenes, chismes y desgracias de familias importantes, catástrofes o hechos que tendieran hacia el sensacionalismo.

En las páginas del *New York World* de Pulitzer, el dibujante Richard F. Outcault creó la tira cómica llamada Hogan’s Alley, cuyo protagonista, Mickey Dugan, llevaba una camiseta amarilla donde el dibujante trazaba sus mordaces diálogos. Fue entonces que Randolph Hearst quiso tener a su propio chico con la camiseta amarilla y contrató los

¹ Real Academia Española; diccionario de la lengua española (DRAE), edición 22, publicada en 2001, Dirección URL: <http://lema.rae.es/drae/?val=amarillismo>, [consulta: 31 de marzo de 2014].

servicios de Outcault, lo cual se transformó en una disputa legal que derivó en la aparición del mismo personaje en los dos periódicos pero dibujado por distintos artistas.

Muchos son los expertos que aseguran que el nacimiento de dicho término no fue algo casual, sino que fue un diario de la competencia, el *New York Press*, quien se encargó de acuñar y difundir el término de periodismo amarillo para referirse a la línea editorial de ambas publicaciones, llegando a publicar tiempo después el artículo “We called them Yellow because they are yellow”, expresión que hace un juego de palabras con dos de las acepciones de *Yellow*, amarillo y cobarde (Los llamamos amarillos porque son cobardes).²

Tanto el amarillismo como la nota roja son categorías casi hermanas y ambas se encuentran delimitadas por una sutil frontera, pero al menos dentro de periódicos como *Reforma* el tratamiento va encaminado a humanizar a las víctimas sin presentarlas con el morbo que caracteriza a otros medios más famosos por su cercanía al amarillismo como lo fue el *Alarma!* o durante la década de los 90 el programa de televisión *Duro y Directo*. Por tanto, a través de la experiencia profesional como reportero de justicia o policíaco, busco analizar el periodismo de nota roja como una de las fuentes que han dotado de las herramientas básicas a los reporteros en ciernes y cuyo trabajo no puede ser despreciado o puesto en una categoría inferior a otros ámbitos como los temas nacionales, espectáculos, cultura, deportes, entre otras fuentes de información.

El estudiante de periodismo así como los reporteros que inician su carrera deben tomar la nota policíaca con tanta seriedad como Truman Capote, Edgar Allan Poe —quien a partir de noticias de asesinatos desarrolló al primer detective de ficción: C. Auguste Dupin—, Gabriel García Márquez, Carlos Monsiváis, Jorge Ibarguengoitia, Ricardo Garibay o periodistas como Manuel Buendía, Vicente Leñero así como Eduardo Téllez Vargas, conocido como el Güero Téllez... todos se vieron fascinados o se inspiraron en las historias de la cruenta realidad de la nota roja.

Investigadores como Agustín Sánchez González, Irma Lombardo, Marco Lara Klahr, entre otros, ubican formalmente el nacimiento de la nota roja a partir del último cuarto del

² Alfred López, “¿Cuál es el origen de llamar ‘prensa amarilla’ al periodismo sensacionalista?”, [en línea], Madrid, blog *Ya está el listo que todo lo sabe* del portal *20 Minutos*, Dirección URL: <http://blogs.20minutos.es/yaestaellistoquetodolosabe/cual-es-el-origen-de-la-expresion-prensa-amarilla/>, [consulta: 1 de abril de 2014].

siglo XIX. Esta fuente ha sido esencial para el desarrollo del periodismo en México, incluso desde sus inicios pudo pasar de una simple noticia sensacionalista a la portada de los periódicos más importantes de aquella época. Mientras que Carlos Monsiváis hace referencia al *Tribunal de la Santa Fe* del siglo XVIII como antecedente y menciona entre los personajes pioneros de esta información al grabador José Guadalupe Posada como uno de los primeros ilustradores de las noticias sangrientas. La magistral crónica de Monsiváis en el libro *Los mil y un velorios. Crónica de la nota roja en México* se convierte en un referente obligado para entender el atractivo de esta fuente, misma que llevó al éxito a publicaciones como *Magazine de Policía* del periódico *Excelsior* de los años 30, *Alarma!* de la década de los 60, y que hoy en día se mantiene viva en publicaciones como *Metro*, *El Gráfico*, *La Prensa*, entre otros.

En América Latina la nota roja arraiga a sus adeptos al iluminar, bajo ángulos sensacionalistas, detalles de su vida cotidiana, desapariciones, cárceles, estafas, despojos, puñaladas, riñas, asesinatos porque sí, nomás por estar de vena o por no dejarse, por ser la violencia un lenguaje muy reconocible.³

El origen sangriento y rojo de esta fuente de información podría atribuirse según lo menciona Lara Klahr “al sello rojo que el Tribunal del Santo Oficio imponía sobre sus sentencias”⁴. Mientras que en su libro *De la opinión a la noticia*, Irma Lombardo se adentra en la investigación del periodismo del siglo XIX, donde encontraremos dos grandes ejemplos de los orígenes de la nota roja. El 5 de julio de 1872, el periódico *El Federalista*, fundado por Manuel Payno y Gonzalo A. Esteva, publicó toda una investigación transformada en crónica sobre el secuestro de don Juan Cervantes que fue titulada “Murmulllos. El acontecimiento de ayer. El plagio del señor Cervantes. Nuestros Informes”. Por una parte, se tomó una nota impactante que fue llevada a las primeras planas; por otra, se delineó la labor del reportero como investigador de todo lo referente a la noticia y la transformación de los datos en una crónica policíaca. “Sobre esta materia hay que observar cómo los asuntos relativos a sucesos impactantes, de nota roja diríamos hoy en día, fueron los elegidos para utilizar el género de reportaje”⁵.

³ Carlos Monsiváis, *Los mil y un velorios, Crónica de la nota roja en México*, México, Debate, 2010, p. 39.

⁴ Marco Lara Klahr y Francesc Barata, *Nota(n) roja. La vibrante historia de un género y una nueva manera de informar*, México, Debate, 2009, p. 52.

⁵ Irma Lombardo, *De la opinión a la noticia*, México, Kiosko, 1992, p. 32.

El segundo ejemplo es mencionado por Lombardo como aquel en el cual formalmente se presenta el color característico de la nota roja, en una anécdota llena de humor negro que escandalizó a la sociedad de la época. Al periodista Manuel Caballero se le podría atribuir como uno de los iniciadores formales de la nota roja. Cuando éste viajó a Guadalajara en 1889 para fundar *El Mercurio Occidental*. Durante la visita del periodista a los talleres, éste pidió a un chico que se encontraba en el lugar que colocara un poco de pintura roja en su mano para después plasmarla en los ejemplares; esto con motivo de la captura del asesino del gobernador Ramón Corona. La portada hizo creer a los lectores que en realidad se trataba de la huella del homicida.⁶

Aunque el fin de este proyecto no consiste en presentar una historia de la nota roja de México, sí es necesario dejar claros los orígenes y definiciones acerca del género para que el lector se familiarice con ellos y así pueda adentrarse en esta serie de crónicas de experiencia profesional.

Podría definirse a la nota roja como todos aquellos hechos relacionados con situaciones violentas que presentan información de interés al lector ya sea para que éste pueda desarrollar medidas de prevención u obtenga conocimiento de los niveles de seguridad del entorno en el que vive. Fernanda Melchor define de la siguiente forma a esta fuente: “Por nota roja nos referimos al género periodístico por medio del cual se dan a conocer públicamente hechos relacionados con algún tipo de violencia”.⁷ Más adelante, la misma autora menciona algunas de las características que desde el siglo XIX se han conservado y que definen por mucho las portadas de periódicos como *La Prensa*, *Metro* o *El Gráfico*, en los cuales “la nota roja se caracteriza por presentar encabezados impactantes, con tintes de exageración y melodrama, y un diseño simple con colores llamativos.”⁸

Pedro Terán, editor de la sección de Justicia en el periódico *Reforma*, fue quien me dio la oportunidad de iniciarme como reportero policiaco el 3 de abril de 2010. Para él, dicha fuente es materia primordial para la formación de un reportero, mismo que debe abordar la

⁶ *Ibid.*, pp. 87-88.

⁷ Fernanda Melchor, “La experiencia estética de la nota roja. Los orígenes del periodismo sensacionalista en México”, [en línea], México, *Revista Replicante*, diciembre de 2012, Dirección URL: <http://revistareplicante.com/la-experiencia-estetica-de-la-nota-roja/>, [consulta: 1 de abril de 2014].

⁸ *Ibid.*

temática con tanta seriedad como —y en muchas ocasiones lo llega a ser— la nota principal o de ocho columnas del diario.

Esta es la materia prima de tu trabajo. Acostumbro decirles a mis reporteros que aquí tratamos con aquellos casos en los que nadie quisiera verse involucrado: un accidente, un homicidio, un asalto, una violación, un secuestro. Nadie quiere ser el protagonista de un hecho así. En segundo lugar tratamos muchas veces con la gente que nadie tendría de amigos. Como reporteros, como editores nos toca conocer y tratar con todo tipo de delincuentes que seguramente no los harías tus amigos.⁹

Una de las características primordiales del manual de estilo de *Reforma* es la objetividad y precisión que los reporteros deben de tener en el manejo de la información. Pocas veces la estructura —generalmente pirámide invertida con algunas sutiles variaciones— de las notas publicadas en *Reforma* y *Metro* permitían el desarrollo de una crónica libre, en gran medida por la prohibición del uso de adjetivos innecesarios. Los estándares de la nota en *Reforma* seguían una estructura de diamante, que más o menos se traducían en que la información debía ser útil para el lector, atractiva, balanceada en fuentes y veraz. Estos eran los diez puntos esenciales que debía cumplir el reportero:

- (El periodista) Expone los hechos con exactitud, veracidad y plenitud.
- No omite hechos, información, nada que el público tenga derecho a conocer.
- Respetar la vida privada y la intimidad.
- Publica las diversas versiones en torno a una controversia.
- Permite el acceso al periódico a sectores minoritarios.
- Respetar el orden jurídico, los derechos de terceros.
- Presume que las personas acusadas de delitos son inocentes, mientras no sean condenadas.
- Evita todo estereotipo racial, étnico y sexual.
- Aclara o rectifica cuando descubre un error.
- Guarda serenidad y altura en la polémica.¹⁰

⁹ Mariano Mangas, “Entrevista realizada a Pedro Terán, editor de Justicia del periódico *Reforma*”, México, periódico *Reforma*, martes 11 de marzo de 2014.

¹⁰ Manual de Estilo de Grupo Reforma. Pág. 3. Año 2006.

Traté de memorizar cada uno de esos puntos para aplicarlos a mi ejercicio periodístico. Aunque deben existir guías para tener los puntos básicos, no considero que se deban seguir de manera inflexible. La forma de hacer periodismo evoluciona constantemente y cada vez la tecnología está llevando a los profesionales de la comunicación a escribir, tomar video, editar en tiempo real y manejar las redes sociales. La práctica diaria, en especial en el periodismo de nota roja, tiene factores impredecibles casi imposibles de convertir en regla. Como reportero siempre tuve que adaptarme a las circunstancias y debo agregar que siempre me tomaba un par de libertades en cuanto al manual de estilo. Siempre traté de afinar mi visión personal en las notas policíacas y que no sólo fueran datos duros; al final, daba cuenta de la tragedia de las personas y por eso buscaba, a través del lenguaje narrativo, desarrollar las historias de las víctimas.

Irma Lombardo muestra la riqueza de la fuente policíaca así como el equilibrio entre información confiable y narración al mencionar el trabajo de Manuel Caballero, quien desde el siglo XIX hacía énfasis en la influencia de los hechos cotidianos como fuente narrativa para el reportero.

[Caballero] decía: “No hay que fabricar noticias falsas, con las verdaderas puede formar un periodista algo que asombre, encante o irrite... con los materiales de la noticia diaria logra un periodista sacar material literario que envidiaría un autor de novelas por entregas o un dramaturgo desmelenado”.¹¹

El debate sobre los límites del periodismo y la literatura, sobre lo narrativo y lo aportado por la realidad, ha dividido por décadas a los círculos intelectuales. En octubre de 2014 Philip Gourevitch, colaborador de *The New Yorker* escribió un artículo en el cual aplaudía que la periodista Svetlana Alexievich formara parte de las listas de apuestas para llevarse el premio Nobel de Literatura. Gourevitch se preguntaba si la “escritura de no ficción” originada en el periodismo merecía ser admitida como literatura; en su texto auguraba: “Y tan pronto como se rompa la barrera del Nobel hacia la escritura de no ficción, el hecho de que haya existido se volverá absurdo. Literatura es sólo una palabra elegante para

¹¹ Irma Lombardo, *op. cit.*, pp. 83-84.

la escritura.”¹² Fue hasta 2015 que el trabajo periodístico de Svetlana Alexievich obtuvo el reconocimiento del Nobel de Literatura, para demostrar que muchas veces la realidad puede aportar material narrativo lo suficientemente poderoso como para construir la crónica.

La estructura piramidal era un proceso mecánico, aprendido una vez y repetido cientos de ocasiones. Como reportero también cabían mis reflexiones, mi visión sobre el entorno, incluso mis creencias religiosas o perspectiva política y opiniones; pero todo lo anterior debía quedar a un lado en pos de informar con veracidad e imparcialidad. Aunque al final del día además de la información dura, me llevaba a casa las emociones de los protagonistas de la noticia: llanto, desesperación, desconsuelo, tristeza, alegría, pesar, fatalidad... No es posible, por tanto, mantenerse ajeno a dichas manifestaciones humanas. De forma indirecta, también fui testigo del hecho noticioso para transmitirlo al lector de la forma más clara posible. Estos son los ejes para desarrollar esta tesis como crónica. No pretendo hacer una enumeración ordenada y racional de las notas que fueron cubiertas durante los tres años de trabajo en el periódico *Reforma* (2010-2013), sino para abordar las experiencias del reportero al salir a las calles. Esto bien puede servir como referencia vivencial y didáctica complementaria para los estudiantes de la carrera de Periodismo. Como lo menciona Pedro Terán, aunque la experiencia académica puede dar herramientas de investigación básica, no hay nada como la práctica del oficio y el objetivo de esta tesis es brindar al estudiante un acercamiento lo más fiel posible a dichas vivencias.

La docencia da y te ayuda a pulir técnicas de investigación, de escritura; te dice qué son, cómo son, cómo hacerlo. Ya el trabajo diario te da ese *feeling*, ese sentimiento que necesita el periodista o el editor al momento de estar laborando y que no te van a explicar en la escuela. Por más que uno quiera decírselo a un alumno, es difícil de transmitirlo. Lo tienes que vivir. Son experiencias que tú tienes que ir adquiriendo y que están más allá del aula. Te pueden llevar la cantidad de periodistas que quieras a la escuela a platicarte sus experiencias, pero no las vas a asimilar. No las vas, a lo mejor, a comprender hasta que no las vives. Creo que esa es la parte que le falta a la escuela y no porque no haya intención de darla, sino que creo que es prácticamente imposible darle al alumno esa otra parte que necesita en su formación periodística.¹³

¹² Philip Gourevitch, “Nonfiction deserves a Nobel”, [en línea], Estados Unidos, *The New Yorker*, 9 de octubre de 2014, Dirección URL: <http://www.newyorker.com/culture/cultural-comment/nonfiction-deserves-nobel>, [consulta: 9 de noviembre de 2015].

¹³ Mariano Mangas, *op. cit.*

Durante su paso como director de *La Prensa*, del 4 de enero de 1960 al 13 de agosto de 1963, Manuel Buendía estableció bases periodísticas en aquel diario que podrían servir como referentes del oficio que debe guiar al periodista.

[Buendía] aleccionó a los reporteros sobre la precisión necesaria en la preparación del material cotidiano, que requiere “objetividad, concisión, fuerza expresiva” y no permite la práctica de “estilos fofos, desvaídos y, en suma, totalmente impropios del tipo de periodismo que estamos obligados a practicar todos los días y en cada una de nuestras notas”¹⁴

Granados Chapa hace referencia a las dudas que Buendía tenía respecto a su trabajo, pues en aquella época ser reportero era un oficio en el que la formación se daba en la calle y no tanto en las aulas. Al respecto comenta: “Con ironía respetuosa, mi futuro director expresó sus dudas sobre si en la universidad enseñaban de verdad a ser periodista”¹⁵.

Ya desde esa época Buendía marcó una pauta a seguir que al menos en el caso de *Reforma* es una constante: ser concisos, breves y ofrecer una información que sirva al lector y no sólo páginas repletas de paja o declaraciones sin fondo. Para él fue importante la capacidad del reportero para la síntesis, pues era ahí donde se descubría a un reportero capaz y a otro que sencillamente no daba el ancho.¹⁶

Los accidentes —así como los motivos para un asesinato— pueden manifestarse de la forma más inverosímil posible y que, paradójicamente, los acerca más a la verdad que sólo se consigue en la narrativa o el cuento: la falla en el freno de una carriola, la muerte de un rehén al confundirlo con un criminal, las torturas dantescas —en algunos casos— con el toque de humor negro que imprime el narcotráfico en sus ejecuciones. De ahí se retoma para esta crónica lo mencionado por Villoro cuando indica que “la realidad, que ocurre sin pedir permiso, no tiene que parecer auténtica.”¹⁷

Son diversas las razones por las que un estudiante decide tomar el periodismo como forma de vida; nunca serán las económicas, pues se trata de una carrera mal pagada y donde los horarios no son respetados ni los días festivos ni los compromisos familiares. Quienes

¹⁴ Miguel Ángel Granados Chapa, *Buendía. El primer asesinato de la narcopolítica en México*, México, Grijalbo, 2013, pp. 57-58.

¹⁵ *Ibid.*, p. 81.

¹⁶ *Ibid.*, p. 59.

¹⁷ Juan Villoro, “Ornitorrincos, notas sobre la crónica” en *Safari Accidental*, México, Joaquín Mortiz, 2005, p. 18.

optan por ser periodistas lo hacen, quizá, por dos motivaciones fuertes: de verdad les apasiona investigar, denunciar los errores del sistema o relatar alguna crónica de personajes interesantes; la segunda, en su búsqueda por convertirse en literatos creadores de *best sellers*, optan por dedicarse a un oficio que les permita ganar un poco de dinero mientras escriben y les llega el momento de vivir sólo de las regalías de sus libros (cosa que en contadas ocasiones sucede). Es así como uno llega a desarrollar el gusto por lo que Villoro llama el “ornitorrinco de la prosa”.

El primer pretexto que el cronista se susurra a sí mismo es que eso le ayudará a escribir ficción (aún no sabe que ha adquirido un segundo vicio, acaso el que justifique su trayectoria literaria). Son pocos los escritores que, desde el principio, deciden jugar todas sus cartas a la crónica.¹⁸

Una de mis principales motivaciones para estudiar periodismo radicaba en el acercamiento de este oficio con la literatura. En este sentido, como bien lo menciona Villoro, la crónica aparece como ese ornitorrinco que toma piezas de cada género periodístico y sublima la realidad con una buena dosis de narración. Esto convierte a la crónica en un oasis del que se ha nutrido gran parte de la obra de escritores como Gabriel García Márquez, Carlos Monsiváis, Hunter S. Thompson, Truman Capote, el propio Juan Villoro, Vicente Leñero, y así podría seguir la lista con cronistas actuales como Fabrizio Mejía Madrid, Roberto Zamarripa, entre otros.

Carlos Marín distingue tres tipos de crónicas: informativa, opinativa, e interpretativa. En el caso de esta tesis, opté por la crónica opinativa. A través de la vivencia como reportero de nota roja escribí una reconstrucción del proceso de investigación, los errores y aciertos, la búsqueda de fuentes y los vicios dentro del género policiaco; de tal suerte “los elementos ‘objetivo’ y ‘subjetivo’ encuentran en este tipo de crónica su equilibrio”¹⁹. Retomo el comentario de Marín al señalar que el reportero es libre de realizar una narración e interpretación de lo ocurrido, aquello que ya ha sido informado en la nota.

La urgencia para recabar la información, redactarla y tenerla lista antes del cierre de edición, no permite detenerse a reflexionar en giros narrativos o en explicar cada detalle de las circunstancias trágicas en torno al suceso. Incluso, las teorías de investigación o los pasos

¹⁸ *Ibid.*, p. 11.

¹⁹ Carlos Marín, *Manual de Periodismo*, México, Grijalbo, 2003, p. 210.

que marcan los manuales de periodismo se diluyen en la mente del reportero. Digamos, por ejemplo, cuando se encuentra en medio de una turba que desea linchar a un par de ladrones, mientras los granaderos luchan por rescatar a los supuestos delincuentes. ¿Acaso uno piensa en los consejos teóricos de Susana González Reyna, en los pasos del buen periodista de Manuel Buendía, en los cinco sentidos del periodista planteados por Ryszard Kapuscinski? No. La mente se focaliza en conseguir la mayor cantidad de datos en el menor tiempo y salir con vida del peligro. Cuando el reportero ha concluido su nota, cuando se sienta a reflexionar sobre lo ocurrido en su jornada laboral, puede iniciar una recreación de los sucesos para utilizar la narrativa y convertirlos en crónica.

El cronista opinativo es libre de desarrollar un estilo literario propio; puede permitirse giros sintácticos, metáforas o cualquier otro recurso lírico, siempre y cuando los hechos que se narran se presten para ello.²⁰

La idea de Carlos Marín puede ser reforzada cuando Monsiváis define a la crónica como “reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas”.²¹ Por su parte, en su blog *Papeles Perdidos*, María Inés Amado hace referencia a Cecilia González, una periodista mexicana con residencia en Buenos Aires, quien comenta que los libros de crónicas que llegan a las librerías “Parecen pero no son ficción. Están escritos a partir de una construcción narrativa literaria y se asemejan a alguna novela. Pero son libros periodísticos, basados en la realidad, sin invención alguna”.²²

La nota policiaca ha sido elegida como tema de investigación por periodistas mexicanos como Alfredo Joyner, Ricardo Rivera o Arturo Sierra, quienes han revisado su experiencia profesional en la fuente de justicia para desarrollar sus trabajos de tesis. Si bien no pretendo descubrir el hilo negro, sí ofrecer otra perspectiva que ayude a las futuras generaciones de estudiantes a tomar la nota policiaca como una fuente donde puedan aprender las bases del periodismo o, ¿por qué no?, poner todos sus esfuerzos en desarrollar

²⁰ *Ibid.*, p. 211.

²¹ Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta: antología de la crónica en México*, México, Era, 1980, p.13.

²² María Inés Amado, “Cronistas de América Latina”, [en línea], España, blog *Papeles Perdidos* del periódico *El País*, 17 de febrero de 2012, Dirección URL: <http://blogs.elpais.com/papeles-perdidos/2012/02/cronistas-de-am%C3%A9rica-latina.html>, [consulta: 9 de noviembre de 2015].

su profesión en esta rama tan desdeñada y criticada por quienes creen que nota roja es sinónimo de amarillismo. En ese sentido, esta crónica explora el acercamiento humano del reportero hacia sus fuentes. Lo que distingue a un profesional de la crónica no es su estilo para contar las historias, sino la empatía con la cual se acerca a los protagonistas de las historias. No se puede llegar con los familiares de las víctimas a estirar la grabadora de forma mecánica o hablar con funcionarios de manera desfachatada. El periodista Michael Rosenwald se refiere a Gay Talese —uno de los cronistas emblemáticos de Norteamérica— como un reportero capaz de lograr que los entrevistados se sintieran lo suficientemente cómodos para revelarles sus secretos. La lección de Talese radica en ser educado y escuchar:

Yo no tengo pretensiones sociales, pero tengo movilidad. Socialmente soy móvil. Creo que puedo meterme en un territorio cualquiera sin tener que quitarme el chaleco. Lo que considero importante, y lo que influye en la gente a la hora de abrirme la puerta, es que soy educado con ellos. Quiero que me cuenten sus vidas. Quiero escuchar.²³

La realidad puede resultar más contundente que la ficción. Dentro del periodismo, la crónica se acerca con mayor precisión a las emociones humanas y es ahí donde entra el talento del reportero para convertir lo que podría adquirir un tono amarillista en narraciones donde se capta la esencia de lo cotidiano. La crónica de Svetlana Alexievich muestra el lado humano de las personas avasalladas por la historia. Iliana Olmedo cita las palabras de la premio Nobel: “Escribo y recojo la cotidianidad de los sentimientos, los pensamientos y las palabras. Intento captar la vida cotidiana del alma. La vida de lo ordinario en unas gentes corrientes”.²⁴

En el libro *Gomorra*, un apasionado reportaje sobre la mafia italiana y sus redes de poder, el periodista Roberto Saviano hace una reflexión sobre la validez de su punto de vista dentro de los acontecimientos narrados. Durante la carrera se le enseña al estudiante que como reportero su visión debe ser imparcial y, en la medida de lo posible, completamente ajena a la hora de redactar. Pero muchas veces, la necesidad por llevar la nota hacia el terreno de la crónica implica involucrar la experiencia personal de lo vivido al momento de salir a reportear.

²³ Gay Talese, *El silencio del héroe*, España, Alfaguara, 2013, p. 118.

²⁴ Iliana Olmedo, “Svetlana Alexievich o el peso de la historia”, [en línea], México, suplemento *Confabulario* del periódico *El Universal*, 10 de octubre de 2015, Dirección URL: <http://confabulario.eluniversal.com.mx/svetlana-alexievich-o-el-peso-de-la-historia/>, [consulta: 9 de noviembre de 2015].

Las pruebas son inconfundibles porque son parciales, capturadas por el iris, explicadas con las palabras y forjadas con emociones que rebotan en hierros y maderas. Yo veo, presiento, miro, hablo, y así testimonio, fea palabra que todavía puede valer cuando susurra 'Es falso' a la oreja de quien escucha las cantinelas en versos pareados de los mecanismos del poder. La verdad es parcial; en el fondo, si pudiera reducirse a una fórmula objetiva, sería química. Yo sé, y tengo las pruebas. Y por ello hablo. De estas verdades.²⁵

Es así que la experiencia acumulada a lo largo de mi práctica en los medios de comunicación basta como materia de aprendizaje vivencial, cuyo vehículo más adecuado es la crónica opinativa. De tal modo que el presente prototipo profesional puede funcionar como un material de consulta para el estudiante de la carrera de Periodismo. “Crónica de la nota roja en el periódico Reforma: Anécdotas profesionales de 2010 a 2013” es la narración de una época donde el periodismo policíaco fue rebasado por la violencia del narcotráfico, de un periodo donde la sociedad se fue acostumbrando a portadas cada vez más violentas y menos estéticas; también da cuenta de las historias de fotógrafos, reporteros y editores que le dieron prestigio al periódico *Reforma*.

²⁵ Roberto Saviano, *Gomorra*, México, Debate, 2009, p. 232.

Capítulo 1. La llegada a *Reforma*: aprendizajes de periodismo

Bienvenido a *Reforma*

Me tuve que venir a México para conseguir un puesto de reportero. Pero está cabrón.

Vicente Leñero, periodista y escritor

Aún suena en mi mente el estruendo de la motocicleta al acelerar mientras iba de un carril a otro a más de cien kilómetros por hora. El sábado 3 de abril del 2010 me dirigía a cubrir la nota de un accidente automovilístico en el cruce de Viaducto Miguel Alemán y Circuito Interior.

Nunca hay tiempo para aclimatarse al periodismo policíaco. Aquel sábado acudí al bunker del periódico *Reforma*, en el número 40 de avenida México-Coyoacán. Sólo llevaba conmigo un viejo morral; adentro, un bolígrafo, libreta, un libro y mi grabadora de microcasete. Llegué a la redacción de *Reforma* con 50 pesos en los bolsillos, mismos que pedí prestados. No era suficiente para los gastos de la comida. Nada de eso importaba, pues la emoción de pertenecer a uno de los diarios más importantes del país le ganaba a cualquier otra adversidad.

Ese día me tocaba la guardia vespertina junto con el fotógrafo Agustín Márquez Rocha, conocido como Sombra por su tez morena; era alto, espigado, con el gesto hosco y siempre con un cigarrillo en la boca. No acababa de fumar uno cuando ya estaba encendiendo el siguiente. Me saludó y sin más preámbulo me dio uno de los radios con los que se podía escuchar la frecuencia de los paramédicos de la Ciudad de México.

—¿Te sabes las claves? —preguntó.

—No. Ni idea —titubeé a responder.

—Bueno, pues escucha el radio y ahí me vas diciendo qué asuntos salen.

Por encima del ruido y las alertas apenas eran perceptibles las voces de los socorristas que hablaban en un código que únicamente asocié con el de los policías. Mientras escuchaba el radiotransmisor, trataba de entender las claves que los paramédicos se decían entre sí. Ahora sé que lo básico para un reportero policíaco y que prácticamente va a servir para entenderse con las autoridades que acuden a los casos, son esas claves. En ese momento no podía distinguir entre un traslado de ambulancia y un baleado.

Lo complejo era que la entonces Secretaría de Seguridad Pública del DF (SSPDF) o la Cruz Roja contaban con distintos listados de claves para comunicarse. Aquello se volvía más complejo, ya que las claves usadas por la Procuraduría General de Justicia del DF (PGJDF) no eran las mismas que las de las corporaciones de seguridad estatales o federales. ¿Cómo memorizar tantos números y letras en un par de horas? Si la referencia a una persona muerta era clave 14 en los radios de la Cruz Roja; los policías la nombraban como Z1. Al menos en la sección de Justicia de *Reforma*, tenían la cortesía de proporcionarnos un listado que incluía la mayoría de esos códigos.

La mayoría de las redacciones de periódicos, radio, televisión o agencias informativas contaban con un radio-operador encargado de monitorear las frecuencias de los servicios de emergencia. Aquel personaje debía tratar de estar al tanto de lo ocurrido en la ciudad de tal forma que los reporteros pudieran llegar rápidamente a los sitios donde ocurrían los hechos. Siete años después, en 2017, esa plaza ha desaparecido prácticamente de los medios de comunicación. El desarrollo de la tecnología de *smartphones* y aplicaciones como el *WhatsApp* o redes sociales como *Twitter*, aumentaron la velocidad del flujo de información en tiempo real. Estas herramientas han ayudado a los reporteros a obtener información con mayor velocidad y a las empresas a ahorrar costos de operación y reducción de personal.

Lo más curioso del radio-operador de *Reforma* era su facilidad para los indicativos, que en las fuerzas policíacas son las formas de nombrar a los mandos; por ejemplo, el subsecretario de operación policial de la policía capitalina, Luis Rosales Gamboa, tiene el indicativo de jefe Apolo. Para adentrarnos en el ambiente policíaco, era tradición en la sección de Justicia que los reporteros y fotógrafos tuvieran su apodo o indicativo. Leonardo Goya, de carácter bonachón, panza ancha y bigote espeso, observaba las características físicas del novato. Cuando me llamó para entrar a su oficina, creí que me explicaría cuáles eran las claves básicas al verme angustiado mientras escuchaba el radiotransmisor.

—Mira, aquí en la fuente policiaca nos manejamos por claves —acto seguido me entregó un par de hojas con la información de los servicios de emergencia—. Estas hojitas te las llevas al baño, a la cama, al sillón, a donde te guste leer y te las aprendes.

—Va, ¿con estas claves les hablo a los policías o cómo?

—Así es. Bueno, lo que sigue es ponerte un indicativo.

—Eso qué es o para qué.

—Pues porque cubrimos la fuente de policía y entonces debemos ser como los agentes o lo más parecido a ellos —agregó con tono bromista—. Mira, en la policía en vez de llamarse por sus nombres de pila, se ponen apodos o indicativos como Centauro, Apolo, Tritón, y esas cosas.

—¿Aquí puede ser de cualquiera?

—Aquí decidimos tomar nombres de animales. Así que escoge el tuyo.

Lo primero que se me ocurrió fue algo como perro o lobo. Leonardo me comentó que esos ya habían sido usados por un reportero que estuvo en la sección y el jefe de fotógrafos. Nací el 21 de abril y pensé que tomar mi signo zodiacal de tauro era una buena opción. Pero en aquella época llevaba el cabello un poco largo así como una barba espesa. Leonardo se quedó en silencio mientras me observaba. Me pidió esperar un poco y salió de su oficina. Cuando me asomé, Leonardo charlaba con Pedro Terán, mi editor, quien con una sonrisa burlona le decía que sí. A su regreso, Leonardo me dijo que tenía el indicativo perfecto.

—Toro está chido pero tengo uno mejor para ti. ¿Qué te parece Búfalo?

—Pues no suena mal —respondí.

—Está bueno porque el búfalo es calmado, fuerte, grande, pero si se enoja también te puede dar un buen empujón.

Quedé satisfecho con la propuesta. Además, no me parecía un indicativo tan intrascendente. De cierto modo, daba personalidad a mi nueva faceta como reportero de nota roja. Tiempo después me enteré que fue Pedro quien propuso aquel cambio de toro a búfalo, acorde a mi aspecto afelpado.

De pelo cano y sonrisa fácil a la que se debía su apodo, Tiburón, Pedro Terán fue el primero con quien charlé. Él era el editor general de la sección Justicia. Desde el principio hubo empatía mutua, así como un entendimiento que auguraba una relación cordial entre editor y reportero. Por aquella época me encontraba en los últimos semestres de la carrera. En la clase de Periodismo y Lenguaje Narrativo revisamos el trabajo de Eduardo “Güero” Téllez. De inmediato me sentí fascinado por aquel personaje del periodismo policíaco. Durante la entrevista con Terán, mencioné esa admiración que sentía por el maestro de la nota roja.

Pedro dejaba a Luis Ocampo, Cuervo, la evaluación de los nuevos reporteros que se integraban a la sección de Justicia. Mientras que nuestro editor era la cara afable, Cuervo se

encargaba de mantener orden en la edición diaria. No era que Ocampo como mi jefe directo tuviera alguna especie de saña contra mí, sencillamente debía encargarse de mi formación a lo largo de tres meses de duras pruebas en *Reforma*.

A diferencia de la mayoría de los medios de comunicación en México, *Grupo Reforma* es un medio formativo. En los talleres que organizan para estudiantes de comunicación buscan talentos para darles desde cero herramientas prácticas. Durante la carrera son pocas las oportunidades de hacer periodismo práctico, además *Reforma* busca que sus reporteros estén cien por ciento comprometidos con los valores de la empresa. En ese sentido, no pasé por aquellos filtros del taller. Traté de ingresar a los cursos de *Reforma* en dos ocasiones sin pasar ni siquiera el primer filtro, que es el más importante. Debía escribir una autobiografía con un estilo ameno y atractivo. Esta prueba es importante porque las reclutadoras de talento a veces pasan por alto que existan errores ortográficos o en la redacción; era más importante la forma de narrar la autobiografía, en ella debías mostrar talento para contar historias.

Cuervo creía que yo había sido seleccionado del taller de *Reforma*, pero originalmente, en noviembre del 2009, me había postulado para una vacante en el portal del periódico. Ese intento fue un desastre porque el editor de la sección internacional del portal me hizo una entrevista en inglés, la cual no aprobé y era el último requisito. La misma chica de talento editorial me dijo que mi perfil no era el de un redactor web, sino el de un reportero de *hard news*. En mis exámenes logré más del 80 por ciento de aciertos y superaba el mínimo de los requisitos que *Grupo Reforma* solicitaba para contratar. En ese momento no había una plaza disponible y la reclutadora me mantuvo en espera. Después de cuatro meses, le marqué para saber si ya había alguna vacante. A finales de marzo, uno de los colaboradores renunció.

—Tenemos una plaza de reportero, pero debo comentarte que es una fuente difícil —dijo la reclutadora a través del auricular—. ¿No le tienes miedo a la sangre?

—No. La verdad no me molesta —respondí—. ¿Para qué es la plaza?

—Es de reportero de seguridad, pero es una de las fuentes más difíciles y necesitamos gente que aguante a policías y no le dé miedo ni la sangre ni los muertos.

—Pues no tengo problema con eso. ¿Cuándo puedo ir?

Luego de una serie de pruebas de ortografía, conocimientos generales, y la elaboración de una nota, me permitieron entrevistarme con algunos de los editores y coeditores de la sección de Justicia, entre ellos Pedro Terán y el caricaturista Paco Almaraz.

Tras mi charla con Pedro sobre las aventuras del “Güero” Téllez, me envió de regreso con la reclutadora para que me diera una nueva cita. En ese momento pensé que a Terán no le había gustado mi perfil. Mientras caminaba hacia el cubículo de la chica de recursos humanos, Pedro charlaba con Paco Almaraz. Tardé más en arrastrar los pies hasta el área de talento editorial que en lo que Pedro atravesó corriendo la redacción.

—No es necesario que le des otra cita —le decía a la reclutadora, mientras yo de nuevo caía en la tristeza por haber fracasado—. Ya encontramos lo que necesitábamos. ¡Bienvenido a *Reforma!*

Una nota accidentada

Un buen púgil debe aprender a mantener el gesto imperturbable tras haber recibido un buen puñetazo.

Gay Talese, periodista

Llegar al periódico *Reforma* ya sea por los talleres que imparten o por mérito propio, en apariencia da un aire de élite a los egresados. Aquel primer día me sentí cercano al ideal que me vendieron en la carrera acerca del periodismo heroico de Manuel Buendía, Ryszard Kapuscinski o Ernest Hemingway. En realidad, creo que yo era un personaje paródico, una caricatura reporteril que combina nervios con emoción. Llegué a la redacción sintiéndome Clark Kent, pero acabé como Jimmy Olsen o Peter Parker sin superpoderes.

Si Pedro Terán y Leonardo Goya eran amables, ese 3 de abril de 2010 mi primer desencuentro fue con la persona que se encargaría de mantenerme a prueba por tres meses. Detrás de sus lentes de pasta, Luis Ocampo, Cuervo, mantenía su vista fija en el monitor; ningún cabello se le escapaba del relamido peinado tan pulcro como el arreglo de su corbata. Sólo volteó un instante para extenderme la mano y saludar con un seco “Hola”. De nuevo se concentró en su trabajo y asumí que debía retirarme de su cubículo.

Sentado en el escritorio que me habían asignado, escuchaba la frecuencia y trataba de descifrar mi acordeón de claves. Todas me parecían iguales. Lo que salía de aquel radiotransmisor era ruido. Agustín Márquez, Sombra, se había acercado sigiloso.

—¿Ya tienes lo del choque en Viaducto?

—No sé —volteé a mirarlo con confusión.

—No estás escuchando nada —me arrebató la radio y me ordenó que nos fuéramos.

—¿A dónde?

—Vámonos, chiquitín.

Sombra fue por su cámara fotográfica y su casco. Yo fui a preguntarle a Cuervo cómo le hacía para conseguir datos para escribir la nota.

—Pues te subes a la moto y vas —dijo sin despegar la vista de su monitor.

—Pero no me han dado casco.

—A ver cómo le haces, pero te contratamos para algo, ¿no? Yo quiero mi nota antes de las siete de la noche que es mi cierre.

Vi que Sombra ya bajaba por las escaleras y decidí alcanzarlo por el elevador al estacionamiento. Me subí a la motocicleta después de él. Ni siquiera me preguntó si traía casco, sólo arrancó. La última vez que había viajado en moto fue en el tercer semestre de la carrera y se trataba de una de apenas 10 CC, como de cartero; la conducida por Sombra era una Kawazaki de 250 CC, en la que me daba pavor que nos matáramos al avanzar por Viaducto Miguel Alemán a 120 kilómetros por hora. Una mezcla de adrenalina y miedo me recorría el cuerpo. Ser reportero era más emocionante de lo que cualquier libro de teorías o experiencias académicas pudieran enseñar.

En aquella primera escena de un accidente se reveló ante mí que una simple acción puede representar la supervivencia. De pronto al ser un reportero novato había entrado en un estado de sorpresa, de shock, mezclado con la urgencia de conseguir datos. Experimentaba también frustración. No deseaba verme involucrado en una situación adversa como aquella. Las enseñanzas universitarias se bloquearon en mi mente así como las cinco preguntas básicas del periodismo. Únicamente me quedó el instinto y, quizá, un poco del olfato periodístico.

En un automóvil Jetta viajaba una familia, con dirección al norte de la ciudad. Circulaban sobre Circuito Interior. En los asientos delanteros iba una pareja; mientras que en la parte trasera, la abuela llevaba un bebé. Me parece que tenían prisa de llegar a alguna fiesta o algo por el estilo. En el cruce con Viaducto Miguel Alemán existe una cuneta, después de la cual se traza una breve curva que, a velocidades moderadas, únicamente provoca una ligera sensación de vértigo. Para el padre de familia que conducía aquel vehículo, dicha curva fue la rampa hacia la fatalidad. Los peritajes indicaron que el automóvil iba a una velocidad entre 90 y 100 kilómetros por hora. El conductor ni siquiera tuvo oportunidad para girar hacia otra dirección. No creo que hayan pasado más de 15 segundos entre el sonido de las llantas rechinando y el estruendo del acero y los vidrios quebrándose; esto no lo sé por la experiencia como reportero, sino porque durante una cobertura posterior también fui parte de un accidente vial. Después de esa fracción de tiempo donde la muerte se puede sentir en la piel, el silencio es un cruel preámbulo a los gritos agónicos de las víctimas. En otros casos únicamente se escucha el esfuerzo de los heridos por jalar aire antes del inevitable deceso.

Sobre el pasto quedó completamente volteado el automóvil. Bajé de la moto. Estaba pasmado al ver los restos del vehículo esparcidos en un radio de 30 metros. Lo primero que

busqué fueron los cuerpos de las víctimas, pero uno de los policías me dijo que me retirara. Sin comprender del todo lo que había ocurrido, le pregunté al uniformado si sabía cómo ocurrió el accidente. Ni siquiera me dio tiempo a terminar la pregunta y se limitó a decir “no tengo datos”. Quería hablarle en clave y saqué mi acordeón pero resultó inútil. Corrí hacia una de las ambulancias de la Cruz Roja donde sólo atiné a preguntarle al paramédico si llevaba a algún Z1. Me miró con extrañeza y dijo que llevaban dos heridos de prioridad, por lo que no tenía tiempo de proporcionarme datos. Alcancé a escuchar un nombre que anoté en la libreta. La confusión se había apoderado de mí. Lo único que podía hacer era anotar lo que viera, aquello que la intuición me indicara.

—¿De dónde vienes? —preguntó un bombero al verme invadir la escena del accidente.

—Soy reportero del periódico Reforma. ¿Sabes cómo estuvo la volcadura?

—No traigo los nombres, amigo, pero mira allá donde está esa sábana azul. Ahí tienes al cadáver.

En medio del caos, miré sólo un retazo de sábana que cubría el cuerpo. Entonces las manos comenzaron a temblarme. Sentí una punzada en la espalda que subió hasta mi cabeza para provocarme mareo. Bajo la manta azul yacía el cuerpo del bebé de seis meses. No venía sentado en una silla transportadora, sino en los brazos de la abuela. La imagen fue clara y permanece nítida: el niño voló de los brazos de su abuela hacia el vacío de la muerte. Durante la volcadura, el cuerpo salió del vehículo por una de las ventanas y el automóvil le pasó por encima.

¿Cómo se escriben las grandes crónicas de nota roja? Sigo sin saberlo del todo, aunque puedo decir que así sea un simple percance, la escena se reconstruye una y otra vez en la cabeza. Quienes creen que el trabajo del reportero policíaco es frío o amarillista, desconocen lo complicado y hasta doloroso que es recordar ese instante de fatalidad. Observarlo todo con minucia. Hablar con los testigos y de ser posible con las víctimas.

Después de recabar testimonios, me acerqué al Sombra para preguntarle qué más debía hacer.

—No sé, chiquitín, esa es tu chamba. ¿Ya traes los nombres?

—No. Nadie me quiso decir cómo se llamaban ni nada.

—Pues a ver cómo le haces porque esta nota la quiere tu jefe para ya.

No era tiempo de prácticas o de ejercicios académicos. La realidad del periodismo me había golpeado de lleno en la cara y me moría de pánico. Regresamos a las oficinas del periódico para que Agustín entregara sus fotos y yo pudiera redactar mi nota. En mi libreta había una hoja repleta de garabatos con la información que conseguí. No era suficiente. Si pudiera volver a hablar con aquel reportero novato que alguna vez fui, le aconsejaría que anotara incluso lo irrelevante porque nunca se sabe cuál de esos datos servirá para darle color a la nota. ¿Cómo empezar? ¿Qué era lo más importante? ¿Qué extensión se necesitaba? ¿Cómo lo iba a contar? Todas esas preguntas me hicieron perder el tiempo más de una hora y no daba con una entrada atractiva. Pirámide invertida y listo, pensé. Mi jefe, Cuervo, me dijo que le mostrara lo escrito. Aquello no era ni media cuartilla. No se parecía siquiera a los trabajos escolares que entregué durante la licenciatura. Significaría el debut y despedida de *Reforma*, estaba seguro.

Cuervo me observó molesto y sólo atinó a decir “esto no sirve”. Me pidió que fuera por mi libreta y le dictara todo lo ocurrido. Así lo hice. Él comenzó a redactar a una velocidad asombrosa mientras me decía “qué más, qué más”. En menos de cinco minutos —con los magros datos que recabé— aquel coeditor había armado una nota de una cuartilla.

—¿Es todo lo que tienes? ¿No sacaste nombres ni a dónde trasladaron a los heridos? —preguntó.

—No. Ninguno de los policías me dijo nada.

—Pero había más personas ahí, ¿no? ¿Hablaste con paramédicos, con los chismosos?

—Sí —respondí dubitativo.

—Con eso puedes armar algo. Chécate con la Procuraduría y con la Secretaría a ver si tienen más datos y me armas la nota de nuevo. La que escribí la mandas al portal.

Regresé a mi escritorio con una mezcla de tristeza, frustración y enojo. En ese momento Cuervo me pareció un engréido —con el paso de los años nos volvimos buenos amigos—. Me sentí inútil y que no tenía cabida en *Grupo Reforma*. Tardé otras dos horas en escribir una nota distinta a la de mi jefe, carente de grandes muestras narrativas o al menos un tono atractivo para los amantes del amarillismo. Pensaba que como estudiante me había dejado sorprender por las hazañas de los reporteros de otras épocas y creía que al llegar a una redacción todo sería fácil. Ahora entiendo que ellos también tuvieron su día de novatos.

Arturo “Gato” Sierra, el experto de la investigación policíaca

No hay nada en el mundo más difícil de mantener que la franqueza y nada más cómodo que la adulación.

Fiodor Dostoyevski, escritor

Después de mi primera nota policíaca, Luis Ramón Ocampo me pidió que fuera a su cubículo. A grandes rasgos me explicó que debía tratar de pensar en las preguntas básicas del periodismo. Se mostró sorprendido cuando le comenté que yo no venía del taller de periodismo de *Reforma*.

—Pensé que las de Talento Editorial te habían sacado del taller —me dijo Cuervo.

—No. Hace dos años intenté por primera vez quedarme en el taller, pero me rechazaron. Luego el año pasado volví a postularme y nada.

—Es que te vendieron como un chavo con talento para escribir, pero sí te veo verde —su comentario me hizo sentir molesto y desanimado—. ¿Cómo entraste?

—Llegué aquí porque pasé los exámenes y las entrevistas.

Sin agregar más, Cuervo sacó un manual de estilo del periódico de uno de los cajones. Me pidió que lo leyera y en mis siguientes coberturas tratara de aplicar lo que ahí se explicaba. Pero en los casos policíacos o del día no existen reglas que se adecúen al manual. Para los que cubren la fuente sólo existe una probabilidad más o menos clara: es el diablo quien decide cuándo desata el caos en la ciudad. Como reportero de nota roja no hay certezas, únicamente la suerte y la pericia son factores determinantes a la hora de salir a reportear. El llamado “olfato periodístico” debe agudizarse.

Además del manual de estilo, debía buscar la guía de algún reportero con experiencia. Cuando me encontraba en el octavo semestre de la carrera, me volví asiduo lector de periódicos de nota roja como *Metro* y *El Gráfico*; de igual manera, me gustaba comprar *Reforma* para leer las secciones de Ciudad, Justicia y Gente. Encontré un buen ejemplo de trabajo periodístico de calidad en Arturo Sierra, quien fue pionero del área dedicada al periodismo policíaco en los inicios de *Reforma*. Sierra combinaba los elementos básicos de un reportero sobresaliente por la calidad de información, veracidad, objetividad, honestidad y compromiso con sus lectores.

—A veces ser periodista es matado porque la paga no es tan buena y no tienes contento a nadie. Ni a tus editores ni a los funcionarios —me decía Arturo durante una de las muchas charlas que tuvimos en la sala de prensa de la Procuraduría capitalina.

—La neta, a mí me fastidia de pronto que te chingas tanto trabajando y nadie lo valora —respondí—. ¿De pronto no piensas que hubiera sido mejor dedicarse a otra cosa?

—No. La verdad a mí me gusta un chingo mi trabajo, Manguitas. Al menos, el periodismo me sirve para hacer muchos cambios en lo que está mal de la sociedad. Hago periodismo para pegarle a los poderosos.

—¿Políticos, funcionarios, policías y esos?

—Sí, pero con poderosos me refiero a todos los que tienen alguna forma de abusar de la gente: desde el franelero que te quiere cobrar por un lugar hasta el policía que pide mordidas.

Con tan sólo una charla, Arturo Sierra, también conocido como el Gato, me dio una cátedra de la esencia del periodismo. Puede sonar idealista esa búsqueda por denunciar los abusos de poder en todos los niveles, pero si se realiza guiado por una ética personal enfocada a la reestructuración del tejido social, esos reportajes y crónicas logran transformar la visión de las personas.

Aún guardo entre mis archivos favoritos la crónica en dos entregas realizada por el Gato, en la cual narra la historia del Zar de Tepito. Para escribir aquel texto, Sierra se valió de piezas fundamentales que todo periodista debe trabajar a lo largo de su carrera: fuentes, investigación de campo y una narración dinámica. Lo primero que un reportero debe hacer cuando se enfrenta al oficio, es saber trabajar a los contactos que le proporcionarán información para realizar sus notas, reportajes o crónicas. Como reportero policiaco las primeras fuentes de información para una investigación son paramédicos, policías, agentes judiciales, peritos, bomberos, ministerios públicos, personal de protección civil, principalmente.

Arturo Sierra es reconocido en la fuente de seguridad porque la mayoría de sus coberturas las ha realizado en la entonces Secretaría de Seguridad Pública del DF (SSPDF) y la Procuraduría General de Justicia del DF (PGJDF). Aunque el editor de la sección, Pedro Terán, le llegaba a colocar en cualquiera de las áreas de cobertura: Derechos Humanos, Poder

Judicial, Reclusorios, entre otros. Los principales contactos de Sierra son agentes judiciales, ministerios públicos, mandos de la PGJDF, que fue conociendo en el trabajo de calle.

La imaginación también juega un papel importante dentro de la labor periodística. Usualmente se relaciona a la nota policiaca con datos duros o con términos americanos como *hard news* porque su contenido pudiera ser aburrido o técnico. Efectivamente los temas no son sencillos de abordar al estar relacionados con diversos puntos que involucran problemáticas sociales, procesos jurídicos, materia penal, derechos humanos, interpretación de las leyes, mecanismos políticos, y un largo etcétera. De ahí que en muchas ocasiones como reportero se piense en grandes temas para llegar a la principal de la sección; incluso, a la portada del periódico. En varias ocasiones gasté mi tiempo buscando los “temas serios” para conseguir la atención de mis editores y llegar a las primeras planas. Ese es un error común del reportero promedio, no digamos del novato sino de aquel en busca de los reflectores hacia su persona por encima de la información y sus lectores. Es muy fácil caer en esa dinámica de protagonismo dejando de lado los temas pequeños que pueden transformarse en coyuntura o ser el punto de partida para el cambio social.

En *Reforma* los reporteros teníamos que ofrecer alguna propuesta de investigación para desarrollar a lo largo del mes. Aunque cada semana podíamos llegar con algún proyecto de reportaje o crónica, Pedro Terán nunca lo marcó como una exigencia. Al contrario, el reportero que buscara sobresalir en la sección y el periódico en general, debía trabajar en ello sin que Pedro tuviera que establecer una línea. En ese sentido me enfrentaba cada semana a la angustia de no saber qué cosas proponer y mucho menos cómo abordarlas. Al igual que Vicente Leñero, nunca me he considerado un periodista o reportero. Lo que me gusta es contar historias. Siempre imaginé los reportajes como algo complicado, casi imposible de lograr. Mis notas siempre iban aderezadas por lo narrativo. Nuevamente fue Arturo Sierra quien me aclaró el panorama.

—No he hecho propuestas de especiales, Gato. La verdad, nada se me ocurre.

—¿Por qué, Búfalo? Si para ti debería ser mucho más fácil agarrar temas. Eso de complicarse la vida déjame a mí. Pedro me pide de tres a cuatro por semana y además tiene años que no ando en la moto.

—Sí, pero tú ya tienes toda la experiencia del mundo y los contactos.

—Pues sí, pero yo no ando en la calle y es ahí donde salen los temas. Cuando yo era reportero de casos del día, como tú, me la pasaba viendo qué sucedía en las calles. Debes de abrir tu mente, Manguitas, usar más la imaginación. En los casos del día vas a notar los problemas que tengan los vecinos o la inseguridad que viven en las colonias. Ahí también están los temas que pueden convertirse en reportajes o historias para narrar.

—¿Cómo le hacías tú? Yo no tengo ni contactos ni quién me comente nada de asuntos como a ti.

—Bien fácil, Búfalo. No vas nada más porque sí ni como le dicen los fotógrafos “de paquete”. Cuando llegues a los asuntos acércate a los policías o a los ministerios públicos. Hazles la plática mientras están trabajando en el muertito.

—Pero luego son bien mamones.

—No todos. Tienes que hacerte de tus mañas para ganártelos. Si fumas, invítales un cigarro y verás que con eso vas a abrir muchas puertas. Pídeles el número de celular o Nextel. Igual y ni te pelan. Así yo me gané varios contactos que conservo hasta ahora.

A partir de ese momento y hasta la fecha, sigo aprendiendo de los consejos de Arturo Sierra. Incluso fuera del aspecto laboral, él se transformó de un reportero al cual admiraba como lector a uno de mis grandes amigos, quien es capaz de darme consejos en los aspectos sentimentales o soportar mi humor negro cuando salimos a beber.

Casualidades

*Los asaltos a personas ancianas y solitarias
raras veces eran mera coincidencia.
Previamente solían circular rumores
sobre dinero escondido.
Y aunque los asaltos pudieran ser brutales,
no se producían con esa maldad metódica
de la que había sido testigo en el lugar del crimen.*

Henning Mankell, escritor

Debía reponerme de aquellos errores cometidos en el primer día de trabajo. Si quería pasar la prueba de los tres meses en *Reforma*, tenía que seguir adelante para sacar el trabajo. Por fortuna, las ocasiones para sobresalir en el periódico eran constantes. A tan sólo unos días de haberme integrado a las filas del periódico *Reforma*, tuve la oportunidad de hacer varias coberturas donde la pericia y el hambre por investigar fueron los factores que me ayudaron a demostrar el talento.

La mañana del 8 de abril de 2010 estaba en la sala de prensa de la Procuraduría capitalina. De nuevo me tocaba trabajar con Sombra. En la guardia matutina también estaba Daniel Pérez, otro de los reporteros de *Reforma*; medía casi 1.90 de estatura, cabello negro y lacio, lo conocían como Calamar. Aunque Daniel era serio en su trato con otros reporteros, supe ganarme su amistad casi desde el primer momento.

A Daniel lo enviaron a realizar la cobertura de un asesinato ocurrido en la colonia Sector Popular, en Iztapalapa. La riña entre una pareja de la tercera edad culminó cuando el marido disparó su revólver calibre 38 contra su esposa. Al ver el cadáver de la mujer de 84 años, el hombre no pudo con la culpa y decidió acabar su vida con un disparo en la sien. Los cuerpos de ambos fueron descubiertos por su hijo.

Resultó extraña la coincidencia, pues no había pasado media hora desde que Daniel fue a su cobertura cuando a Sombra y a mí nos enviaron a otro homicidio de una pareja de ancianos. También ocurrió en Iztapalapa, en la colonia San Juanico Nextipac.

Por esa época había una fuerte competencia entre los periódicos *Metro*, *El Gráfico* y *La Prensa*, para ver cuál de los reporteros y fotógrafos podía llegar antes al lugar de los hechos o incluso conseguir exclusivas. Casi siempre la lucha era para ganarle al equipo de *Reforma*.

La ventaja de ser novato consistía en la ingenuidad y falta de cautela. No es que después de tres años de trabajo en *Reforma* me quitaran lo audaz. Sólo me volví cauteloso para saber cuándo arriesgar el pellejo para conseguir información exclusiva y cuándo se puede obtener por otros medios mucho más sencillos como en las áreas de Comunicación Social. Sin que los demás fotógrafos y reporteros se percataran a dónde nos dirigíamos —les decíamos que íbamos a desayunar o a un evento ya agendado—, Sombra y yo nos adelantamos hacia el domicilio donde ocurrió el asesinato de los ancianos. Al llegar me di cuenta que los policías aún no habían acordonado la zona, por lo que pude ingresar hasta quedar frente a la puerta del domicilio.

Siempre había odiado las corbatas y vestir de camisa, pantalón formal y zapatos. En *Reforma* ese era un código de vestimenta insustituible que incluso podía derivar en sanciones administrativas de no cumplirlo. Eso fue lo único que odié los tres años que trabajé ahí. Aunque dicho “uniforme” me ayudó en incontables ocasiones a pasar desapercibido entre los policías o judiciales. Aquella mañana me encontraba a un lado de los familiares, quienes comenzaron a relatar la historia de la pareja de ancianos mientras creían que yo era un agente del Ministerio Público.

Jacinto Tapia Méndez y Juana Luna Mata era una pareja que se dedicaba al préstamo de dinero con altos intereses al deudor. Su pequeña fortuna les había permitido conseguir un departamento en la colonia Del Valle. Aunque el lugar en el que podían hallar mayor cantidad de clientes era en su vivienda de San Juanico Nextipac, una zona con familias de bajos recursos que se endeudaban con facilidad.

La hija de Jacinto y Juana no podía detener el llanto mientras me contaba que desde el martes 6 de abril sus padres no le habían respondido el teléfono. Para no levantar sospechas en la desconsolada mujer, dejé guardada la libreta en la mochila y opté por memorizar cada frase importante o los detalles del homicidio. Cuando la hija llegó al lugar de los hechos, vio estacionado el automóvil de la pareja de prestamistas. Algunas veces ellos se quedaban a dormir, por lo que no le pareció extraño. Entonces ingresó y desde el patio llamó a sus padres. No había respuesta. Se asomó por la ventana de la cocina y descubrió los cuerpos ensangrentados.

Para ese momento ya tenía la historia completa en mi cabeza. Al ver llegar a los otros reporteros, los policías extendieron el cordón de seguridad a más de 10 metros de distancia

y nadie pudo obtener datos relevantes. Karenia Piña, la reportera de *El Gráfico*, me miró a la distancia; únicamente alcancé a leer en sus labios “hijo de la chingada”. Reí socarrón. Le había ganado la nota o como se dice en términos de la jerga periodística “le piqué los ojos”. Karenia pudo obtener los datos duros sobre el homicidio como nombres o la agencia del Ministerio Público a la que se turnó el caso. La historia me pertenecía. Uno de los agentes de investigación notó algo extraño en mí.

—¿Tú de dónde vienes o qué haces aquí?

—Vengo del periódico *Reforma* a cubrir el asunto —contesté con cierta ingenuidad.

—No mames, respeta. No puedes estar aquí con los familiares.

—Yo pensé que nosotros podíamos pasar para sacar datos.

—A ver, para eso está el cordón. No puedes meterte.

Para dejar de incomodar a los deudos, aquel agente me llevó hasta la esquina contraria a la que se encontraban los reporteros. Dimos la vuelta a la calle. Pensé que me arrestaría o amenazaría.

—¿Qué necesitas, cabrón?

—No sé. Los nombres de los muertos.

—Si te los doy, ¿vas a llegarle a la chingada?

—Ya no me vuelvo a meter.

Entonces el agente sacó una libreta donde llevaba anotados los datos duros: nombres, edades, domicilio, datos de los paramédicos, patrullas y la agencia a la que se llevarían los cuerpos. Todo lo copié. Sin decir más, el judicial regresó a la zona acordonada para continuar su trabajo. Aquella mezcla de irreverencia y estupidez me ayudó más adelante a conseguir buenas exclusivas.

Once meses después del asesinato de la pareja de prestamistas, el lunes 14 de marzo de 2011, me encontraba en las oficinas de comunicación de la PGJDF. Algunos agentes judiciales ingresaron en custodia de una pareja de detenidos que iba a ser presentada ante los medios de comunicación. En aquella época aún no intervenía Derechos Humanos para que se dejara de presentar a los acusados antes de remitirlos al reclusorio.

—¿A esos por qué los traen? —le pregunté a Daniel.

—Son los del homicidio de los viejitos de Iztapalapa, ¿te acuerdas?

—Sí. Ese caso me tocó.

Ingresé a la sala de presentaciones para escuchar al Fiscal Central de Homicidio, quien empezó a dar los detalles de cómo ese par había ultimado a los ancianos. Helen Laura Yadira Landeros de la Rosa y su esposo Andrés Enrique Guzmán Pérez les adeudaban a las víctimas 103 mil 577 pesos. La cantidad era difícil de finiquitar para los deudores. Eso les hizo creer que la pareja de viejos debía tener más dinero guardado o escondido por ahí. El plan ya no era acudir al domicilio de Iztapalapa con el fin de liquidar el préstamo, sino a los prestamistas. Helen se acercó a la puerta para tocar el timbre de la casa, mientras Andrés Guzmán se escondía. Juana Luna fue la que abrió y después de intercambiar algunas palabras con Helen, Andrés Guzmán la sorprendió para obligarla a entrar a la vivienda. Durante casi cuarenta minutos Juana Luna y su esposo fueron sometidos por la pareja de ladrones. Los ancianos fueron golpeados para confesar dónde escondían el dinero. Tras obtener el efectivo, Andrés y Helen asfixiaron a la pareja de prestamistas. No conformes con la agresión, los homicidas le dispararon a Jacinto Tapia en la frente; a su esposa, en la nuca. Cegaron esas vidas por 50 mil pesos.

Secuestro en Ciudad Neza

*Nadie sufre una discriminación mayor
que los muertos a manos de los vivos.
Nadie sufre una marginalización tan grave.*

Chuck Palahniuk, escritor

Los encabezados del jueves 15 de abril del 2010 mencionaron a Ricardo Arturo Bautista Arellano como sospechoso en una rencilla de narcomenudistas que le costó la vida. *La Prensa* y *El Gráfico* mostraron en sus portadas un vehículo parcialmente destruido por las balas de Policías Federales que hacían un operativo en el municipio de Nezahualcóyotl. Una de las puertas traseras del automóvil estaba abierta, en los cristales y molduras se distinguían los orificios de balas de alto calibre. La tapicería del carro estaba manchada de sangre. Desplomado, con la mitad del cuerpo fuera del automóvil, se podía observar el cadáver de Bautista; no se distinguía su rostro porque sus captores lo habían amordazado con cinta canela.

Los reporteros de *La Prensa* y *El Gráfico* aseguraban que la noche anterior dos narcomenudistas habían secuestrado a un rival. Después de una persecución en la que intervinieron los federales, tanto los secuestradores como el tercer sospechoso fueron abatidos por más de 13 disparos de armas de uso exclusivo del Ejército. Ninguno de esos periódicos mencionaba el nombre de las víctimas. No había sorpresa en la noticia, pues la oleada de violencia por la disputa del territorio entre cárteles de las drogas en Nezahualcóyotl se había disparado al grado que me tocó cubrir tres o cuatro homicidios por día relacionados con el narco.

Los Zetas, Caballeros Templarios, La Mano con Ojos peleaban por la zona oriente del Valle de México. Entregaban sus mensajes con emisarios destazados y repartidos en distintas calles: cabezas humanas envueltas en cajas de regalo, cabezas porcinas colocadas en los cuerpos decapitados; la saña del asesinato era equiparable a la creatividad demencial para enunciar el mensaje de terror. En 2010 el exceso de violencia en el Estado de México se había vuelto cotidiano y la sociedad en general no se inmutaba por lo sangrientas, así como explícitas, que podían llegar a ser las portadas de *Metro*, *El Gráfico* y *La Prensa*.

¿Qué representaba la muerte de tres personas a manos de los federales? Nada, quizá una estadística más a los registros de homicidios de la Procuraduría estatal. Incluso, al leer aquella noticia —sin nombres de las víctimas— me dejé llevar un instante por el prejuicio. Sin embargo, algo no cuadraba: la imagen del chico amordazado sugería otra lectura que ningún reportero percibió. Más adelante, en la nota se mencionaba un Mini Cooper que probablemente pertenecía al secuestrado y que no fue hallado por las autoridades. ¿Quién, a sus 21 años, poseería un Mini Cooper en Neza? La respuesta de los reporteros de la competencia: narco. Sólo el narcotráfico daba para costearse esos lujos.

Mientras leía los pormenores de la noticia, Salvador Chávez entró a la sala de prensa de la PGJDF. De prominente panza, bajo de estatura y siempre malhumorado, Chávez era conocido como Ratón. Coordinaba a los fotógrafos de Justicia. Aunque podía realizar su labor desde la oficina, Salvador se negaba a dejar la adrenalina de disparar su cámara todos los días para capturar fotos memorables. Me tocaba la guardia con un tipo que bien podría haber sido mi padre y que se formó en *La Prensa* bajo la sombra de Enrique Metinides —de quien me llegó a platicar que no era el tipo carismático y heroico que todos admiran, sino reacio a compartir sus conocimientos con las nuevas generaciones—. Chávez también estuvo algún tiempo en la ambulancia que la Cruz Roja les prestaba a los fotógrafos para salir a realizar sus coberturas, mejor conocidos como “Los once de la Roja”. La clave “11” es porque ese número lo utilizan los rescatistas y policías para estar atentos, referirse a los reporteros o literal: “prensa”.

El radioperador marcó al Nextel de Salvador para avisarle que había un asunto en el municipio de Nezahualcóyotl. La policía municipal encontró el Mini Cooper relacionado con el secuestro. Nos dirigimos a la colonia donde el automóvil fue abandonado. Una vez más fuimos los primeros en llegar. Los oficiales habían acordonado la calle del hallazgo.

—¿Cómo ves, Búfalo? ¿Nos pasamos? —me preguntó Chávez.

—No sé, ¿qué tal que nos corren o como venimos solos, nos madrean?

—Pues ya estamos aquí. Chingue su madre a ver qué pasa. Sirve que les picamos los ojos a los otros.

Por dentro me moría de miedo, pero trataba de mostrar seguridad ante los policías que se acercaron con rapidez hacia nosotros. La consigna era no dejarnos pasar ni tomar fotos del auto. Cuando dos de los municipales estaban a punto de manotearnos, el comandante de ellos

les pidió calma. Era un tipo de 1.80 de estatura, rubio y de ojos color miel. Me preguntó de qué periódico venía. Y al decirle que trabajaba para *Metro*, su semblante se tornó afable.

Las diferencias entre *Metro* y *Reforma* estaban en la marca, así como *El Gráfico* pertenece a *El Universal*, *Metro* era una de las tantas marcas de *Grupo Reforma*. En el contenido y los públicos a los que iban dirigidos, *Reforma* estaba pensado para lectores de clase media y alta; la forma de escribir debía ser apegada al manual, sin doble sentido o cabezas amarillistas. El público de *Metro* era de clase social baja, por lo tanto se prestaba más para jugar con el humor en las cabezas y escribir las notas con mayores detalles narrativos. El periódico más leído entre los policías y rescatistas era *Metro* y a ellos les gustaba darnos declaraciones porque en nuestras notas les dábamos crédito.

—Mira, compa —el comandante se dirigió hacia mí—, nada más porque a mí me gusta leer tu periódico les voy a dar chance de hacer las fotos. Pero en chinga antes de que llegue el Ministerio Público.

Salvador no dudó y comenzó a hacer su trabajo mientras yo me quedé platicando con el comandante.

—¿Por qué publicaron eso tan gacho en los otros periódicos? —preguntó el comandante.

—No sé, apenas me enteré hoy del asunto —respondí.

—Sí se mancharon bien gacho con el chavo porque ni le entraba a la venta de droga.

—¿Cómo está eso? —se activó mi olfato periodístico.

—Pues que la familia está bien emputada porque en los otros periódicos sacaron que también era narcomenudista, que lo habían levantado para ejecutarlo, y nada qué ver porque al cuate este lo iban a secuestrar para pedirle el rescate a su familia.

—Oye, ¿sabes dónde vivía?

—No traigo la dirección ahorita, pero pásame tu cel y te la mando cuando llegue a la comisaría.

Desde que intercambiamos números telefónicos, aquel comandante se convirtió en una de mis fuentes de confianza.

Salvador terminó de sacar las fotos. El resto de la mañana hicimos un recorrido por las calles en las que ocurrió la balacera. Fuimos a la agencia del Ministerio Público para tratar de localizar a algún familiar del secuestrado, sin lograr nada. Fastidiado y hambriento,

Salvador decidió que regresáramos a la Procuraduría de la Ciudad de México para desayunar. Era casi medio día cuando comíamos tacos de guisado en uno de los puestos ambulantes de la calle Niños Héroe. El comandante de Neza me llamó al Nextel.

—Ya te tengo los datos del chavo que secuestraron. Se llamaba Ricardo Bautista.

—Va, gracias. ¿Tienes la dirección?

—Sí.

Anoté los datos en una servilleta. Le dije a Salvador que ya me habían pasado la información de dónde vivía la víctima. Le pregunté si podíamos regresar a Neza, pero su cara de hartazgo me indicó que no volvería conmigo a buscar a los familiares. Fuimos a la sala de prensa de la Procuraduría donde otro de los fotógrafos, Luis Alberto Vargas, esperaba a recibir órdenes de Salvador.

Luis Alberto Vargas, cuyo indicativo era Panda, llevaba la fotografía en los genes. Su padre fue otro de los fotoperiodistas que marcó época en la nota roja cuando *La Prensa* era uno de los periódicos más vendidos: Jaime Vargas. Panda tenía un talento compositivo de imagen con el que era capaz de transformar una escena violenta en arte fotográfico. Muchas de sus fotos ni siquiera mostraban de forma explícita el cadáver, éste ocupaba un segundo plano donde lo importante era narrar con luz el contexto: mirones, calzado de las víctimas, el llanto de los familiares, el camino de la sangre al escurrir por el asfalto.

Le comenté a Luis Alberto a dónde nos dirigíamos y a regañadientes fuimos hasta la Calle 16 casi esquina con la Avenida 4, en la colonia Estado de México. Los familiares de Ricardo Bautista Arellano habían mandado poner una lona en medio de la calle. Luis Alberto y yo nos acercamos con cautela. Por lo publicado en los otros diarios, temía que los familiares estuvieran lo suficientemente furiosos como para correrlos a pedradas. Uno de los tíos de Ricardo se levantó de su silla e irritado me preguntó qué quería. Le expliqué que venía del periódico *Reforma* para conocer la historia de Ricardo y saber cómo sucedió su muerte. Sin decir más, entró a la casa para hablar con Pablo Bautista Osorio, padre de la víctima. No me sentía cómodo con hablar directamente con los familiares; aunque previamente me había valido del engaño para conseguir información directa en el caso de los ancianos asesinados, no había llegado más allá de ciertos datos para darle contexto a la nota.

En este caso debía acercarme con mayor crudeza a la intimidad de los afectados. El cronista deportivo Gay Talese decía que en cualquier territorio, para que las personas le

permitieran entrar en sus vidas, lo que influía era ser educado con ellos. Esa siempre fue una clave que también funcionó para mí. Con los años me he dado cuenta que, al menos en la nota roja, la objetividad no existe. Es inevitable sentir empatía por algunos de los protagonistas de las historias y por otros, pena o enojo. En mi caso nunca funcionó hacerme el duro. Al contrario, tratar de sentir y compartir una parte de ese duelo me ayudó a narrar en vez de transcribir datos duros.

El tío de Ricardo nos invitó a Luis Alberto y a mí a entrar a la vivienda. Nos presentó con Pablo Bautista y su esposa, quien apenas pudo hablar porque el llanto no se lo permitía.

—Mi hijo no era ningún vendedor de drogas —alegó Ricardo—. ¿De dónde sacan su información? Sólo voy a hablar con usted porque a los de los otros medios no quiero ni que se paren aquí.

Apenas tenía quince días como reportero profesional y ya debía dar la cara ante las víctimas no sólo por mi periódico sino por los otros reporteros que sólo se basaron en el comunicado de prensa. Empatía por los afectados, pensé. Las teorías de la comunicación pasan a segundo término; si no se logra la empatía con las personas que sufren este tipo de pérdidas, las posibilidades de conseguir una buena nota se esfuman. Encendí la grabadora. Dejé a los padres de Ricardo Bautista que se desahogaran. Hice muy pocas preguntas, únicamente aquellas que me permitieran ahondar en detalles de la personalidad y anhelos de Ricardo. A sus 21 años trabajaba como comerciante de ropa en un tianguis para poderse pagar la carrera de derecho. La noche que asesinaron a Ricardo iba a cobrar 5 mil pesos que invertiría con el fin de costear su boda. Condujo el Chevy de su padre hasta un local en la Avenida 4, donde iba a cargar crédito en su celular. Ahí se encontró con un amigo, propietario del Mini Cooper. Los secuestradores interceptaron a Ricardo y a su amigo. A Ricardo lo obligaron a subir a otro vehículo donde los delincuentes lo amarraron con cinta canela.

Pasadas las 9 de la noche del 14 de abril el amigo de Ricardo llegó a pie hasta la casa de éste. Dijo que le habían robado el Mini Cooper y narró lo sucedido con Ricardo. Después de eso, el amigo desapareció. Pablo Bautista denunció ante le MP. Para ese momento los secuestradores cruzaron frente a un punto de revisión de policías federales, donde se inició el tiroteo de los oficiales.

—¿Por qué los federales agarraron parejo? Quiero que esto se esclarezca, no quiero que esto se quede impune —me dijo Pablo Bautista.

Todos los reporteros novatos de *Reforma* tienen tres meses de prueba, durante los cuales no se les firma la nota. Una vez que se obtiene el contrato permanente, es cuando se gana el derecho a que el nombre aparezca bajo el encabezado. El viernes 16 de abril mi nota apareció en la primera página de la sección Ciudad con el título de “Mueren en tiroteo plagiarios y víctima”. Como recompensa a esa cobertura exclusiva mis editores colocaron mi firma junto a la de Ricardo Moya, el reportero de la noche, quien fue a la balacera. No tenía ni un mes en *Reforma* y ya había conseguido que mi nombre apareciera en sus páginas. Intenté comunicarme de nuevo con Pablo Bautista para hacer un seguimiento del caso, pero me pidió que no hubiera más notas sobre su hijo. Nunca supe si la PGR inició una investigación de los federales involucrados en la muerte de Ricardo Bautista. El dueño del Mini Cooper se esfumó; hasta la fecha creo que fue él quien, en complicidad con los dos secuestradores asesinados, planeó el rapto de Bautista para luego pedir el rescate a la familia.

Capítulo 2. Los reporteros no son indiferentes a la tragedia

Condenadas por su hermosura

*Porque, mire señoito, las verdaderas mujeres somos entronas,
le damos parejo a todo sin hacer fuchi a nada.*

Josefina Estrada, escritora

Antes de ser reportero, la belleza femenina siempre me pareció difícil de asociar a la criminalidad. Lo más desconcertante que viví con algunas mujeres lindas estaba relacionado con mentiras, engaños o infidelidades. En la nota policíaca, detrás del atractivo físico se pueden esconder motivaciones suficientemente poderosas para llevar a una mujer a delinquir: el poder, la ambición, los celos, la locura, la devoción, el amor...

Mujeres que pudieron marcar cánones de perfección estética, terminaron arrastradas hacia el mundo de la criminalidad. En los años 80 los ojos verdes de una joven de 18 años se robaron la fiesta del Carnaval de Veracruz. Aquella chica de sonrisa casi infantil era Evangelina Tejera Bosada. Desde su nacimiento tuvo la suerte de pertenecer a una de las familias con mayor influencia política y económica en Veracruz. Su vida parecía perfecta, pero el llanto de un niño rompió los nervios de Evangelina —quien vivía un proceso de desintoxicación por el uso de drogas—. El 18 de marzo de 1989 tomó los pies de su hijo de tres años para azotarlo contra el piso hasta quebrarle el cráneo. El hijo menor tampoco escapó a la ira de la ex soberana del carnaval. Evangelina debía acabar con toda evidencia. Se contaba en esa época que la mujer había incinerado los dos cadáveres en el horno de su cocina. La versión oficial es aún más cruel, pues Evangelina destazó a sus hijos para reducirlos a trozos de carne que enterró en dos macetones del departamento.

Aquel mismo año, el 11 de abril, la ciudad fronteriza de Matamoros se convertía en el primer escenario de una historia salida de una alucinante narrativa detectivesca. Los restos de 14 personas fueron hallados en el interior del rancho Santa Elena: habían sido sacrificados durante ritos satánicos. Las investigaciones apuntaban a una de las primeras organizaciones de narcotráfico que utilizaba santería dentro de sus actividades —en la actualidad es común y en muchos casos la cultura del narco viene acompañada de ritos de adoración a la Santa Muerte o a Malverde—. Adolfo de Jesús Constanzo, nacido en Miami y de padres cubanos, era el líder de la organización criminal, a la cual los medios de la época llamarían “Los Narcosatánicos”. Como suele ocurrir en toda buena historia policíaca, la belleza rodeada de

eventos siniestros halló su reflejo en los misteriosos ojos color ámbar de Sara Aldrete. Infinidad de señalamientos rodean la leyenda: se dice que vivía secuestrada por Adolfo de Jesús Constanzo o que no participó en los rituales de asesinato. Nunca confesó acerca de los señalamientos, a pesar de las torturas a las que fue sometida. Quienes convivieron con Aldrete pudieron comprobar ese halo de esoterismo en una mujer de mirada casi paranormal; solía leer las cartas y siempre estuvo acompañada por Tábata, su gata, en el penal de Oriente y Santa Martha. Su versión fue plasmada en su libro *Me dicen la narcosatánica* (Colibrí, 2000). La escena final sucedió el 6 de mayo en el departamento 11 del edificio situado en el número 19 de la calle Río Sena, colonia Cuauhtémoc. Por medio de una nota de auxilio, Sara pidió a sus vecinos que llamaran a la policía, ya que ocurrió un tiroteo. Volaron dólares desde la ventana del departamento. Constanzo y Martín Quintana fueron hallados muertos en el interior. Aldrete —quien se había escondido en el clóset— creyó ser rescatada por las autoridades sin imaginar que le aguardaba una sentencia acumulada de más de 600 años de prisión. Aldrete ha estado recluida en el Centro Femenil de Readaptación Social de Santa Martha Acatitla; en el penal de Mexicali, Baja California; Las Islas Marías; en el penal de Tepic, Nayarit, y en el de Morelos.

En 1989 yo apenas tenía cuatro años de edad cuando aquellas noticias estremecían a la nación. Fue hasta los 25 años, como reportero de *Reforma*, cuando me sentí cautivado por las historias de mujeres de hermosura inapelable que, inexplicablemente, acababan entrelazadas en los hilos del crimen. El sábado 17 de abril de 2010, los responsables de comunicación social de la PGJCDMX anunciaron la presentación de una mujer detenida en posesión tarjetas de crédito falsificadas. Mi compañero Arturo Sierra debía cubrir la fuente de la Procuraduría, aunque de vez en cuando me permitía redactar sobre algunas de las presentaciones. Aquello servía de práctica, pues generalmente el proceso del reportero iniciaba con la cobertura de casos del día y conforme avanzara en el dominio de su trabajo, podía aspirar a cubrir una fuente especializada como Derechos Humanos, Secretaría de Seguridad Pública, Tribunales, Reclusorios o la Procuraduría.

—Dicen que la chava que van a presentar es venezolana, Mangas. ¿Crees que esté sabrosa? —preguntó Arturo Sierra.

—No sé. No por ser venezolana, significa que todas estén buenas —respondí.

—Pues dicen que la agarraron cuando andaba de acompañante de un cabrón.

Antes de ingresar al área de presentaciones, los agentes colocaron el vehículo en el que transportaban a la detenida en un patio frente a la sala de espera de la oficina de comunicación. Algunos agentes sacaban del auto a los detenidos y los formaban en medio del patio para que los fotógrafos pudieran aprovechar y hacer alguna toma. Había presos que hacían lo posible por tapar sus rostros ya fuera con la playera o agachándose. Si los fotógrafos conseguían su imagen, entraban de nuevo a la sala y a través de un pasillo caminaban hasta el área de presentaciones, la cual contaba con otra puerta de acceso al estacionamiento, por donde ingresaban los fiscales y posteriormente los procesados. Aquello podía ser una rutina tranquila; otras ocasiones, los fotógrafos corrían de un lado a otro para conseguir la foto del detenido.

Arturo y yo nos asomamos al patio para tratar de ver a la venezolana que iban a presentar. Efectivamente queríamos comprobar si era guapa. Los judiciales la mantuvieron en el interior de la patrulla y la chica permanecía agachada, el cabello le cubría el rostro. Nuestro morbo debía esperar algunos minutos más a que el fiscal comentara los pormenores de la detención y otros tantos detalles aburridos. Sierra y yo no éramos los únicos interesados en observar algunos instantes a la sospechosa: en la sala de presentaciones aguardaban desde reporteros hasta el encargado de proporcionarnos los boletines y el café.

No era Sandra Ávila Beltrán, la Reina del Pacífico, quien llegara a cautivar al propio Julio Scherer. Natalie Pacheco Pedroza, originaria de Venezuela, había sido parte de una acción delictiva de poca monta. En ese tipo de casos el delito pasa a segundo plano y la belleza se transforma en el foco de atención. Los flashazos salpicaron a Natalie cuando ingresó a la sala de presentaciones cual si fuera la pasarela de una alfombra roja. Quizá en su adolescencia se imaginó arropada con trajes de diseñador ceñidos a su sinuosa figura; en cambio, la tarde de aquel sábado iba vestida con pants y sudadera color gris oscuro. Aún con aquellas prendas, Natalie no ocultaba lo voluptuosidad de sus senos y caderas. Su cabello negro y lacio se deslizaba por la espalda. Su nariz quizá había sido perfeccionada por algún cirujano, pero no desentonaba con la simetría de su rostro y sus frutales labios. No levantó la mirada en ningún momento, trataba de evitar el penetrante acecho de los lentes de las cámaras. Su respiración era entrecortada, a punto de quiebre.

—Pues sí, está bien guapa, Manguitas. Yo si me la daba —me dijo al oído Arturo Sierra, a lo cual sólo pude responder con una risa disimulada. Sólo la ética profesional evitaba

que la mayoría de los asistentes comenzara con los chiflidos lascivos. Algunos compartían esa mirada de deseo, mientras otros se mostraban hipócritamente condescendientes.

A los 26 años de edad, en el año 2005, Natalie ingresó a México de forma ilegal. Con la voz entrecortada ella relató que perseguía el sueño de convertirse en modelo, quizá con el tiempo en actriz. Para subsistir vendía ropa y solía desnudarse en un centro nocturno exclusivo de empresarios y políticos de alto nivel. La cantidad de propuestas que recibió iban de sesiones privadas de sexo hasta convertirse en la acompañante de tiempo completo de algún cliente, pero Natalie prefirió asociarse con un sudamericano conocido como Rey.

Los negocios entre Natalie y Rey no tenían relación con lo sexual sino con fraudes bancarios. Rey le entregaba a la modelo distintas tarjetas bancarias: la chica debía realizar diversos retiros. Natalie fue atrapada en posesión de nueve plásticos clonados. No la detectaron a través de investigaciones de inteligencia contra estafadores. Natalie había acudido el viernes 17 de abril de 2010 a prestar sus servicios de acompañante en la colonia Polanco. Era escoltada por Sergio Fuentes Pérez, quien trabajaba como su chofer. La policía los descubrió a ambos estacionados a bordo de un Honda Civic en la esquina de las calles Horacio y Emerson. Se habían detenido en el lugar a fumar un cigarrillo de marihuana. Durante la revisión, Natalie mostró una credencial de elector.

—¿Segura que te llamas Guadalupe de los Ángeles? —preguntó uno de los oficiales al momento de la inspección.

—Sí, esa soy yo.

—Tienes un acento medio rarillo.

Fue la mezcla de enervantes, nerviosismo y sobre todo el acento venezolano lo que delató a Natalie, quien terminó por confesar que había comprado la identificación apócrifa a un costo de mil pesos. Tras revisar la procedencia de las tarjetas, las autoridades determinaron que estas eran falsas.

—Natalie, ¿entonces sólo eras modelo? —le pregunté.

—Sí —por primera vez volteó a mirarnos para responder.

—¿Ganabas bien? —agregó Arturo Sierra.

—Sí.

—¿Entonces, por qué le entraste al negocio de las tarjetas clonadas? —insistí.

Hay mujeres que se quiebran con la humillación; otras como Aldrete o Ávila Beltrán, imponen con su carácter. El pecho de Natalie comenzó a estremecerse. Su rostro lucía como el de una niña agobiada por la culpa. No pudo responder ni contener las lágrimas y los flashazos volvieron a consumir el espacio de la sala. Para nosotros fueron cinco minutos de fragilidad. Para ella, una humillación eterna.

Así como la belleza de las criminales me fascinaba, también me sorprendía conocer mujeres dedicadas a una fuente tan misógina como la policíaca. Antes de ingresar a *Reforma*, creía que sólo los hombres tenían el estómago para soportar la nota roja. Allan Sosa, quien fuera reportero de *El Gráfico*, escribió sobre las reporteras de esta fuente. Han sido pocas las mujeres con el carácter suficiente para hacerse respetar en ese entorno. Erika Carpio, Yara Silva y Karenia Piña fueron de las primeras reporteras en subirse a la moto para cubrir nota roja en el periódico *El Gráfico*. En *Reforma* hubo casos como los de Henia Prado, Yáscara López, Diana Martínez o Cristina Hernández, que empezaron como periodistas policíacas hasta cubrir distintas fuentes de justicia y derechos humanos.

A Cristina Hernández le guardo respeto, admiración y cariño profundo. Fue de las últimas personas en entrevistar a Vicente Leñero antes de la muerte del escritor y periodista. También una de las reporteras más prolíficas en la sección de Justicia. Por supuesto, una de las más guapas de la fuente. En la marcha del 2 de octubre de 2013 nos vimos en Tlatelolco para ir con uno de los contingentes que recorrerían Eje Central. Avanzamos hasta el cruce con la calle de Tacuba y en ese punto el contingente fue desviado con dirección a Paseo de la Reforma. En ese momento, un grupo de anarquistas comenzó disparar balas de pintura contra los policías; Cristina y yo nos refugiamos detrás de los granaderos, quienes contuvieron la primera agresión. El ambiente comenzaba a tensarse y varios de los grupos disidentes hicieron destrozos a su paso por la Alameda. Llegamos hasta el cruce de Puente de Alvarado y Reforma, donde Cristina y yo nos separamos por un instante para recabar datos sobre algunos detenidos. Aquel día yo llevaba puesto un pasamontañas de motociclista para evitar respirar los gases lacrimógenos. Mientras observaba, un grupo de granaderos me rodeó y sostuvo de los brazos. Dos de ellos me golpeaban las costillas mientras otro trataba de darme rodillazos entre las piernas.

—Ya te chingaste, cabrón. Por andar de pinche anarco —gritó el que me pateaba.

—Ahorita en los separos a ver si tienes güevos con la madriza que te van a poner — me decía otro.

—¡Soy once! ¡Soy once! No mamen —les gritaba.

Los otros reporteros con los que estaba platicando se hicieron a un lado y no intervinieron. Los fotógrafos dispararon sus flashes pensando que yo era uno de los que estaban ocasionando desmanes. Sentí miedo y frustración. Me imaginaba en las galeras, golpeado por varias horas, hasta aclarar que yo era periodista. Entre los puñetazos y la confusión se me iba cerrando la visión.

—¡Déjenlo! Él es reportero. ¡Suéltelo! —escuché a mi lado derecho los gritos de Cristina, quien logró apartar a dos granaderos y llegó hasta donde me tenían. Sentí su mano jalándome y no quise soltarla. Otros granaderos estaban a punto de someterla cuando se acercó el comandante Centauro, jefe de todos los grupos de choque.

—¡No se pasen de pendejos con ella, cabrones! ¿No ven que es reportera? —gritó.

—También tienen a uno de mis compañeros —le dijo Cristina.

Como espartano en la batalla, Centauro quitó a los policías que me sometían. A empellones me alejó de la zona de batalla. Cristina fue corriendo hacia mí.

—Llévatelo de aquí y dile que se quite ese pasamontañas —le dijo el comandante a Cristina—. No lo voy a volver a rescatar.

Nos alejamos de aquella zona. Cristina me miraba con esa mezcla de ternura, cariño y preocupación. Más tarde fuimos a cenar. Nos reímos nerviosos de aquel altercado. Esa sería una de las anécdotas que solíamos contar a quienes nos preguntaban sobre nuestra relación de pareja.

Música, balas y la Condesa

*Estoy bajando rápido, pero no dejes que te destroce.
Dime, dime, dime tu respuesta,
puede que seas una amante, pero no eres una bailarina.
Cuidado, helter skelter.*

The Beatles

Había pasado más de un mes de pruebas que incluían descansar sólo una vez por semana. Ir de un lado a otro en la motocicleta. Cubrir choques, atropellados, balaceras, detenidos, me había provocado un desgaste físico y emocional que no experimenté en anteriores empleos. Un mes de trabajo en *Reforma* me pareció como un año de reportero.

Cuando llegaba al cuarto de azotea donde viví mis primeros años fuera de casa —el cual rentaba por mil 500 pesos al mes—, me tiraba en la cama y me dormía de inmediato. Despertaba a media noche con la corbata casi estrangulándome. Con este tipo de trabajos uno debe buscarse alguna clase de entretenimiento, salirse de la rutina, para no volverse demente. Por fortuna la música siempre ha sido una de las pasiones —quizá la única que supera mi gusto por la narrativa— en la cual puedo abstraerme de los problemas diarios ya sea al tocar guitarra o escuchar algún disco. Después de ocho años, Paul McCartney regresaba aquel 2010 a la Ciudad de México con su gira “Up And Coming Tour” para presentarse en el Foro Sol. En 2002 había tenido oportunidad de ver uno de sus espectáculos en el Palacio de los Deportes, fuimos mi papá, mi hermano y yo; con los boletos conseguidos por mi padre, sólo podíamos distinguir al ex Beatle ayudados por unos binoculares. Casi siempre era la misma historia con los conciertos. Ni modo, a la quincena de mi padre no le daba para acortar la distancia.

Los sueldos para los empleados de *Reforma* suelen estar por encima del salario promedio del periodista. Una de las razones para pagarles bien a los reporteros está en concentrarlos en trabajar las notas de manera exclusiva. La visión de los Junco de la Vega es sencilla: si a un reportero se le paga bien, no va a tener que buscarse trabajos en otros medios para subsistir. Los sueldos básicos eran de entre 10 y 12 mil pesos; entre las prestaciones se sumaban vales de despensa, aguinaldo, utilidades, bono mensual de agencia por notas publicadas en el portal y un fondo de ahorro semestral que rondaba los 20 mil pesos. El promedio de mis ingresos mensuales era de aproximadamente 15 mil pesos, cifra nada

despreciable para mi primer empleo en los medios. En otros periódicos, los salarios estaban entre los 6 mil y 9 mil pesos mensuales. El hecho de tener una buena paga garantizaba la exclusividad de la información así como la fidelidad del empleado. Como reportero entré en un círculo elitista donde el sueldo daba para vestir bien, comer bien, pagar renta, viajar dentro y fuera de México, concentrarse en hacer la chamba y, por supuesto, ¡comprar guitarras e ir a conciertos!

Quería acudir a la presentación de Paul McCartney en México. Acababa de pasar mi cumpleaños el 21 de abril, así que decidí hacerme un regalo inolvidable: boletos de la sección principal a pocos metros del rockero. Cada entrada costaba 6 mil pesos, los cuales gasté con una alegría que sólo se comparó a cuando, un año después, invertí en una guitarra Fender Stratocaster americana —18 mil pesos costó el juguete—. Algo de aquellas jornadas de más de ocho horas en la motocicleta debía valer el esfuerzo. El autor de “All my loving” se iba a presentar el viernes 28 de mayo de 2010. Aquel día me tocaba la guardia vespertina y aún no tenía vacaciones para poder ajustarme. Hablé con mi compañero Daniel Pérez, Calamar, para intercambiar horario y tener la tarde libre.

—Haz paro, pinche Calamar.

—Nel. ¿Qué tienes que hacer o qué onda?

—Tengo un compromiso, un concierto.

—Pues yo también tengo un compromiso familiar y ya quedé. Esta vez no se puede, Búfalo.

—Chale. No seas gacho. Te lo repongo.

—Mejor dile a Pedro que te deje salir temprano o *rescatas* la nota —se refería a pedir información y hacer la nota aunque no fuera al lugar de los hechos.

A pesar de lo accesible de Pedro en cuanto a permisos, aún no me sentía con la suficiente confianza para pedirle que me dejara faltar o salir antes. No había de otra: debía cubrir mi guardia, esperar que la ciudad se mantuviera tranquila y correr al final del día para llegar al concierto. Otro problema estaba en tener que cubrir la guardia con Sombra; él era de los fotógrafos más puntuales y además tenía una suerte para conseguir asuntos de última hora que tumbaban la portada de *Metro*. Al cubrir las guardias vespertinas con Sombra, corría el riesgo de acabar rumbo a la Pirámides al cuarto para las nueve de la noche —mi horario de salida— para ir a una volcadura con varios muertos. En ese tiempo aún no tenía los

contactos suficientes para no subirme a la moto y pedir datos para armar la nota desde mi casa. Era obligatorio ir a todos los asuntos de la guardia, me gustara o no.

Salí a trabajar aquel viernes y coloqué el boleto en mi libreta de apuntes para escribir cuentos. No me daría tiempo de regresar. Me arriesgaba a perder la costosa entrada, pero no tenía de otra. Cuando las guardias vespertinas transcurrían en calma y los editores tenían aseguradas las notas para el diario, solía ser un augurio de que Sombra conseguiría algún asunto para cambiar la portada. Me sentía nervioso porque así pasamos la mayor parte de ese viernes. Ni un choque laminero ni un atropellado. Nada.

—Vas a ver que en un rato sale el bueno, chiquitín, y nos vamos a llevar la portada.

—Pues ya que salga porque al rato me tengo que ir en chinga —le respondí a Sombra.

—Que, ¿te quieres ir temprano? Le voy a decir a tu jefe, el Cuervo, que no cubriste la guardia completa —se reía burlón al decir eso.

A las nueve de la noche iba a empezar el concierto, por lo cual debía irme de las oficinas de la Procuraduría o de donde estuviera a las ocho y media como máximo. Aguardaba con el radio-transmisor en la sala de prensa. No se había escuchado nada relevante. Pasadas las seis de la tarde escuché que pedían una ambulancia para la colonia Condesa. Dos hombres fueron baleados adentro de su automóvil estacionado en la calle de Pachuca. Que se los lleven vivos, me repetía.

—Ya ves, chiquitín. Te dije que iba a salir el bueno. Vámonos a ese asunto.

—Ya valió.

Calculé los tiempos. Si estaban heridos, podía sacar los datos en el lugar al preguntarle a los paramédicos. Tardaría quince minutos en dictar la nota para el portal de *Reforma* y media hora más para hacer la del impreso. Nos llevaríamos por mucho una hora y media de trabajo.

Sombra a veces se podía portar como un niño bromista, ser tan insoportable al cachetearme cuando me quedaba dormido en la sala de la Procuraduría, o dejarme por llegar tarde para ir a cubrir una nota. Lo odiaba cuando no me subía a la moto y hasta le menté la madre. Pero contadas fueron las ocasiones cuando le falló el olfato periodístico. A sus 55 años de edad era capaz de ganar la foto tanto a colegas novatos como a sus contemporáneos.

Una vez más Sombra y yo llegamos a tiempo para ganarle a los otros reporteros. La confusión aún prevalecía en la escena del crimen. Los policías no habían acordonado el sitio

en el que se estacionaron las víctimas. Eran los abogados Antonio César Landín Alanís, su primo Ismael Landín Olivares y Jersáin Platsa Montes. Los tres trabajaban para el bufete jurídico Lancont, ubicado en la colonia Vértiz Narvarte. Pasadas las cinco de la tarde, los litigantes abordaron un Seat Ibiza amarillo, en el cual se dirigieron hacia la colonia Condesa. Tenían una cita con un cliente frente al número 27 de la calle Pachuca, donde cerrarían un trato de compraventa. Ya que los abogados llevaban consigo una alta suma de efectivo, una de las primeras líneas de investigación de la Procuraduría apuntaba a un intento de robo.

En torno al Seat Ibiza habían quedado más de 15 casquillos percutidos calibre .380; Sombra y yo nos pudimos acercar tanto que estuve a punto de patear uno de los vasos de plástico con los que los policías preservaban las ojivas. Antonio César Landín y Jersáin Platsa yacían en la parte delantera del automóvil. No se habían quitado los cinturones de seguridad cuando la ráfaga de balas los alcanzó. Los asesinos, vestidos de negro —casi un cliché en la nota roja—, les cerraron el paso con otro automóvil. La tranquilidad de una colonia poblada por artistas, músicos, cineastas, extranjeros y modelos, fue quebrada por los disparos. El único sobreviviente fue Ismael Landín Olivares, quien recibió un disparo por la espalda que le salió por el abdomen; fue llevado al hospital Rubén Leñero.

Los policías me proporcionaron algunos datos, mismos que completé con la versión de vecinos y comerciantes del lugar. El resto de los reporteros llegó al lugar casi al mismo tiempo que los agentes del Ministerio Público, quienes de inmediato pidieron acordonar la calle. Los policías nos enviaron hasta las esquinas del lugar, donde el resto de los fotógrafos no podían tener una buena toma. Claro, para ese momento Sombra ya había capturado los cadáveres en primer plano. En su foto se podían observar las camisas blancas de los abogados teñidas de sangre y el gesto agónico en su rostro.

Cuando ocurren este tipo de crímenes en zonas exclusivas de la ciudad como Polanco, la Roma, las Lomas o similares, las autoridades se toman el tiempo suficiente para analizar cada detalle y recabar las evidencias. A un atropellado sin identidad los peritos lo subían a la camilla después de hacer un par de fotos. Pero a unas cuadras del homicidio estaba el domicilio del entonces jefe de gobierno, Marcelo Ebrard Casaubón, y las autoridades no tenían permitido cometer ni un error. Lo que calculé como una hora de trabajo se prolongó hasta las ocho de la noche. Los peritos seguían colocando polvos y químicos especiales para

registrar huellas; medían cada ojiva para luego colocarla en pequeñas bolsas de evidencia; tomaban fotos de cada orificio de bala en el automóvil.

Estaba a punto de perderme el concierto. Aún no tenía los nombres de las víctimas y para redactar la nota de la versión impresa, debía regresar a las computadoras de la Procuraduría; en ese tiempo no contaba con un *smartphone* para redactar desde el lugar. Debía resolver aquello antes de las nueve de la noche. Lo más rápido fue regresar a lo básico: escribí la nota en mi libreta como si fuera la entrega final así tener un borrador y al final agregar los nombres. En ese instante sonó mi celular.

—Manguitas, ¿qué pedo con ese asunto de la Condesa? Pedro me está pidiendo datos —era la voz de Arturo Sierra al otro lado de la bocina—. ¿Traes algo?

—Pues nada más que los siguieron desde la Narvarte y aquí les cerraron el paso para matarlos.

—Ya estás. Oye, un comandante del MP me pasó los nombres. ¿Ya los tienes? —en ese momento pensé que reportero sin suerte, no era reportero.

—¡Cabrón! Pásamelos, es lo único que me falta.

Agregué los nombres a la nota. Marqué a la redacción para que uno de los asistentes me tomara dictado. Eran las ocho y media de la noche cuando terminé de pasar la nota, justo a tiempo para tomar un taxi que me llevara hacia la estación Patriotismo y de ahí seguir hasta el Foro Sol. Días después en el seguimiento del homicidio, me enteré sobre la relación del sobreviviente Ismael Landín Olivares con la ex secretaria general del PRI en Aguascalientes. Ismael era hermano de Elsa Amabel, quien también fuera candidata a diputada. Una de las líneas de investigación apuntaba a un crimen de tintes políticos. Sin embargo, el entonces procurador Miguel Ángel Mancera dio a conocer en junio de 2010 que el homicidio estaba relacionado con el trabajo de los litigantes y por el hecho fueron detenidas dos personas. Claro que la noche del 28 de mayo, a mí lo que me interesaba era cantar a todo pulmón las canciones que dieron origen a la beatlemania. Por cierto, Sombra y yo nos llevamos la portada del periódico *Metro* al día siguiente, así como la nota principal de la sección Justicia de *Reforma* con información de Arturo Sierra.

El gran mentiroso de Tepito

*¿Por qué tanta violencia gratuita? Se estremeció.
No tenía respuesta. Y eso le inquietaba.*

Henning Mankell, escritor

Desde el primer día como reportero de nota roja lidié con las muertes de menores de edad. Mi primera nota fue sobre un accidente en el que falleció un bebé. Aún no me había repuesto a la sensación de vacío de aquel primer acercamiento al periodismo policiaco, cuando surgieron nuevas notas donde las víctimas eran menores de edad. Por más de cinco años como periodista he perdido la cuenta de cuántos casos cubrí de violencia contra niños y adolescentes. Tres anécdotas que me marcaron como reportero ocurrieron en el primer año de trabajo con *Reforma*.

Los turibuses —normalmente repletos de extranjeros en busca de conocer la cara bonita de la Ciudad de México— eran ocupados por vecinos del “Barrio Bravo” de la capital. La noche del primero de junio de 2010 los habitantes de Tepito hicieron valer su ley para exigir que dos niños, habitantes del barrio, aparecieran luego de un aparente secuestro.

Decenas de comerciantes, motonetos, diablos, *chacas* y espontáneos arrastrados por el desmadre se abalanzaron a bloquear Avenida del Trabajo: exigían justicia. La protesta se salió de control hasta llegar a paseo de la Reforma, donde se convirtió en un disturbio que incluiría el secuestro de un camión de recorridos turísticos, robos a transeúntes, enfrentamientos con la policía capitalina y un saldo de 77 personas detenidas.

El “Tepitazo” se fue gestando desde el 18 de mayo cuando Javier Covarrubias González denunció que sus dos hijos, Darién Isái e Isis Liliana, le fueron arrebatados cuando caminaba por las calles de Tepito. Los habitantes de la zona tomaron aquel suceso como bandera para exigir mayor seguridad. De inmediato, los medios de comunicación se vieron atraídos por el nuevo drama de la capital. Ante los periodistas televisivos que lo entrevistaban, el padre de 22 años mostraba una angustia histriónica acompañada de lágrimas que reforzaban su pérdida.

El procurador Miguel Ángel Mancera buscaba posicionar su imagen con miras a convertirse en el candidato ideal de las izquierdas para sustituir a Marcelo Ebrard en la jefatura de gobierno del DF (hoy Ciudad de México); los agentes de investigación se

concentraron en el caso para resolverlo en poco tiempo. Con el fin de peinar cada rincón de la colonia Morelos y las proximidades, los oficiales de la Secretaría de Seguridad Pública duplicaron sus guardias. Esos niños —de dos y un año de edad— debían aparecer a toda costa, de preferencia vivos.

El fuego de los chismes se expandió y pronto lo que parecía ser obra de un robachicos de poca monta, se convirtió en una articulada banda de secuestradores con el objetivo de desaparecer a la mayor cantidad de niños tepiteños. La histeria se apoderó del barrio. Tras los primeros interrogatorios de los agentes de investigación, Javier Covarrubias declaró que desde el 2009 trabajaba como cocinero de una marisquería en un mercado de la zona de Indios Verdes. Ahí dijo conocer a Guadalupe, una vendedora de quesadillas, quien al parecer le prestó 25 mil pesos en efectivo con la condición de devolverlos en noviembre de ese mismo año. Al no pagar la deuda en el tiempo acordado, Covarrubias fue amenazado por Guadalupe: la quesadillera pretendía secuestrar a los hijos de Javier hasta que él le regresara el dinero.

Aquella versión, por demás asombrosa, comenzó a desmoronarse el martes primero de junio de 2010 cuando los judiciales entrevistaron a Irma Merino, la madre de los niños desaparecidos. Irma nunca había escuchado el nombre de Guadalupe y mucho menos del préstamo de los 25 mil pesos. Entonces Covarrubias cambió su versión al declarar que el 18 de mayo entregó a sus hijos a Guadalupe como prenda del monto adeudado.

Javier Covarrubias González intentó escapar, pero fue detenido en Jacala, Hidalgo, y arraigado por el delito de tráfico de menores. Para entonces ya se corría el rumor entre los reporteros que Darién Isaí e Isis Liliana estaban muertos y, posiblemente, sus cuerpos se encontraban en el Parque Nacional del Tepeyac, aunque Covarrubias González sostenía que seguían vivos. El viernes 4 de junio nos enviaron a Agustín Márquez y a mí a la reserva ecológica donde debíamos seguir a los policías en su búsqueda de los menores. Llegamos a la una de la tarde. Subimos junto con los oficiales de la SSP por el camino donde los corredores iban a diario.

—La neta ese cabrón se está haciendo pendejo. Yo digo que él los mató —me comentó uno de los comandantes mientras caminábamos entre los arbustos.

—¿Por qué los mandaron a buscar a los niños? —pregunté.

—Mira. Acá en corto, nada más no lo pongas en tu nota, ya nos dieron la orden de buscar los cuerpos en ese lado, que fue donde según los entregó a la que le debía dinero. Ya ni siquiera vivos.

Pasamos por la ruta tres veces. Nada había raro. Una necesidad más allá de lo periodístico, casi detectivesca, desató mi imaginación al buscar con ansias alguna bolsa negra o un montículo extraño. En un afán casi protagónico ansiaba ser el reportero que descubriera los cuerpos. Sí, me olvidé del periodismo. Es ahí cuando el olfato pierde el radar. Cuando se busca ser partícipe de la historia y no el narrador de los acontecimientos, la suerte te da la espalda. Una vez más, era el azar que marcaba las reglas del juego. Tres horas buscamos infructuosamente. Incluso pasamos a unos metros de donde fue hallado uno de los cuerpos sin notar algo inusual.

La mañana del lunes 7 de junio de 2010 un solitario paseante caminaba por las veredas del Parque Nacional del Tepeyac, observó una bolsa negra semienterrada a unos metros del camino. Los oficiales cerraron los accesos al parque, mientras los peritos desenterraron la bolsa en la cual estaban los restos de Darién Isaí. Las ropas del menor fueron tomadas por los agentes. Un par de prendas eran los testigos que Irma Merino reconocería.

Javier Covarrubias fue llevado al sitio para hacer la reconstrucción de los hechos con el fin de señalar el sitio donde fue enterrado el cuerpo faltante: el de Isis Liliana. Comentó que un par de días antes del asesinato compró algunas bolsas negras de plástico. El 18 de mayo llevó a los niños a pasear a la reserva ecológica, cercana a su lugar de trabajo. Carecía de un motivo para agredirlos. En medio de los árboles, Javier se aseguró de estar solo con sus hijos. Tras mirar a su hija de 1 año 7 meses, la tomó en brazos para cargarla. Mientras Darién, de 2 años y 7 meses, corría y jugaba al lado de su padre, Javier apretaba contra su pecho el rostro de Isis Liliana hasta sofocarla.

—Del lado izquierdo estaba Darién y le dije que se acercara a mí cuando yo ahogaba a Isis —detalló el homicida con frialdad carente del histrionismo lacrimógeno—. Darién jugaba detrás de mí con una vara, no se dio cuenta lo que hacía con Isis.

Javier quiso repetir el deleznable acto con Darién, pero alguna especie de instinto hizo que el niño rechazara a su padre; no quería dejarse abrazar y continuó con su juego. Javier le hizo creer al pequeño que su hermana estaba dormida. Con la paciencia de un depredador, el

padre aguardó al lado del cadáver de su hija por media hora. Esperaba una distracción del niño para que no comenzara a gritar y alertara a alguna persona que caminara por las veredas.

—Ella tenía los ojos cerrados. Le toqué el pecho y ya no latía su corazón —con señas mostraba a los peritos el sitio exacto del homicidio—. Dejé su cuerpo a un lado de donde me encontraba y luego la tapé con una de las bolsas negras de plástico, por si alguien pasaba que no viera que ya estaba muerta.

Darién le daba la espalda cuando su padre lo sujetó tapándole la boca. Los pataleos del niño se fueron debilitando hasta que sus pies asemejaban a los de una marioneta. La única respiración agitada en medio de los árboles era la de Javier. Sin inmutarse, Covarrubias González colocó los cadáveres en dos bolsas de plástico. Caminó unos metros entre el área boscosa y ahí trató de enterrarlos. Al notar que las bolsas estaban mal sepultadas, decidió regresar al mercado donde trabajaba y compró una mochila. De vuelta en el parque, desenterró el cuerpo de Isis, el cual colocó adentro de la maleta.

Los peritos siguieron a Javier hasta el exterior del Parque Nacional del Tepeyac. Cruzaron la calle; anduvieron hasta uno de los camellones paralelos a Insurgentes Norte, bajo las torres de alta tensión. A unos metros de donde cientos de automovilistas pudieron haber visto al homicida, éste encontró un agujero en donde metió la maleta con el cadáver de su hija, sobre la que colocó una piedra.

Tras cometer el crimen, Covarrubias cortó su brazo con un vidrio y se pegó en la cabeza contra una pared. Regresó a Tepito a difundir el chisme del secuestro. Al desmoronarse las mentiras del asesino, no hubo una reacción tan contundente como el “Tepitazo”. Los comerciantes y vecinos del barrio regresaron a sus actividades sin inmutarse. Fueron engañados, sí; sin embargo, no pedirían una disculpa por mostrar su capacidad de armar disturbios ante cualquier injusticia fuera verdadera o inventada. A pesar del “Tepitazo”, la resolución del crimen por parte de la Procuraduría ayudó a la imagen de Miguel Ángel Mancera.

Antes de confesar el homicidio, Javier Covarrubias fue presentado a los medios de comunicación. Nunca desvió la vista de las cámaras. Noté un cinismo que brillaba en su mirada; incluso sentí rabia porque parecía disfrutar el estar frente a nosotros como si se tratara del protagonista de una película. Tal era su histrionismo que dejó escapar una breve lágrima que se detuvo a mitad de su mejilla.

Entre el asesinato de un niño y los cigarrillos

Por un momento se sintió tentado de ponerse de cara a la pared y volver a dormirse. Olvidar todas las investigaciones de asesinatos y los incendios que estallaban por la noche.

Henning Mankell, escritor

No me había repuesto de las impresiones al observar el cuerpo de un bebé muerto tras de un accidente o del cinismo mostrado por un padre que asesinó a sangre fría a sus hijos, cuando ocurrió otro caso que me generó una ruptura emocional.

Durante los tres años de trabajo en *Reforma*, fueron comunes las noticias relacionadas con niños fallecidos. Curiosamente, aquellas que dejaron una huella indeleble sucedieron cuando apenas me adaptaba a una fuente que en el fondo nunca quise. Desde la carrera universitaria, mis sueños estaban enfocados al periodismo musical o cultural. Si llegué a la nota policíaca fue por necesidad de trabajar y obtener ingresos. La crueldad de los homicidas hacia niños o ancianos siempre me provocó rabia, dolor. Podía mirar a criminales sin sentir pena por ellos; observar a los asaltantes a los ojos sin creer en su inocencia. No sentía remordimiento, aunque podía sufrir insomnio por semanas después de observar el cadáver de un niño.

El martes 29 de junio de 2010 sería el último que trabajaría seis días a la semana. Sin darme cuenta, habían pasado los tres meses de prueba en *Reforma* y estaba bastante contento. Hasta ese momento sólo el miércoles era mi día libre y apenas servía para reponerme del desgaste físico. Creí haber hecho mi trabajo sin fallas, aunque temía no recibir el contrato definitivo. Pedro Terán y Luis Ocampo estaban a gusto con mi trabajo.

—La neta no sé si me vaya a quedar, Ratón— le comenté a Salvador Chávez, el jefe de fotógrafos, con quien comencé a trabar una buena relación laboral que con el tiempo se volvió amistad.

—Pues tampoco estás tan pendejo. El otro día me preguntó Pedro que cómo te veía.

—¿Qué le dijiste? —pregunté con bastante curiosidad.

—Pues que eras movido y no te quedabas parado en los asuntos porque ibas de un lado para otro a preguntarle a todo mundo. Y creo que también sabes meterles carnita a las notas. Como que las sabes contar.

—Órale. Entonces, ¿crees que sí la arme?

—Pues ya te dije, no estás tan güey —respondió con una carcajada; pocas veces se reía.

En ese momento sonó el Nextel de Ratón; uno de los policías del sector Tepepan lo llamaba para comentarle que en uno de los canales de Xochimilco habían encontrado un cadáver.

—Vas a ese, Mangas. Busca la dirección para que le vayas indicando a Sombra por dónde agarrar.

—Va. Deja lo checo en la compu —aún en esa época no había aplicaciones de mapas para los celulares y solíamos revisar las direcciones en la Guía Roji.

Después de imprimir el mapa con la ubicación a donde íbamos, le dije a Sombra que ya sabía cómo llegar. Debíamos trasladarnos al vaso regulador cercano a la avenida Muyuguarda y Cuemanco, en la colonia San Lorenzo La Cebada. Para ese entonces ya me había acostumbrado al difícil carácter de Agustín Márquez, Sombra, a quien después de mentarle la madre —en una ocasión que me dejó para irse a un asunto— me lo gané al charlar de una de sus pasiones: los vochitos. Él era un apasionado de los autos emblema de la Volkswagen y mi padre fue vendedor de refacciones de aquella empresa por muchos años. Algo tan sencillo como platicar de vochos limó las asperezas entre ambos e incluso ayudó a mejorar las coberturas que nos tocaban juntos. Cuando yo veía algo que le pudiera servir para foto, se lo comunicaba de inmediato. Él, a su vez, me mostraba detalles en las imágenes para enriquecer las notas.

Al llegar al canal del hallazgo, los bomberos ya trabajaban en el rescate del cuerpo. En el sitio se habían reunido unos 20 curiosos que me indicaron donde se encontraban los rescatistas. Apenas me iba quitando el casco de motociclista cuando observé a dos bomberos que salían de entre los matorrales. Cargaban en una manta blanca el cuerpo de la víctima. Normalmente hacían falta cuatro personas para sostener la camilla donde eran trasladados los cadáveres: el cuerpo no era de un adulto. Me quedé paralizado detrás de Sombra mientras hacía las fotos de los bomberos al cargar el cuerpo. Observaban al vacío como si evitaran bajar la mirada hacia el bulto que llevaban en las manos. Caminaron con rapidez hacia el “carrito de las paletas” o “la muertera” —como le suelen decir los reporteros y fotógrafos a la ambulancia de servicios periciales—. Aquella vez no azotaron el cadáver como suele

ocurrir con otros restos humanos, lo depositaron con suavidad. Ese “clack” es uno de los sonidos más estremecedor cuando las camillas golpean la lámina de la ambulancia pericial.

Tomé un poco de aire para concentrarme. En esos instantes uno debe tragarse un poco las lágrimas y clarificar la garganta para no quebrarse. Me acerqué al coordinador de Protección Civil de la zona sur, quien me contó sobre el hallazgo. Bryan Alexis era un pequeño de dos años de edad que solía presenciar las discusiones que su madre, Norma Angélica Bárcenas Sánchez, de 22 años, sostenía con Eduardo de Jesús Alcántara Serrano, de 32. Como madre soltera y sin el apoyo del padre biológico de Bryan Alexis, Norma Bárcenas decidió iniciar una nueva relación con Eduardo de Jesús. La pareja no había llegado siquiera al año —tiempo en el cual decidieron vivir en la misma casa— cuando surgieron los sinsabores de las discusiones.

Tras cada pelea, Norma acababa llevándose a su hijo a casa de su madre, donde al poco tiempo se presentaba Eduardo Alcántara para convencer a Norma de regresar. Más tardaban en reconciliarse que en volver a tener disgustos que derivaban en fuertes peleas. El sostén de la casa era Norma, quien salía a trabajar a las ocho de la mañana y regresaba pasadas las siete de la noche. Bryan Alexis era cuidado por su padrastro y éste solía desquitar su rabia contra el pequeño. Si el niño lloraba, Eduardo Alcántara lo golpeaba a puño cerrado. El lunes 28 de junio los abusos del padrastro rebasaron los límites al pegar con demasiada fuerza a Bryan Alexis hasta dejarlo inconsciente. Cuando Eduardo lo revisó, Bryan Alexis aún respiraba con debilidad; entonces lo colocó en la cama como si se hubiera quedado dormido. Al llegar al domicilio, Norma encontró en la sala a su concubino fumando silencioso. Él le lanzó una mirada fría y ni siquiera le respondió cuando Norma lo saludó. La mujer preguntó por Bryan Alexis.

—Está dormido en el cuarto —respondió Eduardo.

—Voy a ver cómo está y ahorita regreso a prepararte la cena —comentó Norma y se dirigió al dormitorio. El bebé yacía inmóvil, pálido y con los labios violáceos.

—¿Qué le hiciste a Bryan, Eduardo? —gritó Norma desde el cuarto—. ¿Le pegaste o por qué no reacciona?

—Sí. Estaba chillando y me lo madreé. ¿Tiene algún pedo ese pinche escuinclé?

—¡No respira! Hay que llevarlo al doctor.

Con desesperación, Norma revisó el cuerpo de Bryan Alexis. Había moretones por doquier. Su piel estaba fría y sus extremidades comenzaban a ponerse rígidas.

—¿Para qué lo llevas al hospital, si ya está muerto? —sentenció el homicida mientras observaba a Norma salir de la habitación con el cuerpo inerte de Bryan.

—Me voy a ir con mi mamá —respondió Norma en automático, había perdido la consciencia de lo sucedido.

—Mira, pendeja —Eduardo jaló a la mujer del brazo—, si vas a ver a tu mamá, yo me voy.

La amenaza surtió efecto en Norma, quien volvió a dejar el cuerpo de Bryan Alexis en el cuarto. No quería ser abandonada ni tampoco sabía qué hacer con el cadáver de su hijo. Eduardo aprovechó aquello para convencerla de deshacerse de los restos del niño.

—Para evitarnos de pedos, vamos a tirarlo al canal. Ahí nadie lo va a encontrar y si lo hacen, ya va estar descompuesto —propuso Eduardo.

Quizás el miedo no le permitió a Norma reaccionar ante la propuesta de su pareja, pero concedió llevar a cabo el plan. Ambos salieron llevando consigo el cuerpo de Bryan Alexis y tomaron un taxi que los trasladó al vaso regulador del canal de Cuemanco. Mientras Norma vigilaba a un costado de la avenida Muyuguarda, el padrastro se internó entre el pastizal hasta llegar al agua. Arrojó el cuerpo de Bryan Alexis. Al regresar a casa, la pareja durmió en la misma cama donde horas antes había estado el niño.

La mañana del 29 de junio, Norma salió a la misma hora para supuestamente ir a trabajar. Eduardo la notó nerviosa, pero no intentó detenerla. La mujer no durmió en toda la noche: una y otra vez aparecía frente a ella el pálido rostro de su hijo. Norma Bárcenas armó una coartada para hacer la denuncia ante el ministerio público de la agencia Dos en Xochimilco. Ante los oficiales la madre dijo que había peleado con Eduardo y que éste la amenazó con llevarse a su hijo para tirarlo al canal. En consecuencia, el padrastro golpeó al niño y luego se lo llevó de la vivienda. Mientras Norma realizaba su declaración, Eduardo caminaba por la colonia para decidir si huiría. Poco después de las 10 de la mañana, la policía ya buscaba a Eduardo en la zona; cerca del mercado de la colonia Ampliación San Marcos fue reconocido por los uniformados. Al ver que iban tras de él, trató de escapar corriendo pero al final fue detenido. Varias veces titubeó sobre el paradero de Bryan hasta que por fin le confesó a los policías sobre el sitio exacto donde se encontraba el cuerpo.

En el lugar me enteré de la versión dada por la madre a los agentes ministeriales y lo confesado por Eduardo durante la mañana. Casi siempre las versiones conseguidas en el lugar de los hechos eran las más veraces; a pesar de eso, en *Reforma* siempre nos recomendaban revisar las distintas versiones de las autoridades y monitorear los avances sobre el caso a lo largo del día. De regreso en las oficinas de comunicación de la Procuraduría, mientras escribía la nota, observaba los monitores de televisión donde pasaban los noticieros de *Televisa* y *Milenio TV*: una y otra vez se hablaba de la tragedia de Bryan Alexis. Por más que evitara regresar al momento en el que vi salir a los bomberos del pastizal, las pantallas me devolvían aquella imagen. Me sentía abrumado y volví a tomar bocanadas de aire para continuar redactando la nota. Aunque redacté lo más rápido que pude para mandar mi texto e irme temprano a casa, Cuervo me llamó para preguntar si había más detalles sobre la investigación. Pasé el resto de la tarde hablando con el coordinador de Protección Civil de Xochimilco, quien fue de gran ayuda al conseguirme datos que no tenían otros medios. En la agencia del ministerio público continuaban los interrogatorios al padrastro y a la madre de Bryan Alexis; al final del día Norma se quebró: confesó todo lo sucedido la noche del lunes 28 de junio. La coartada se desmoronó y el simple hecho de ocultar el homicidio perpetrado por Eduardo, bastó para que Norma fuera procesada y trasladada al Centro Femenil de Readaptación Social de Santa Martha Acatitla. Eduardo Alcántara fue enviado al Reclusorio Preventivo Sur.

Concluido mi turno, anduve entre las calles del Centro Histórico. Sentía una pesadez en los hombros como si llevara trabajando en la fuente policíaca más de una década. El calor de la tarde cedía ante el viento que arremolinaba las hojas de los árboles de la Alameda Central. Mi celular timbró en ese momento.

—Hola. ¿Mariano? —una voz de mujer se escuchaba al otro lado.

—Sí. Dime.

—Te llamo del área de talento de *Reforma*. Sólo quería avisarte que ya se cumplieron tus tres meses de prueba y que Pedro Terán ya aprobó tu permanencia.

—Qué bien —aunque sentí cierta satisfacción, no estaba emocionado.

—Ya puedes pasar a partir del jueves a firmar tu nuevo contrato.

—Ok.

Después de colgar caminé hacia una de las vinaterías del Centro. Compré una botella de vino chileno y una cajetilla de cigarros. Volví al cuarto de azotea donde vivía y al entrar arrojé mi casco y la mochila en la cama. Destapé el vino. Salí hacia el frente del techo del edificio, desde donde podía ver los carros pasar sobre Circuito Interior. Di un sorbo largo a la botella; llevaba horas sin tomar algún líquido. Saqué del pantalón la cajetilla de Delicados. La observé durante algunos minutos. Rompí el celofán para tomar un cigarrillo. Lo mantuve en mi boca por un instante; dudaba en encenderlo. Por fin, encendí la llama y aspiré profundamente. Era mi primer cigarrillo en 18 meses tras haber dejado de fumar.

Un triste arrullo de cuna

*Saldré de esta oscuridad donde tengo miedo,
oscuridad y éxtasis. Soy el corazón de las tinieblas.*

Clarice Lispector, escritora

Al bajar del taxi caminé por el bajopuente de Circuito Interior y Eje 6 Sur. Del otro lado se podía ver el tumulto alrededor de un tractocamión estacionado a unos metros del semáforo. Sólo se escuchaba el ruido de los automóviles que circulaban por la vía rápida y de los conductores que tocaban el claxon al ser desviados a consecuencia del accidente ocurrido en aquel cruce. Normalmente los curiosos solían charlar —sin inmutarse— sobre lo ocurrido, pero ese día observaban en silencio.

Llegué por la parte frontal del camión. Los policías habían extendido un cordón de seguridad 10 metros alrededor del vehículo pesado. Antes de dejarme en la redacción y salir a toda velocidad en su moto, Sombra consiguió gritarme que se iba a un atropellado. Me atrasé porque aún debía acabar una nota, por lo que decidí alcanzarlo después de terminar de redactar. Si la primera semana en *Reforma* tardaba dos horas en promedio en acabar una nota de 2 mil 500 caracteres, la práctica me dotó de una velocidad para escribir esa misma extensión de texto en un promedio de 15 a 20 minutos.

Aquel sábado 11 de septiembre de 2010 comenzaba a sentir un hartazgo inexplicable. Casi todos los casos de personas atropelladas podrían escribirse con una estructura similar: un machote, quizá. Si en las oficinas un profesionista común se cansa de hacer las rutinarias actividades del día, aquí uno comienza a hallar el desgaste en observar muertes similares entre sí. Aunque ese fastidio venía de un rincón aún más oscuro de mi ser que llevaba años guardado. Una voz adentro me decía que no fuera a cubrir aquel asunto; no había nadie más para hacer el trabajo y en el periodismo uno tiene que enfrentarse a la realidad que la mayoría de las personas se niega a ver. Y yo trataba de buscar el sitio exacto en el cual se encontraba el cuerpo; tal vez debajo de las llantas. Eran cerca de las ocho de la noche, por lo que supuse que sería complicado ver los detalles aunque las luminarias alumbraban suficientemente bien.

Mientras rodeaba la cinta de seguridad, pude observar en el asfalto diminutos restos de piel y lo que a mi parecer eran fragmentos de órganos. El cuerpo de la víctima había

estallado como un globo de agua: los restos quedaron desperdigados alrededor del camión; por ello, los policías habían extendido tanto el cordón de seguridad.

—¿Dónde está el cadáver? —le pregunté a uno de los policías.

—Dando la vuelta al camión. Ahí está la fiesta. Nada más con precaución porque están los familiares —respondió.

Me apresuré a caminar hacia donde estaba la víctima; en mi cabeza las escenas avanzan cuadro a cuadro: el camión estacionado, los curiosos, el policía que desviaba a los automovilistas, las llantas de una carriola... Sentado sobre la banqueta un hombre con el rostro desencajado lloraba en silencio mientras su esposa le apretaba el brazo para acompañarlo con su llanto. Ninguno gritaba o decía palabra alguna. Aquel matrimonio miraba hacia la carriola mientras el esposo arrullaba lentamente una manta azul: eran los fragmentos de un bebé de 10 meses.

En medio de la gente sentí el mismo vacío que cuando tenía 22 años de edad. El dolor emergió de repente al hurgar en mis recuerdos. Ahí estábamos Sofía, de 19 años, y yo en la habitación que tenía en la casa de mis padres; mirábamos los resultados de los estudios de laboratorio que corroboraban el embarazo.

—¿Quieres que lo hablemos con tus papás?

—No, no podemos. Apenas acabo de entrar a la universidad y ellos me la están pagando —me respondió asustada.

—Pero podría hablar con mi mamá, que nos ayude con esto. No sé, yo ya trabajo y tengo chance de pagar los gastos del bebé —en ese tiempo yo era cajero de una oficina de tesorería.

—Sí, pero la escuela. No puede ser. ¡No me puede estar pasando esto! ¿Y mi carrera qué?

—Yo no tengo problema en trabajar y mantenerlos. Tú dedícate a estudiar.

—No mames, no. ¿Qué vamos a hacer? No les puedo decir a mis papás. No ahora.

Ella ocultó de sus padres lo mejor que pudo los vómitos. Llevaba cinco semanas de gestación. Por ese tiempo yo había recibido un bono de productividad que planeaba invertir en unas vacaciones a la playa. Lo hablamos tres veces más antes de optar por el legado. En el 2007 aún no era legal el aborto en el Distrito Federal, por lo que a través de una amiga dimos con una clínica en La Vega, en la que era común aquella práctica. Incluso antes de

entrar al sitio le pregunté si estaba segura de la decisión. No había vuelta atrás. Aunque quise ingresar con ella al quirófano, la ginecóloga me pidió aguardar en la sala de espera. Estaba devastado. Al salir, el rostro de Sofía mostraba una tristeza honda. Volvimos en silencio a la casa de mis padres. Un año después terminamos y no volví a saber nada de ella.

No me percaté en qué momento Sombra se colocó a mi espalda. Me pidió que no me moviera para poder utilizarme de escudo y así sacar sus fotografías sin que los familiares lo ubicaran. No era necesario que me pidiera aquello, estaba petrificado con la desolación de Luis Javier Caballero Avendaño que de vez en cuando decía unas palabras a su bebé muerto. Tal vez lo arrullaba con una canción de cuna. Su esposa, Sonia Alicia López Hernández se mesaba el cabello y mirando los restos de su hijo, le pedía perdón por haberlo descuidado.

—Ya tengo la foto, chiquitín. Si quieres ya puedes moverte —me dijo Sombra.

La voz de mi compañero me regresó un poco de calma y sólo así pude despegar los pies de mi posición para hacer el trabajo. Un paramédico de Protección Civil me contó una versión en la que los padres habían sido los responsables de la muerte del bebé cuando fueron a la tienda para comprar la cena. Las investigaciones de la Procuraduría revelarían los hechos tal cual ocurrieron.

Eran poco más de las siete de la noche cuando Luis Javier Caballero y Sonia Alicia López dejaron encargado a su hijo con la hermana de Sonia. Fue la tía quien colocó al bebé en la carriola para no dejarlo solo en casa y se dirigió a comprar los alimentos de la cena. El local se encontraba junto a la entrada de unos edificios de departamentos. La mujer dejó al bebé entre la entrada de la tienda y la rampa de acceso a las viviendas. Las llantas de la carriola no habían sido aseguradas con el freno. Mientras ella estaba dentro de la miscelánea, las vibraciones de los autos al pasar provocaron que la carriola se desplazara hacia el arroyo vehicular a través de la rampa. En ese momento el conductor del tractocamión se encontraba estacionado a la espera del cambio de la luz del semáforo. La carriola pegó con las llantas traseras del vehículo hasta terminar volteada. Al caer, el cuerpo del niño quedó justo delante de las llantas. Un automovilista alcanzó a ver cuando el menor cayó y aunque bajó de su auto para gritarle al del camión que se detuviera, éste no pudo escucharlo. Nadie pudo evitar la muerte del bebé. Aunque la tía salió corriendo de la tienda y el chofer del camión se echó para atrás, el peso de la unidad provocó que el cuerpo estallara.

Los otros conductores ayudaron a la tía —en estado de crisis nerviosa— para poder localizar por teléfono a Luis Javier Caballero y Sonia Alicia. Quince minutos después, los paramédicos estaban entregando la sábana con los restos del bebé al matrimonio. Allí, sentados en la banqueta, permanecieron hasta que los peritos llegaron para realizar el levantamiento. Luis Javier Caballero no dejó que nadie tocara los restos del menor: fue él quien lo colocó en la ambulancia de Servicios Periciales.

—¿Vas a regresar a la redacción, Mangas? —me preguntó Sombra.

—No, creo que ya de aquí me voy a mi casa y de ahí mando.

—Va, chiquitín. Ahí nos vemos.

Por amigos en común sabía dónde vivía mi exnovia, Sofía. Antes de regresar a casa me dirigí a la Nueva Santa María donde ella rentaba un departamento. Me paré frente al edificio a observar la luz de su ventana, parecía estar en casa. Me quedé ahí unos minutos observando algún movimiento mientras dudaba si tocar el timbre y charlar con ella. Al final, después de media hora no hice absolutamente nada. Caminé hasta el Parque Revolución. Sentado en una de las bancas, en medio de los árboles, comencé a llorar.

Capítulo 3. Coberturas especiales, narcotráfico y alcoholismo

Los olores de la muerte

*Dios apeataba, dios era un pequeño y pobre apestoso.
Este dios era engañado o engañaba al igual que Grenouille...
Sólo que mucho peor.*

Patrick Suskind, escritor

Por muchos años padecí un problema alérgico que afectó mi sentido del olfato y me era difícil percibir los olores. No me había dado cuenta de aquello, pero tampoco era una molestia grave al momento de estar frente a un cadáver porque los hedores que la muerte trae consigo son difíciles de tolerar.

Cuando una persona ha bebido demasiado y perece en un accidente automovilístico, el tufo que desprende su cuerpo es de éter mezclado con sangre. Los ejecutados suelen orinarse un instante antes de recibir el tiro de gracia, tras lo cual presentan una erección. Morir después de comer quizá sea lo peor: la combinación de jugos gástricos con los alimentos en descomposición da como resultado un penetrante y ácido tufo difícil de olvidar en varias horas.

El sábado 18 de julio de 2010, a pesar de mi alergia, percibí un olor al que me acostumbraría con el pasar de los años. Agustín Márquez y yo hacíamos la guardia de la tarde en la Procuraduría como ya era costumbre. La mayoría de los sábados eran aburridos porque los accidentes comenzaban a suceder con mayor regularidad en la noche cuando los conductores ebrios estrellaban sus automóviles. Con suerte, en las tardes nos podría tocar algún robo o un incendio o quizá la detención de alguna banda de ladrones de casa habitación. Para ese entonces yo contaba con algunos contactos que me marcaban al Nextel si había algún asunto relevante; me sentía tranquilo porque ya no dependía tanto del radioperador o de las emergencias que salieran por el radio-transmisor de Sombra. Incluso muchas veces mi compañero fotógrafo me pedía corroborar algún asunto antes de acercarnos al lugar. Fue sencillo hacerse de esos contactos, sólo bastaba acercarse a los policías que resguardaban el área del crimen para charlar u ofrecerles un cigarro. Había quienes se negaban a proporcionar datos sobre las víctimas y otros que contaban detalladamente los pormenores del asunto. Ya ganada la confianza, lo único que restaba era pedirles el número telefónico.

Uno de los policías de la zona de Chimalhuacán, Estado de México, me marcó alrededor de las cuatro de la tarde para avisarme del hallazgo de un cadáver que flotaba en el Canal de la Compañía.

—Vente para acá, carnal. Está bueno el asunto.

—¿Alcanzamos a llegar o ya están los peritos por allá? —le pregunté al policía.

—No, mano. El cuerpo está aquí desde la mañana y los de la muertera van a tardar todavía un rato en venir. Sí llegas.

Le comenté a Sombra y no tardamos mucho en avanzar sobre la calzada Ignacio Zaragoza en dirección a la autopista México-Puebla. Llegamos hasta el canal de aguas negras que divide los municipios de Nezahualcóyotl y Chimalhuacán. Cruzamos un camino de terracería hasta ver a un grupo de personas que miraban hacia el caudal de desperdicios. El cadáver flotaba boca abajo. Arrastrado por la corriente, el sujeto había quedado atorado en uno de los montículos de tierra que sobresalían de entre las aguas.

—Es posible que el cuerpo haya provenido de kilómetros atrás, de Los Reyes puede ser, pero con las últimas lluvias pudo ser arrastrado hacia esta zona —me comentó uno de los bomberos de Chimalhuacán.

El humor involuntario se convirtió en chiste de mal gusto: en ambas orillas del canal había grupos de policías de los distintos municipios. El cadáver había quedado justo en medio de la línea que divide Neza y Chimalhuacán, por lo cual las autoridades de ambos municipios vigilaban la zona. El problema fue cuando iniciaron las pláticas para saber quién se haría cargo. Ninguno de los bandos quería estar ahí por horas hasta la llegada de los peritos. Sombra quiso hacer algunas fotos desde el lado de los policías de Nezahualcóyotl, pero estos le impidieron el paso. Como los del lado de Chimalhuacán estaban más relajados y fue uno de ellos quien me marcó, permanecimos con aquel grupo.

El olor a cañería y basura no resultaba tan insoportable gracias a la alergia que bloqueaba mi sentido del olfato. En cambio, los oficiales y bomberos estaban desesperados por rescatar el cuerpo para retirarse. No podían mover el cadáver sino hasta la llegada de los agentes de la Procuraduría estatal. Con el paso de las horas, algunos de los curiosos se aburrieron y se fueron. A veces este trabajo no es tan emocionante porque requiere de paciencia para esperar incluso un turno completo para el levantamiento de un cuerpo. Esa

tarde mi editor no tenía muchas notas para llenar la sección, por lo que nos pidió esperar hasta que los bomberos rescataran al muerto.

Recordaba otros casos de personas encontradas en canales de aguas negras: a un hombre la putrefacción le había hinchado tanto el tórax que estaba a punto de explotar por los gases; a otro hombre lo encontraron en uno de los canales de Ecatepec, en la continuación del Río de los Remedios, también flotaba boca abajo. Cuando los bomberos lograron sacar el cuerpo y lo pusieron sobre la camilla, vi su aterrador rostro: la hinchazón que el hombre había sufrido provocó que los ojos se le salieran de las cuencas. Cuando leí *Señas Particulares* (Debolsillo, 2008) de Josefina Estrada, quedé fascinado con las descripciones de los cadáveres que yacían en la morgue del antiguo edificio del Servicio Médico Forense (Semefo). En ese tiempo de estudiante deseaba observar de cerca un cuerpo en descomposición. Como reportero caí en cuenta que aquello no era tan divertido como lo suponía, sino una escena cruel que muy pocos son capaces de soportar y que con los años se volvió desgastante. Hoy en día, en la medida de lo posible trato de no ver los cuerpos de las víctimas y prefiero mantenerme a distancia.

La tarde murió. Los peritos no llegaban. No había ningún curioso. Los policías de Neza cedieron y dejaron todo el trabajo a las autoridades de Chimalhuacán. Cerca de las ocho de la noche llegaron los agentes ministeriales junto con los peritos. Tres de los bomberos descendieron hasta estar lo más cerca posible del agua; uno de ellos entró amarrado por una cuerda y con un palo que tenía un gancho en su punta sujetó el cadáver. El cuerpo fue arrastrado hacia la orilla, donde los vulcanos lo amarraron con una soga. Sombra y yo nos acercamos para poder captar los detalles de la víctima. En ese momento un olor penetrante como sulfuro invadió mis orificios nasales. Recordé a Jean-Baptiste Grenouille y su fino don de captar los aromas más sorprendentes para crear el perfume perfecto a través de la esencia de virginales mujeres asesinadas. La peste de aquel cuerpo tapaba por completo los gases emitidos por las aguas negras. Ese aroma a muerte se había impregnado en mi rostro, en mis manos, en mi cabello. Los peritos sólo tomaron un par de fotos, colocaron el cuerpo en la ambulancia y se retiraron en menos de diez minutos.

Regresamos a la Ciudad de México y le pedí a Sombra que me dejara cerca de la estación Aeropuerto. Preferí llegar a casa para escribir la nota desde ahí. Lo que más deseaba era tomar un baño, desprenderme del perfume de la muerte. Al entrar a mi cuarto, no esperé

mucho para desnudarme y tomar la ducha. El agua y el jabón pudieron retirar un poco de aquella peste, pero al salir el cuarto seguía oliendo a muerto. Me acerqué a donde estaba tirada mi ropa, seguía impregnada. La puse en una bolsa y la dejé en la azotea. No me dieron ganas de lavarla y al otro día la tiré a la basura.

¡Muere el contador de la Barbie!

*Las oscuridades comienzan en el nombre,
hasta en el nombre de pila.*

Giorgio Scerbanenco, escritor

No había tiempo para medir la distancia con los automóviles. Mis piernas casi rozaban las molduras de los otros vehículos. Para César Cifuentes, conocido como Gorila —otro de los fotógrafos con los que me tocaba cubrir casos del día—, la adrenalina era una constante en su forma de conducir la moto. Aquel corpulento fotógrafo se escurría entre los autos como si estuviera en una competencia profesional. Así fue que llegamos al segundo piso del Periférico, con dirección al sur. Ahí subió la potencia a más de 120 kilómetros por hora. Un error mínimo y terminaríamos volando a una caída de más de 15 metros. Por supuesto que la ciudad siempre luce hermosa desde el segundo piso del Periférico y aún más los atardeceres invernales, pero aquel lunes 30 de agosto del 2010 mi único deseo era regresar entero a casa.

Minutos antes, intentaba tomar una siesta después de comer una de las tortas que me preparó Malena —la encargada de atender a quienes hacíamos base en la Procuraduría y que llevaba décadas conociendo a decenas de periodistas que habían pasado por ahí— cuando de pronto los diez fotógrafos y reporteros que estaban en la sala de prensa corrieron hacia las motos.

—¡Párate, Mangas! ¡Vámonos! —me gritó Gorila.

—¿Qué pedo, está temblando? —respondí un poco adormilado.

—No. Hay una balacera en Perisur.

¿Qué podía ser más importante que un terremoto? Aquel 2010 habíamos cubierto montones de balaceras en el Estado de México, tanto que ya se había vuelto algo común. En *Reforma* siempre había prioridad por ciertos sectores de la ciudad donde se registraban mayor cantidad de suscriptores. Cualquier cosa que sucediera en zonas de clase media-alta se debía cubrir sin importar nada. La zona de Perisur por supuesto era de lectores de *Reforma*. De mala gana me subí a la moto. Era mi último día de la semana laboral y al ritmo que trabajaba en *Reforma*, deseaba llegar a dormir al menos un día entero. Mi vida prácticamente le pertenecía al periódico. Durante mis tres años en *Reforma*, las palabras de la reclutadora sonaban a cada momento en mi cabeza: “si les pagamos un buen sueldo a nuestros reporteros,

es porque los queremos de tiempo completo, concentrados en el trabajo que hacen para nuestro medio”. De alguna manera, aquello causaba un conflicto interno entre mis aspiraciones como profesional de la comunicación y mis intereses por crecer como ser humano. No quería venderle mis días a un periódico que al final de mi vida laboral útil, me desearía como mobiliario viejo. Aquello no era exclusivo de *Reforma*, en general para la mayoría de los medios sus reporteros eran carne de cañón que podía ser explotada durante el tiempo que conviniera a sus intereses y después desechada. Los únicos con vigencia o valor agregado son los columnistas de renombre que cobran sueldos superiores a los 200 mil pesos; sus opiniones marcan la agenda informativa y el atractivo para los lectores. ¿Cómo se podía acceder a ese estatus? ¿Cuál era la fórmula para lograr ese reconocimiento en el periodismo? A 120 kilómetros por hora era fácil darle vueltas a esos pensamientos. Me preguntaba si era justo arriesgar la vida por una empresa —cualquier empresa— en la que el máximo logro sería llevarse la portada o, con suerte, llegar a ser editor. Eso si se pasaba por encima de muchas personas.

¿Quién era en ese momento? Un reportero más que se plantaba ante la escena de un automóvil Mazda volcado en una de las curvas de incorporación a Periférico Sur. Aquel bólido era conducido por Aarón Arturo Ginez Becerril, quien había sido rastreado por un equipo de policías federales. Aquella tarde Ginez Becerril circulaba sobre Periférico junto con otros dos acompañantes; se dirigían a una de las casas de seguridad que poseía en la zona del Pedregal. Al estar frente al centro comercial Perisur, uno de los acompañantes de Ginez Becerril se dio cuenta que dos vehículos los seguían. Según el testimonio de un lavacoche del centro comercial, del Mazda descendieron los dos acompañantes con armas largas, quienes amagaron a un taxista que circulaba sobre la lateral de Periférico y abordaron el taxi para huir con rumbo al norte. Se escucharon al menos diez disparos. Aarón Arturo Ginez Becerril aceleró la marcha del Mazda.

La persecución continuó hasta que Ginez Becerril intentó escapar al tomar el trébol de incorporación a la calle Zacatepetl, colonia Jardines del Pedregal. Unos metros antes, los federales lograron emparejarse al Mazda y dispararon cinco veces hacia la puerta del conductor. Tres de los impactos se podían notar en la lámina del auto. Justo al tomar la curva a exceso de velocidad, Ginez Becerril terminó volcando el Mazda; sin embargo, aquella fatídica maniobra no sucedió por falta de pericia sino porque los agentes consiguieron herirlo.

Con la rapidez y pericia de Gorila, conseguimos llegar justo cuando los paramédicos atendían a Ginez Becerril. Allí estaba yo parado frente a tres socorristas del Escuadrón de Rescate y Urgencias Médicas (ERUM): uno de ellos trataba de oxigenar el cuerpo con una bomba manual, otro presionaba rítmicamente con sus manos el pecho de Ginez Becerril, el tercero sostenía las paletas de choque para reanimar el corazón de la víctima. Los intentos de los paramédicos eran desesperados. Parecía que Ginez Becerril conseguía librarla, pero una vez más entraba en shock. Su abdomen mostraba espasmos, parecía aferrarse a la vida. Entre los gritos de los policías para que nos alejáramos y las jadeantes voces de los paramédicos, pude escuchar un quejido agónico: el último aliento de Ginez Becerril. En ese momento no tomé anotaciones, prefería observar detalladamente cada acción para grabarla en la memoria. El cielo de aquella tarde era azul pastel con pocas nubes alrededor. Por primera vez que veía a una persona morir.

El que acababa de fallecer no era cualquier sujeto. Al regresar a las oficinas de la Procuraduría, los reporteros de los otros medios me preguntaron detalles sobre la balacera, la persecución y muerte de Ginez Becerril. No comprendí la relevancia del criminal. Mi celular sonó.

—Mangas, necesito que ese asunto lo amarres bien y que me hagas una nota detallada. Si se puede cronicada —me decía Cuervo al otro lado del auricular.

—Está bien. ¿Si era muy cabrón el que mataron? —pregunté.

—No manches, era el contador de la Barbie. La nota la quiere Nacional, así que hazla bien, por favor.

Edgar Valdez Villareal, conocido como la Barbie, era uno de los distribuidores de droga con mayor poder en aquella época y jefe de sicarios del cártel de Sinaloa; estuvo encargado de la plaza de Guerrero y de la seguridad personal de Arturo Beltrán Leyva, apodado el Barbas o el Jefe de Jefes, quien fuera abatido el 16 de diciembre de 2009 en un lujoso departamento de Cuernavaca. Tras la muerte de Arturo Beltrán Leyva, los hermanos del capo atribuyeron dicha situación a la Barbie, a quien acusaron de haberlos traicionado. En ese momento Valdez Villareal rompió toda relación con el cártel de Sinaloa y emprendió su propia organización delictiva. Entre diciembre de 2009 y agosto de 2010, Edgar Valdez Villareal consiguió tomar control de la distribución de drogas en Guerrero, Morelos, Nuevo León, Tamaulipas, Quintana Roo; en el Estado de México y el Distrito Federal sostuvo una

sanguinaria lucha contra Los Zetas además de tener una fuerte rivalidad con Oscar Oswaldo García Montoya, alias la Mano con Ojos. Al mes, Edgar Valdez Villareal traficaba una tonelada de cocaína, de acuerdo con los informes del jefe de la División Antidrogas de la Policía Federal. Tras la muerte de Beltrán Leyva, una de las situaciones que aceleró la caída de La Barbie fue el ataque al exfutbolista Salvador Cabañas: el 25 de enero del 2010 fue baleado en el interior del baño del Bar Bar. El responsable directo de aquella agresión fue Jorge Balderas Garza, alias el JJ. Aunque la Barbie admitió haber tenido una amistad con Jorge Balderas Garza, cada uno trabajaba por su cuenta en la distribución de droga. Al rendir declaración tras ser detenido —el martes 18 de enero del 2011— el JJ señaló a Francisco Barreto García, el Contador, como responsable directo de haber disparado a Cabañas. A pesar de estar presente aquella noche en el Bar Bar, el Contador no disparó contra Cabañas y corroboró la versión que la Barbie mencionó ante las autoridades. Jorge Balderas Garza logró evadir a las autoridades durante un año, no así Francisco Barreto García que fue detenido el 23 de junio de 2010 en el municipio de Tlalnepantla. Hasta ese entonces a la Ciudad de México se le había considerado una zona libre de disputas relacionadas con el narcotráfico o al menos esa era la imagen que el jefe de gobierno capitalino, Marcelo Ebrard, había sostenido ante los medios. Si bien, no existía una situación similar a la de los estados del norte del país con balaceras diarias y a plena luz del día, los capos de los cárteles se paseaban o vivían en las zonas más lujosas de la capital.

El eslabón principal para la captura de Edgar Valdez Villareal en realidad fue Aarón Arturo Ginez Becerril, quien fungía como contador personal de la Barbie. Desde el año 2008 sostenía una relación de amistad con Valdez Villarreal y presuntamente lavaba dinero para su grupo criminal. La Procuraduría General de la República convirtió en anzuelo a Aarón Arturo Ginez Becerril para conocer el sitio exacto donde se escondía la Barbie. Ginez Becerril formó parte de un grupo dedicado a clonar tarjetas de crédito y débito; en 2004 fue internado unos meses en el Reclusorio Oriente por falsificación de títulos al portador y uso indebido de documentos. Ginez Becerril supuestamente tenía estudios de contabilidad, por lo que La Barbie lo dejó a cargo de la recolección de ganancias en antros, bares y discotecas propiedad de la organización criminal, los que se situaban principalmente en Cuernavaca, el municipio de Naucalpan y la Ciudad de México.

La Policía Federal había seguido en varias ocasiones a Ginez Becerril a los distintos lugares en los que operaba hasta que ubicaron la casa de campo donde se escondía La Barbie. Aquella misma tarde del 30 de agosto de 2010 los federales habían montado todo un operativo de inteligencia para capturar no sólo a Aarón Arturo Ginez Becerril sino al mismo tiempo irrumpir en el escondite de Edgar Valdez Villareal, ubicado en Cañada de Alférez, cercana al poblado de Salazar, Estado de México.

Al momento de su muerte, Ginez Becerril llevaba puesta una camiseta tipo Polo color azul cielo de la marca Ralph Lauren. La playera se convertiría en la marca de moda entre los narcotraficantes de ese periodo. Atrás habían quedado los atuendos de sombrero, botas y cadenas de oro. Al ser detenido, la Barbie lucía una Polo color verde con el número 2 en las mangas. Cuando Valdés Villarreal rindió su declaración, utilizó otro modelo de Ralph Lauren en color azul marino y con el número 3. Un año después, también José Jorge Balderas Garza, alias el JJ, fue presentado por la Policía Federal con una playera Polo azul marino similar a la de la Barbie. El 19 de enero de 2011, en un hecho sin precedentes, el colaborador de Valdés Villarreal y agresor del futbolista Salvador Cabañas, fue entrevistado en las oficinas de la Policía Federal por Carlos Loret de Mola y Javier Alatorre.

El 30 de agosto de 2010 estaba seguro que mi nota se iría a la portada o mínimo los editores optarían por colocar mi firma en una de las coberturas más sonadas del año. El problema era que una de las reglas de protección a periodistas de *Reforma* señalaba que toda nota relacionada con temas de narcotráfico no podía ir firmada por su autor para evitar alguna represalia. Al otro día compré el periódico y, efectivamente, en la portada figuraba la noticia de la captura de La Barbie. El caso de la persecución y asesinato de Aarón Arturo Ginez Becerril fue colocado en la página seis de la sección Nacional con el título “Matan en Perisur a socio del JJ y de Edgar Valdez”. Arriesgué mi integridad física al viajar a exceso de velocidad en la moto para conseguir una de las mejores noticias de mi carrera y que al final quedara firmada como “Reforma/Staff”.

Huele Santa Martha a perfume y barniz

*La literatura es la belleza del idioma y se consigue
en buena parte de lo que se está escribiendo;
la otra es la veracidad, y la veracidad se da respetando
el lenguaje original de las regiones por donde anda el escritor.*

Ricardo Garibay, escritor

No era habitual que fuera a la redacción. Por lo general, siempre la pasaba en la calle o en las oficinas de comunicación de la Procuraduría. Cuando acudía al edificio de *Reforma* era para juntas con mi editor, Pedro Terán, cobrar gastos o alguna situación extraordinaria. Siempre he odiado el trabajo de oficina; mis primeros empleos fueron como auxiliar administrativo en el ayuntamiento de Coacalco y, posteriormente, fui cajero de la tesorería de Tlalnepantla, donde era horrible cumplir las ocho horas de trabajo, de las cuales ocupaba a lo mucho cinco para terminar mis pendientes. Como auxiliar administrativo mi jefe fue un contador que me dijo “no deberías trabajar tan rápido porque aquí no te van a pagar más por ser eficiente”. Desde entonces experimentaba una aversión por los burócratas y todo aquello relacionado con estar sentado frente a un escritorio durante más del tiempo necesario.

En el periodismo también hay horas muertas. No estamos envueltos en la acción la mayor parte del tiempo. A veces, los reporteros de la fuente policíaca nos entreteníamos gastándonos bromas pesadas en la Procuraduría: tapar la cabeza de alguno de los fotógrafos como si fuéramos a secuestrarlos y darle zapes por montón. En las oficinas de *Reforma* se debía guardar cierta compostura. Mientras en las áreas de Nacional, Ciudad o Espectáculos siempre las computadoras eran ocupadas por reporteros, fotógrafos o editores, las de Justicia permanecían vacías la mayor parte del tiempo. Pedro Terán no exigía que el personal bajo su cargo se presentase a pasar lista en la redacción; al contrario, prefería mantenerlos ocupados en la calle para investigar los temas de la agenda semanal. Podían transcurrir meses sin presentarme en la redacción mientras cumpliera con el trabajo diario.

Me parece que era un jueves 16 de septiembre de 2010 cuando fui a la redacción para cobrar mis gastos de taxis y transportes de la semana. Ya había terminado mi jornada junto con Sombra. Al entrar al área de Justicia, pude ver a Pedro Terán en su escritorio mientras charlaba con Luis Ocampo, mi coeditor. Me acerqué para saludarlos y pude escuchar que hablaban algo sobre una visita al penal de Santa Martha.

—¡Ah! Pues Mangas podría servir para esta cobertura —dijo, Ocampo después de saludarme.

—Fíjate que sí. Nadie lo ubica adentro y va a poder ver cómo está todo —agregó, Pedro. Yo los miraba extrañado.

—¿Qué quieren que haga? —respondí como si estuviera hablando con mis amigos.

—Necesitamos que entres al penal de Santa Martha para armar una crónica —mencionó Pedro—. Según recuerdo, cuando llegaste al periódico me dijiste que querías hacer crónicas, ¿no?

—Sí. ¿Cómo le voy a hacer para entrar si no conozco a nadie?

—No te preocupes —intervino Cuervo— eso ya lo tenemos contemplado. Vas a ir con la diputada Lía Limón. Van a hacerte pasar como parte de su equipo de trabajo para que no sepan que eres reportero.

—Va, me late.

—Como eres nuevo, nadie te va a ubicar y así vas a moverte con mayor libertad —agregó Pedro.

Reforma había sacado varias notas que golpearon la imagen del Sistema Penitenciario capitalino, en especial a la titular Celina Oseguera Parra; por ese motivo, cuando algún reportero necesitaba hacer investigación sobre los reclusorios, los encargados de comunicación social le ponían marca personal. Pedro y Cuervo buscaban evitar eso. Querían una crónica detallada de la cárcel de Santa Martha.

—¿Te acuerdas que cuando hicimos tu entrevista de trabajo, querías especializarte en crónica? —preguntó Pedro.

—Así es.

—Queremos que te avientes un buen trabajo de esto. Debe ser muy preciso porque no vas a ir con fotógrafo, entonces quiero que me transportes al ambiente tras las rejas.

—Va, pues me rifo —Pedro sonrió al escuchar la desfachatez de mi respuesta.

—Nada más, igual estaría que te cambiaras un poco el look para que no te ubiquen tan fácil. Igual podrías recortarte la barba o algo por el estilo.

Cabe recordar que al entrar a *Reforma* me gané el apodo de Búfalo por la barba espesa y la menuda cabellera, que había conservado hasta ese momento. Aquella noche llegué a casa emocionado por la tarea asignada. Para la visita no se permitía vestimenta en colores beige,

negro, azul, blanco o amarillo claro. Busqué la ropa adecuada para acudir: una camisa color rosa, acompañada por una corbata roja, pantalones oscuros y un suéter de cuadros que me regaló mi papá (similar a los usados por César Costa). Frente al espejo analicé las posibilidades para darle un mejor arreglo a mi barba. Me hacía falta un corte de cabello, aunque a esa hora ya no encontraría alguna estética abierta. Probé recortar la barba hasta dejarme sólo el candado. Nunca me ha gustado cómo luzco sin barba cerrada, entonces decidí quitármela toda. No me convencía el cabello así que tomé la máquina de afeitar y la pasé por todo el cráneo. Otro rostro se reflejaba en el espejo, casi desconocido. Era la primera vez en toda la vida que me rapaba. Había subido al menos ocho kilos desde mi entrada a *Reforma* y sin el cabello lucía aseñorado, con la papada marcada y rasgos de enfermo mental.

Al día siguiente, en la redacción me volteaban a ver todos como si se tratara de un reportero nuevo el que entraba al lugar. Pedro se asomó y comenzó a reírse hasta que me detuve en su escritorio.

—Mangas, ¿eres tú? Vaya, te dije que te cambiaras el look, pero tú te fuiste al extremo.

—El chiste era que no me reconocieran.

—Pero tú sí te pasaste.

El equipo de la entonces diputada Lía Limón me recogería en la redacción y de ahí nos dirigiríamos hacia Santa Martha. Tuve que esperar una hora en las oficinas, mientras algunos de los compañeros se mofaban de mi cambio de imagen.

Cuando subí a la camioneta donde viajaba Lía Limón, me arrepentí de haber escogido un corte a rapa para entrar al reclusorio. Ella me miró con un poco de extrañeza. Yo estaba impactado por lo guapa y elegante de aquella mujer. Uno asocia a los políticos con palabras como corrupción, insensibilidad, carencia de valores y, en muchas ocasiones, poco refinamiento. Lía Limón me parecía inteligente y espiritual.

—¿Cómo ha estado, diputada? —pregunté como un adolescente nervioso.

—Muy bien, Mariano. He estado haciendo cursos de sanación con las manos y Reiki.

—Muy bien. ¿Y eso de qué va?

—Podemos mover energías y abrir chacras a través del poder curativo que guardamos cada uno de nosotros. Las manos son las portadoras de energía y pueden ayudar a sanar enfermedades o depresiones.

No sabía qué decir o cómo continuar la plática. Normalmente un periodista debería ser un todoterreno de conocimientos para cualquier conversación. La personalidad de Lía Limón me imponía. Era de esas mujeres que privilegian el intelecto y el respeto por encima de la belleza. Traté de guardar la compostura. Siempre he sido muy nervioso al platicar con mujeres que me resultan atractivas. Comencé a sudar un poco, pero no quería quitarme el suéter. Dejé que fuera ella quien hablara el resto del camino hacia Santa Martha. Me contó mucho sobre el Reiki y acerca de la necesidad de meditar cuando se trabaja en algo estresante como la política. Recuerdo muy poco de aquella charla. Mis pensamientos iban de mantenerme concentrado en hacer una buena descripción del reclusorio a preguntarme cómo sería invitar a salir a Lía Limón o si me atrevería siquiera a intentarlo. Como lo mencioné antes, mi cerebro había vuelto a la etapa adolescente.

Ya que no se permitía en acceso con celulares, equipo de radiocomunicación, grabadoras, cámaras fotográficas o de video, mis únicas armas eran un bolígrafo y una libreta. No llevé la característica libreta de taquigrafía que ya es un cliché entre los reporteros, sino un cuaderno de forma italiana con pasta de vinipiel que ocupaba para apuntes narrativos. El personal de comunicación social de Reclusorios nos recibió sin sospechar que yo fuera reportero; parecía un escolta mal disfrazado de asistente de Lía Limón. Durante la mayor parte del recorrido fuimos acompañados por los guardias de seguridad, quienes no se nos despegaban por nada. A pesar de esto, Lía Limón se daba tiempo para detenerse a platicar con algunas de las reclusas. Al momento que alguno de los guardias la apuraba, lo miraba con autoridad y eso nos permitió más minutos con las internas.

—Déjala que hable lo que quiera con ellas. No te metas —intervino uno de los encargados de comunicación social.

—Sí, señor —respondió el guardia.

Aproveché para hablar con varias de las chicas que cumplían condena en Santa Martha. Dos detalles me sorprendieron: la mayoría eran mujeres que no rebasaban los 30 años de edad; gran parte de la población vivía junto con sus hijos. La crónica tomaba forma en mi cabeza. Al recorrer los dormitorios me invadió un aroma que no hubiera esperado que fuera común en la cárcel: perfume y barniz. Por más aisladas que estuvieran de la sociedad, ellas no podían perder la feminidad. Ese fue otro de los detalles que aparecerían en mi relato. Muy pocos periodistas explotan la relación de su crónica con los cinco sentidos. Para mí

siempre ha sido imprescindible describir cómo huele un sitio, la temperatura, el atardecer o si llueve; también si los personajes tienen algún rasgo característico o explorar en aquello que va más allá de lo periodístico. Por eso mi género favorito es la crónica, porque en ella es posible alejarse de la escritura plana y volverse más cercano a la narrativa.

Fueron a lo mucho tres minutos de charla con cada una de las mujeres que elegí. Tardé 20 minutos en hacer el recorrido que las autoridades de Reclusorios planearon, pero con eso bastaba. Después nos llevaron a uno de los salones de juntas donde aguardaba Celina Oseguera Parra, una de las mujeres más poderosas de la Ciudad de México. Altiva, Oseguera no podía disimular su mirada inquisitiva y desdeñosa. Su voz estaba llena de soberbia. Se sabía dueña absoluta de una de las dependencias estratégicas del gobierno capitalino. Con los años, Celina Oseguera encumbraría su carrera política hasta convertirse en 2014 en coordinadora general de los Centros Federales de Readaptación Social del país, cargo que le fue otorgado por Miguel Ángel Osorio Chong, entonces secretario de Gobernación.

De Celina Oseguera puedo decir que por más dinero o poder que tuviera en sus manos, lo más superficialmente vulgar era el tinte de su cabello: un rojo L’Oreal que la hacía lucir como madrastra perversa de alguna película infantil. *Reforma* no le pegaba a Celina Oseguera de a gratis, desde entonces se sabía que gran parte de los cobros a los internos, familiares y guardias de los reclusorios, iban a parar a la cuenta personal de la titular, quien llegó a adquirir propiedades en Miami, Florida, con un valor de más de 415 mil dólares (aproximadamente siete millones de pesos). Fue en su cargo federal cuando a Oseguera y 11 funcionarios más se les señaló como sospechosos de permitir la fuga de Joaquín Loera “El Chapo Guzmán” del penal del Altiplano, en Almoloya de Juárez, el sábado 11 de julio del 2015. El viernes 18 de septiembre de ese mismo año, Oseguera fue detenida por agentes federales.

Pasamos más de una hora en la sesión con Oseguera; a comparación de los breves instantes con las internas, la formalidad del discurso político ocupó la mayor parte del encuentro. De aquel encuentro con Celina Oseguera, me quedé con las cifras y datos duros. La verdadera esencia de mi crónica eran las reclusas. Al no tener un respaldo en audio o fotografía, debía confiar en mis anotaciones y la capacidad para evocar cada detalle. En los casos donde no se hace ninguna anotación o cuando el relato depende de la memoria, lo mejor era llegar a trabajar en ello. Las oficinas de *Reforma* no me parecían nada confortables —sin

ventanas por las cuales mirar el atardecer o ver lo que ocurre en la ciudad— esa especie de búnker minaba mi inspiración. Me dirigí a casa, a esa azotea ruidosa desde donde se podía ver el tránsito de Circuito Interior y los atardeceres. Me senté en la marquesina del edificio, luego comencé a teclear en la computadora lo que sería mi primera crónica en *Reforma*. El texto se publicó el sábado 9 de octubre del 2010:

Huele Santa Martha a perfume y barniz

La penitenciaría, donde mil 752 mujeres purgan condena, es también el sitio de los sueños de libertad

Mariano Mangas

"Mi cuerpo podrá estar encarcelado, pero mi espíritu aún sigue libre". La frase, dibujada en un mural de la escalinata El Caracol en el patio principal, define lo que es el penal de Santa Martha Acatitla, de cuyos dormitorios emana un olor a perfume, barniz de uñas, maquillaje, pinturas acrílicas y humedad.

Entre actividades deportivas, meditación, talleres de manualidades o los estudios de preparatoria y universidad, una población de mil 752 mujeres comparte su vida en una superficie de 77 mil 619 metros cuadrados.

A primera vista, Diana aparenta ser una estudiante que hace servicio social en Santa Martha, pero al mirar su uniforme azul marino queda claro que es una interna.

A los 18 años, Diana se convirtió en delincuente. Actualmente tiene 22 y le restan 20 años de condena por secuestro.

Para la joven, el centro escolar es un oasis que le brinda la oportunidad de imaginarse fuera de reclusión y de continuar sus estudios de preparatoria.

Al igual que otras internas, su mirada se desvía hacia las ventanas cuando habla del tiempo que le queda en el penal.

A cada paso es posible corroborar que un 70 por ciento de la población oscila entre los 18 y 30 años de edad, muchas con características físicas que las hacen atractivas a los visitantes.

La estructura del penal es similar a un pentágono que, de no estar familiarizado con sus pasillos, lo convierte en un laberinto cuyos andadores de concreto sólo permiten el paso de la luz a través de ranuras de escasos cinco centímetros de diámetro.

Cada dormitorio tiene aproximadamente 8 camas, acomodadas en forma de litera que ocupan pequeños cubículos donde sus habitantes se las ingenian para tener cajones, fotos, peluches, palos de escoba como percheros, cortinas que las hacen sentir más cerca de casa.

En días de visita, la revisión para ingresar al centro de readaptación es aparentemente exhaustiva. A los familiares se les coloca un sello, visible sólo con luz ultravioleta, que servirá como contraseña para la salida.

En las revisiones, las autoridades han encontrado droga en las suelas de zapatos, pegados con cinta al cuerpo o en los genitales de las visitantes.

Edna tiene 25 años de edad, ingresó en el 2007 a la cárcel por consumo y venta de droga, y aunque ha superado su adicción cuenta que la introducción ilegal de estupefacientes obedece a una red que involucra tanto a custodios como a internas.

Incluso, dice, algunas de las internas han estado dispuestas a prostituirse a cambio de droga.

Antes de tener problemas con las drogas, que la llevaron a robar autos y cometer plagios, Martínez, otra interna, tenía una cocina económica donde los tacos de guisado eran la especialidad; ahora, gracias a su buena conducta, la dejan vender comida dentro del penal.

Y el sabor de los tacos que vende Martínez es uno de los puntos donde las mujeres presas tratan de olvidar su realidad, aunque hay otros dos sitios que las acercan al mundo exterior: la biblioteca y el Cendi.

Entre los libros más consultados están las novelas, cursos de español, diccionarios y Derecho, que consultan las 38 estudiantes de la licenciatura que ofrece la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

En el Cendi, un edificio ajeno a los dormitorios, son atendidos entre 60 y 90 niños, todos hijos de internas y que puedan estar ahí desde recién nacidos hasta los cinco años de edad.

Al final del día, las educadoras llaman a cada niño para que vuelvan, algunos entre brazos tatuados, junto a sus madres a dormir cobijados por una condena compartida.

Rejas turquesa

El penal femenil de Santa Martha es conocido como "Turquesa".

- Es inaugurado el 16 de mayo de 2004.*
- Su actual directora es Martha Robles García.*
- Superficie total: 77 mil 619 metros cuadrados, 34 mil 31 corresponden a infraestructura.*
- Cuenta con 9 dormitorios: 4 para población procesada, 4 para sentenciadas, 1 para conductas especiales.*
- Tiene 1,752 internas.*
- Por robo: 602*
- Daños contra la salud: 268*
- Homicidio: 221*
- Lesiones: 177*
- Secuestro: 169*

· *Despojo: 136*

· *En lo que va del año 331 internas han sido atendidas por el Programa de Recuperación de Internas con Problemas de Adicción (PRIPA).*

El lunes 11 de octubre llegué a las oficinas de la Procuraduría y algunos de los reporteros con mayor tiempo en la fuente me felicitaron por la crónica. Israel Yáñez, quien en ese tiempo trabajaba como el reportero estrella del diario *La Crónica*, siempre fue un lector sumamente crítico; solíamos charlar sobre escritores, literatura y la complejidad del periodismo mal pagado. Él fue uno de los primeros en acercarse para darme su opinión.

—Pinche Tatanka —Yáñez me decía así como mofa a la escena de *Danza con Lobos* en la que Kevin Costner trata de comunicarse con los nativos y hace referencia al búfalo— te rifaste con esa crónica de Santa Martha. Casi todos abordan ese pedo de los reclusorios desde los datos duros y se olvidan de humanizar a las internas. La verdad, sí me transportaste a cómo huele, cómo es por dentro. Vas por buen camino, mi chavo.

El texto no daba para un premio nacional de periodismo, a pesar de ello me sentí contento. Algunos años atrás no imaginaba siquiera tener la oportunidad de publicar en un periódico pequeño. Y el reconocimiento de Yáñez, alguien con mayor experiencia dentro del gremio, al menos por ese día resultó satisfactorio.

Miradas demenciales

*En estas soledades, a la gente se le rompían los muelles
de un día para otro; de pronto, sin el menor aviso,
como si les pulverizara un rayo el alma.*

Jesús Gardea, escritor

Al contemplar los ojos de un enfermo mental, se corre el riesgo de quedar atrapado en esa demencia o al menos que una semilla del desorden mental se aloje en uno. Dentro de la fuente policiaca muchos de los reporteros y fotógrafos hemos coincidido en que para cubrir los temas se debe estar, hasta cierto punto, tocado de la cabeza.

Por más de dos años, frente a mí pasaron infinidad de personas con desequilibrios emocionales que los llevaban a cometer distintas clases de crímenes: robo, asesinato, tráfico de drogas, secuestro... Al charlar con mis entrevistados —funcionarios, policías o delincuentes— me gustaba mirarlos fijamente para detectar si evadían alguna pregunta o trataban de ocultar algo relevante. Dos personas provocaron que mi mirada se acercara con cautela a los criminales o dementes.

Uno de esos lunáticos lo hallamos una tarde de octubre del 2010. Sombra y yo dábamos una vuelta por Viaducto Miguel Alemán y el cruce con Calzada de Tlalpan. Cuando no había asuntos o el día se tornaba aburrido, a Sombra le gustaba dar vueltas por la ciudad en busca de una fotografía cotidiana o de hallar por casualidad alguna nota curiosa; la mayoría de las veces corríamos con suerte y lográbamos el objetivo. En ese momento sobre una de las banquetas caminaba un hombre que medía casi un metro con noventa de estatura. Por lo cano de su cabello calculé que tendría entre 65 y 70 años, pero aún conservaba cierto físico atlético. Lo curioso no era hallar a un hombre de la tercera edad que diera un paseo, sino que andaba desnudo a plena luz del día.

Seguimos al hombre hasta que se internó en la colonia Asturias por la calle José Antonio Torres. Iba a paso veloz como si intentará escapar de alguien. Cuando estábamos cerca de él me bajé de la moto para alcanzarlo y tratar de hablar con él.

—¿Lo asaltaron? ¿Lo podemos ayudar?

—No, no, voy a mi casa —decía mientras volteaba nervioso a su alrededor.

—Súbete, chiquitín, vamos por una patrulla —me pidió Sombra.

Regresamos a la zona de Viaducto y en se momento cruzaban dos patrulleros del sector Asturias a quienes les comentamos que un hombre se paseaba desnudo por la colonia, pero lucía fuera de sí.

—¿Y luego qué quieren que hagamos con él? —me preguntó el policía.

—Pues trasládenlo a la delegación o al ministerio público o a un lugar donde lo puedan auxiliar —me sentí irritado ante la actitud indiferente de los patrulleros.

—Es que no está cometiendo ningún delito —dijo el otro oficial—. Ha de ser uno de los viejitos que se escapó de aquí del asilo de La Coruña. Lo más que podemos hacer es llevarlo al juez cívico y ahí nada más lo van a tener sentado.

—Y luego, ¿qué? ¿Nada más por eso no van a hacer su trabajo? —exigí al policía que al menos lo ayudaran poniéndole una sábana.

Al principio me ignoraron, pero cuando mencioné que era reportero del periódico *Reforma* no les quedó de otra sino hacer su trabajo. Un vecino les prestó una sábana, con la que persiguieron al desnudista a lo largo de una cuadra. Tras convencer al sujeto de abordar la patrulla, los policías lo llevaron al juzgado cívico de la estación Pino Suárez. Sombra y yo no nos despegamos de los patrulleros sino hasta ver que ingresaban a las instalaciones. Entré para tratar de hablar con el detenido. Él aguardaba en una de las bancas de concreto. Sin que los oficiales lo notaran, me acerqué. Al sentarme junto a él, su corpulencia me pareció abrumadora: sus manos eran tan grandes como las de un basquetbolista. Con facilidad hubiera sujetado mi cuello para romperlo en un solo movimiento.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté mientras acercaba la grabadora.

—Eduardo —su voz era áspera y profunda.

—¿Sabes dónde está tu familia o tienes manera de localizarlos? —el gigante mantenía la vista fija en la pared sin prestar mucha atención— ¿Te asaltaron?

—No, no sé.

—¿Por qué estás desnudo? —en ese momento volteó para mirarme fijamente. No parpadeaba.

—Porque estoy loco. Estoy loco —sus ojos inyectados se clavaron en los míos. Sentí un abrumador pánico. Por instinto apagué la grabadora y salí corriendo del juzgado.

—¿Qué pasó? —preguntó Sombra— ¿Te dijo algo de por qué estaba desnudo?

—No. Está loco y ni siquiera sabe dónde está.

Nos fuimos de ahí. Varios días transcurrieron sin que pudiera dormir bien. Cada que intentaba conciliar el sueño, los ojos de Eduardo el loco nudista aparecían frente a mí; me perseguían hasta consumirme en llamaradas de odio.

Pasaron algunas semanas hasta que la noche del sábado 9 de octubre de 2010 me volví a encontrar con otro desquiciado. Aunque las motivaciones del segundo loco provenían de un rincón aún más oscuro. Era otra de esas tardes aburridas, muertas. Nada había salido en todo el día hasta que nos avisaron de la detención de un hombre en calles de la colonia Nativitas. Reportear la detención de un sospechoso era mejor a no cubrir nada.

Noel Daniel Tovar Galván, de 20 años, tenía la costumbre de visitar a una de sus profesoras de la primaria con quien mantenía una extraña amistad de oscuros antecedentes. Edna Zúñiga Ramírez, de 49 años, vivía sola en una casa situada en la calle Emma casi esquina con Francisco Fernández del Castillo, colonia Villa de Cortés.

Edna conoció a Tovar Galván cuando el chico había sido su alumno de quinto año de primaria. La irregularidad del chico como estudiante motivó a la profesora para brindarle asesorías que conforme transcurrieron los años se convirtieron en visitas sabatinas de Noel, quien dejó los estudios para tomar la carpintería como una de sus múltiples fuentes de ingresos.

—¿Cómo has estado, Daniel? —le decía Edna al muchacho mientras ella cerraba con llave el zaguán de su casa.

—Ahí la llevo, Ednita. Ya sabe, metido en mis bisnes y chingándole como siempre —respondía Tovar Galván mientras subían a la habitación de la profesora.

Noel Daniel comenzó a enseñarle a Edna distintas imágenes de la Santa Muerte en la computadora, algunas parecidas a las que llevaba tatuadas en la espalda y el brazo derecho. Una de las ocupaciones paralelas de Noel Daniel era el robo, delito por el cual había sido detenido nueve ocasiones; una de esas detenciones lo llevó al Reclusorio Norte, aunque fue liberado dos meses después. El exalumno de Edna le platicaba orgulloso sus hazañas como asaltante.

—Así es, la Niña Blanca siempre me anda cuidando. Si no fuera por ella, no la libro del Reclu —le contaba a la profesora.

—Yo creo que deberías de empezar a portarte bien, Daniel —le pidió Edna—. Ya no te drogues, por favor, y tampoco es correcto que te dediques a robar.

Algo en las palabras de Edna detonó la locura de Noel Daniel. Las voces en su cabeza le ordenaban entregar una ofrenda a la Santa Muerte. Nublado por la ira, aquel sacó un cuchillo con el que comenzó a apuñalar a Edna. Ella trató de defenderse al morderle la axila derecha, pero no pudo evitar ser herida cinco veces en el pecho. Poco a poco la mujer comenzó a agonizar en los brazos de su verdugo. Al sentir la sangre en sus manos Noel Daniel volvió en sí de nuevo e incluso se quitó la camisa para tratar de detener la hemorragia: la sed de la Niña Blanca había sido saciada. El asesino quiso salir por la puerta principal, pero estaba cerrada con llave. Luego subió a la azotea para brincar hacia otra de las viviendas. Entonces los vecinos escucharon al sospechoso brincar de un lugar a otro, por lo que dieron aviso a la policía. Acorralado por los oficiales, Tovar Galván no opuso resistencia, lo esposaron y colocaron en una de las patrullas. Los paramédicos únicamente certificaron el fallecimiento de la profesora Edna.

Cuando Sombra se acercó a la patrulla para hacer las fotos, Tovar Galván no hizo movimiento alguno para ocultar su rostro: su sonrisa psicópata aparecería en la parte superior de la portada del periódico *Metro*. Los policías lo sacaron de la patrulla para que Sombra hiciera imágenes de sus tatuajes y yo lo entrevistara.

—¿Cuál era tu relación con la mujer que mataste? —le pregunté.

—Era mi amiguita, carnal. Me llamaba seguido para que le hiciera el amor — respondía sardónico.

—¿Por qué la mataste?

— Me llamó porque quería que la viniera a ver para platicar y sí, la maté por cuentas pendientes porque abusó de mí cuando yo era niño —en ese instante me miró fijamente; ahí estaban de nuevo esos ojos llenos de ira, de muerte, de locura—. No me arrepiento de que se la brindé a la Santa Muerte.

Algunos familiares y amigos que me conocieron antes de ser reportero de nota roja me han llegado a mencionar que antes tenía una mirada alegre, hasta cierto punto inocente; después de todos estos años como reportero policíaco se alojó en mí un poco de demencia.

No importa el tamaño de la chequera, para la muerte somos iguales

Explicar a unos desconocidos que un hijo o un familiar de repente había fallecido, y hacerlo de una manera honrosa, era imposible.

Henning Mankell, escritor

Los rescatistas y testigos miraban los fierros retorcidos en los que se había convertido el automóvil. Cuando pregunté si los policías sabían qué tipo de vehículo era, sólo atinaron a decirme “parece un Vocho”. Caminé un poco alrededor de la escena del accidente; tras la volcadura, el bólido se había incendiado con sus ocupantes adentro. Sin duda se trataba de un sedán, pero éste tenía características más robustas y finas —un buen amante de los automóviles lo notaría a pesar de los daños— entonces se trataba de un clásico. Entre las piezas esparcidas alrededor del coche, hallé un logo inconfundible de la marca, sin duda se trataba del vehículo que había imaginado: un Porsche Carrera tipo C de los años 60.

Nicolás Zapata Cárdenas, de 63 años, era un aficionado a la velocidad y a la elegancia de los Porsche; su holgada vida como empresario le había permitido el lujo de adquirir aquel Carrera, con matrícula 584-TBG. Los fines de semana Nicolás solía tomar carretera para alejarse de las responsabilidades que su cargo le acarreaba y tripular su preciado auto a velocidades por encima de lo permitido. Poseer un auto que en promedio tardaba siete segundos en llegar de 0 a 100 kilómetros por hora, era un lujo permitido para unos cuantos. La mañana de aquel domingo 10 de octubre de 2010 Nicolás regresaba de una reunión en un club de lujo, venía acompañado por uno de sus mejores amigos, Alberto Amezcua Raz, de 62 años. Ambos tomaron la autopista México-Toluca para dirigirse a la residencia de Zapata Cárdenas, en Lomas de Chapultepec.

Mientras los dos empresarios disfrutaban un desayuno gourmet, Alberto “Tigre” Neri y yo aguardábamos a que nos prepararan un par de licuados en un puesto situado a unas cuadras de la redacción de *Reforma*. Neri prefería comidas orgánicas o lo más caseras posibles, ya que en su juventud había descuidado mucho su salud e incluso tuvo problemas con el alcohol. Además de su trabajo como fotógrafo, se había integrado al equipo *Herbalife* y asumió una filosofía de vida saludable. Físicamente contrastábamos: mientras él a sus casi

50 años lucía un cuerpo atlético, yo había subido de 73 a 80 kilos en los seis meses de trabajo que llevaba en el periódico.

—Hay que comer cosas sanas, Bufalín. Si no te cuidas desde ahorita, cuando llegues a mi edad vas a estar bien jodido —me recomendaba.

—No manches. Si antes de entrar aquí me quedaban los pantalones de la prepa y hasta iba a correr todos los días. La neta, las chingas que nos ponen no me permiten el tiempo para cuidarme.

—Pues hazte el tiempo. Todos los que empiezan en esto, el primer año suben de peso. No es porque no hagan ejercicio, sino porque todo el tiempo comemos en la calle. Yo por eso me cuido con *Herbalife*.

—¿Y eso qué onda o de qué trata?

—Ah, pues fíjate que es un producto de contenidos naturales que ayuda mucho a tu salud —preguntarle a Neri sobre los productos que vendía era prácticamente someterse a una charla de casi media hora con las ventajas de consumir lo que ofrecía. Al final terminabas comprándole algo.

Los domingos a Neri le gustaba hacer base en la redacción por los licuados y porque se ponía a clasificar sus fotografías de la semana. Aprendió foto con Jaime Vargas, Luis Barrera y Salvador Chávez “Ratón”, en *La Prensa*. Su buen ojo y la finura de sus imágenes lo llevaron a ser contratado en los primeros años de circulación de *Reforma* en la capital.

Eran las 14:00 horas cuando Neri se asomó por encima de su cubículo y me gritó que nos fuéramos en K5 (con rapidez) hacia Santa Fe.

Al ser un modelo descapotable, Nicolás Zapata había decidido sentir el aire sobre su rostro mientras recorría la autopista. Rebasaba a otros vehículos de modelos recientes, cuyos conductores miraban con envidia a los dos empresarios que pasaban a un lado. Quizá Amezcua Raz hacía memoria de cuando ambos eran jóvenes y amasaban su actual fortuna o de viajes que realizaron al extranjero en compañía de sus familiares. Tenían la vida absolutamente resuelta para ellos y sus hijos. El trabajo de una vida rememorado a lo largo de los kilómetros.

Cuando los conductores ingresan a la zona de la pista que atraviesa Santa Fe, pocos tienen la precaución o la pericia de reducir la velocidad. Se trata de una larga pendiente con curvas relativamente fáciles de tomar, pero que a velocidades excesivas se vuelven mortales.

Confiado en sus años de experiencia al volante y de tomar esa ruta continuamente, Nicolás se dejó llevar por la potencia del Porsche.

Eran las 13:00 horas, sobre los carriles laterales a unos 5 metros de altura por debajo de la vía rápida, avanzaba una familia en un automóvil compacto Derby. Circulaban en inmediaciones de la *Universidad Iberoamericana* con destino al Pueblo de Santa Fe, donde visitarían a unos familiares. Al acercarse al kilómetro 15 —justo frente al corporativo del banco *Santander*— escucharon el rechinado de unas llantas, seguido del sonido de la barra de contención destrozándose. Juan Pablo Núñez Carmona, de 32 años y conductor del Derby, frenó por instinto. Tras unos segundos, el Porsche golpeó el cofre del Derby y posteriormente volcó diez metros adelante.

—No recuerdo mucho, sólo que salió el carro volando y luego el golpe —recordaba Juan Pablo, de 12 años, hijo de Núñez Carmona —vimos cómo volcó el coche y salimos a ayudar a los señores.

Juan Pablo Núñez y su hijo descendieron del auto. Aún escucharon algunos quejidos de los dos empresarios, quienes estaban atrapados en el Porsche. Durante la volcadura, las llantas del vehículo quedaron hacia arriba, por lo que Nicolás Zapata y Alberto Amezcua quedaron boca abajo. Juan Pablo Núñez y su hijo lucharon por liberar los cuerpos. La gasolina y los líquidos del motor hicieron combustión con rapidez. Núñez Carmona tuvo que alejarse con su hijo, quien miraba por primera vez a los ojos de la muerte. Aunque los empleados de seguridad del corporativo *Santander* conectaron una manguera a la toma de agua para sofocar el incendio, los cuerpos de Nicolás Zapata y Alberto Amezcua junto con el vehículo habían sido calcinados.

Junto a los fragmentos del Porsche, desperdigados estaban trozos de pantalones de finas telas, lo que fuera un reloj de mano, un cacho de tela a cuadros quemada. Estuve tentado a levantar el logo del Porsche para esconderlo en mi mochila. No lo hice por miedo a arrastrar el mal augurio conmigo. Caminé hacia la banqueta y ahí me quedé mirando un costoso casimir tirado sobre el pasto.

—Es un Porsche, oficial —le dije a uno de los policías que resguardaba la escena.

—¿Un qué? ¿Cómo se escribe eso?

—Es un auto de lujo. Un Porsche, mire —escribí en mi libreta el nombre de la marca y el policía lo copió.

Esperamos dos horas en el sitio para que llegaran los peritos de la Procuraduría capitalina. En ese transcurso de tiempo llegó un hombre que también reconoció el tipo de automóvil y mencionó que pertenecía a un club de autos clásicos. Fue a través de él que los familiares de las víctimas se enteraron del accidente. Antes del arribo de los agentes periciales, una camioneta de lujo color negra llegó al lugar. Me encontraba a un lado de la ambulancia y justo atrás de ésta se estacionaron los ocupantes de la camioneta: el hijo de Nicolás Zapata Cárdenas descendió sin percatarse de mi presencia y caminó hasta el cordón de seguridad. Los oficiales se acercaron para tratar de evitarle el paso, pero les mencionó que conocía a los pasajeros del vehículo. A lo lejos pude ver cómo se le desencajaba el rostro conforme le explicaban las circunstancias del accidente. Sin romper en llanto o entrar en crisis emocional caminó de regreso a la camioneta para sacar un celular y hacer una llamada.

—Sí, hermana. Son ellos —dijo sin que se le quebrara la voz—. No, por favor, no quiero que vengas. No se puede hacer nada y quedó muy mal esto. Mejor quédate con mi mamá. Yo me encargo de los trámites.

Colgó y luego marcó un nuevo número. Al parecer de uno de sus amigos.

—¿Podrías venir pronto? No sé si voy a aguantar mucho. Yo confío en ti y necesito a alguien que me apoye en este mal momento. Por favor.

El hijo de Nicolás Zapata Cárdenas no era más grande que yo, calculé que tendría acaso 30 años. Se quedó mirando el espacio de la barra de contención por donde salió volando el auto. Luego cabizbajo fue a sentarse en la banqueta. Parecía derrotado. Pude haberme quedado en silencio como un desconocido espectador de su pena. Un impulso extraño dentro de mí hizo caminar hacia él y sentarme a un lado.

—Sé que en estos momentos lo que uno menos quiere es que le digan “lo siento”. Es una grave pérdida la que tuviste —dije mientras imaginaba que su respuesta sería mandarme al carajo. Ninguno de los otros reporteros se había dado cuenta que estaba con él.

—Gracias. Esto no es fácil para mí. ¿Tú quién eres o de dónde vienes?

—Me llamo Mariano. Vengo con los de rescate —me vi forzado a mentir para no perder su confianza. —¿Te puedo preguntar si eras familiar de alguna de las víctimas?

—Sí, el que manejaba era mi papá —en ningún momento me dirigió la mirada, únicamente observaba el suelo.

—¿Con quién venía?

—Con uno de sus mejores amigos. Venían de regreso del club hacia la casa. Vivimos en Lomas de Chapultepec —parecía comenzar a sentirse agobiado con las preguntas —. Mira, no quiero ser grosero, pero estoy mal y necesito estar solo.

—Entiendo por lo que pasas. Si necesitas apoyo o algo en lo que te pueda servir, aquí voy a andar —en ese momento puse mi mano sobre su hombro para tratar de confortarlo.

—Gracias. Qué amable.

Comenzó a llorar en silencio mientras apretaba los puños. Me quedé sentado a un lado de él hasta que llegaron otros de sus familiares y fue a reunirse con ellos.

Los bomberos realizaron su labor para liberar el Porsche de la barra de contención, ésta abrazó por completo el auto y no permitía el rescate de los cuerpos. Al momento de colocar en su posición normal al vehículo, no se podía distinguir la forma de los cuerpos. Las llamas los habían consumido hasta convertirlos en una masa de piel carcomida fundida a la ropa. Los familiares de las víctimas sólo pudieron reconocerlos por las piezas dentales.

Tres años después, ya fuera de *Reforma*, trabajaba para una revista de videojuegos que tenía sus oficinas en uno de los corporativos de Santa Fe. Algunas veces solía regresar del trabajo en auto, por lo que crucé por el sitio del accidente. Un día me estacioné en el mismo punto y aprecié que las huellas del incendio se habían quedado tatuadas en el asfalto. Imaginaba una y otra vez cómo salió volando el Porsche, la volcadura, las llamas. Ni los pasos o frenones de otros vehículos habían borrado la mancha.

Sombra, el diablo y un polvorín clandestino

*Yo creía que todo sucede por Tu santa voluntad,
y ahora vengo a conocer que fue por obra y gracia del Diablo.*

Josefina Estrada, escritora

Siempre me había parecido que se trataba de una exageración cuando en las películas se mostraba algún desastre o situación dramática en la cual el protagonista quedaba rodeado por un silencio sepulcral y el tiempo avanzaba lento. Después de presenciar los restos de la explosión en un taller clandestino de pirotecnia en Iztapalapa, mi percepción cambió: sí existe un instante de bloqueo y aterrador silencio después de la tragedia.

Las guardias con Agustín Márquez, Sombra, casi siempre llevaban consigo la garantía de ser testigos de algún suceso extraordinario. Antes de formar parte de la nómina de *Reforma*, Sombra había pasado por empleos tan sorprendentes como trabajar en una de las plataformas de *Pemex* en el Golfo de México. Él solía levantarse temprano para dirigirse a la base de la plataforma y arrojarse hacia el mar desde una altura de 20 metros; nadaba de un lado a otro con el fin de atrapar la mayor cantidad de peces que luego vendía a sus compañeros o al personal de los cargueros les cambiaba el pescado por cajetillas de cigarros. Como fotógrafo, Agustín trabajó algún tiempo en el periódico *El Valle*, del Estado de México —uno de tantos que en el gremio solemos llamar pasquineros— luego brincó de una forma peculiar a *Reforma*.

En 1993 se había fundado el periódico y alimentar sus páginas requería de nuevos colaboradores. Aún no contaban con una plantilla de fotógrafos suficiente para cubrir todas las secciones, por ello el diario recurría a agentes independientes quienes le vendían el material necesario para las publicaciones de la empresa. Uno de esos fotógrafos *freelance* era Agustín Márquez; su especialidad: los asuntos de nota roja y no importaba a dónde tenía que trasladarse para conseguirlos, él llegaba con inmediatez. Sombra le vendía al periódico tal cantidad de imágenes que las sumas pagadas por su trabajo rebasaban los sueldos de algunos de los editores de aquel tiempo, razón por la cual decidieron ofrecerle un trabajo fijo en *Reforma*. Los alcances de Márquez no se limitaban a cubrir su agenda diaria o esperar a que la nota apareciera de la nada; siempre le gustó salir a la calle en búsqueda de algo fuera de la común y rara ocasión fracasaba. Muchos de sus compañeros decían que tenía un pacto con

el diablo porque los asuntos más impactantes ocurrían en su turno. Incluso en *Reforma* lo conocían como el fotógrafo tumba portadas: los editores siempre le preguntaban si ya traía la foto de primera página o podían cerrar la edición.

La mañana del sábado 30 de octubre de 2010 mis compañeros Alberto Neri y Daniel Pérez viajaron en moto hasta la carretera Texcoco-Calpulalpan en los límites de los estados de México y Tlaxcala. Ahí había ocurrido un aparatoso accidente donde el chofer de un tráiler arrastró tres vehículos hasta el fondo de una de las barrancas del lugar. La historia se prestaba para ser la portada del día en el periódico *Metro*; además, mis jefes planeaban llevarla como nota principal de la sección Justicia de *Reforma*.

—Ya, mi Sombrita, ni te esfuerces por trabajar esta tarde —le dijo Neri a Márquez cuando este llegó a las oficinas de la Procuraduría—. Te puedes relajar porque nosotros ya traemos la portada.

—Eso es lo que crees, chiquitín —respondió Sombra con una risa sardónica—. Nada está escrito.

—Pues va a estar cabrón que me tumbes mi portada. La foto está buena y también la historia.

—Vas a ver, te voy a hacer llorar. Mañana que compres el periódico te vas a acordar de mí.

Sombra me dio el radiotransmisor. Se acercó lo más que pudo y me dijo en voz baja.

—Quiero que todo el día estés bien al pendiente del radio. Si escuchas un asunto cabrón, nos movemos en chinga. Hoy nos vamos a llevar la portada.

Conforme pasaban las horas, los nervios de Agustín iban en aumento; cada media hora me preguntaba si había salido algún asunto. Nada. Para ese tiempo yo ya dominaba las claves e interpretaba todas las emergencias a pesar del ruido excesivo del transmisor. Ningún caso relevante. Medio resignado, Márquez me pidió que fuéramos a las oficinas del periódico para que él pudiera identificar el material de la semana. Nos aburrimos en la redacción hasta que dieron las 17:00 horas. En la frecuencia del radiotransmisor uno de los paramédicos comenzó a pedir el apoyo de la mayor cantidad de rescatistas cercanos a la delegación Iztacalco.

—¡Sombra, chécate qué hay en Iztacalco! —grité desde mi cubículo.

—¿Qué, ya salió el bueno? —también respondió a gritos.

—Sí, están pidiendo un chingo de ambulancias para Iztacalco. Deja ver si lanzan la K6 (dirección).

—Va, mientras pregunto por el Nextel a ver qué es.

Las intervenciones de los socorristas se mezclaban entre sí y me complicaban la labor de entender cada frase. Alcancé a escuchar que se trataba de una explosión en la colonia ampliación Gabriel Ramos Millán; no necesitaba más palabras. Al voltear, Sombra ya se encontraba a un lado de mi silla y le mencioné que ya tenía el lugar. Sin esperar mayores datos salimos del edificio, tomamos la moto y Agustín manejó aproximadamente a 150 kilómetros por hora sobre circuito Río Churubusco. Tardamos diez minutos en llegar a la calle Sur 157, donde aún se podía ver una columna negra de humo extendiéndose por encima de una de las casas.

La colonia ampliación Gabriel Ramos Millán había sido construida entre las décadas de los 60 y 70 cuando sus primeros habitantes llegaron a ocupar los predios sin una planificación urbana adecuada. Lo que antes era una ciudad perdida —aún con la pavimentación de sus calles— conservó la estructura de callejones similares a un laberinto donde apenas cabía un automóvil. Ni las patrullas ni las ambulancias podían tener acceso al lugar del accidente; cuando llegamos, todos los cuerpos de emergencia habían estacionado sus vehículos sobre canal de Tezontle mientras que los socorristas entraban y salían corriendo por la angosta calle.

Apenas se podía distinguir entre el humo hasta donde se estiraba mi brazo. De pronto aparecían rostros angustiados y polvosos de vecinos que buscaban salir de entre la bruma. Se mezclaban los gritos de personas en busca de ayuda con los de los paramédicos que exigían a todos quitarse del camino. A mí me rodeaba una burbuja de pasmo como cuando se camina por la calle con los audífonos puestos y la música a todo volumen. A mi izquierda había estacionado un Sedán Volkswagen con los vidrios rotos y fragmentos de cemento encima; a la derecha pasaron corriendo dos camilleros del Escuadrón de Rescate y Urgencias Médicas (ERUM), quienes llevaban consigo a un hombre completamente quemado: una mano sobre el pecho y la otra colgando, sus desorbitados ojos me miraban con terror. Detrás de ellos apareció Sombra apuntando con su cámara. El quejido del hombre lesionado y el flashazo de Agustín, me sacaron de mi estado de asombro.

Me acerqué hasta uno de los vecinos que observaba a los paramédicos y bomberos correr de un lado a otro.

—¿Qué pasó?

—Era una familia que se dedicaba a hacer cuetes —me respondió en automático— y parece que estaban los niños con ellos cuando explotó. Se escuchó bien feo como una bomba.

—¿Había niños trabajando?

—Sí. Mire. Vamos a mi azotea, desde ahí se ve mejor.

Subimos hasta la parte alta de la vivienda, quedaba justo enfrente de donde ocurrió la explosión. Desde ahí se podía observar la magnitud del accidente. El taller se encontraba en un cuarto de la parte alta de la vivienda. Dos de los adultos armaban un castillo, mientras que los niños jugaban alrededor de la pólvora y las piezas que lo conformarían. Era una actividad rutinaria para la familia que habitaba esa vivienda. Hasta la fecha no se sabe quién o qué originó la chispa, únicamente que al momento de la explosión los cuerpos de los menores y los adultos salieron volando. A una cuadra de distancia cayó el fragmento de una dentadura; sobre Oriente 120, un brazo. Otros de los habitantes de la casa sufrieron lesiones tras derrumbarse la pared de una habitación.

—Acá en la azotea cayó uno de los niños— cuando volteé uno de los vecinos le gritaba desesperado a los paramédicos para que subiera a revisar el pequeño cuerpo—. ¡Vengan a ver si aún vive!

El cadáver del niño yacía sobre un techo de lámina. Era una marioneta sin vida a la cual los socorristas únicamente le colocaron una manta para evitar que el resto lo observáramos desde las otras azoteas. Fui a buscar a Sombra para decirle que algunos cuerpos se podían ver desde la parte alta. Aguardamos ahí hasta que los bomberos rescataron el cadáver del niño. De los medios, éramos los únicos dos que pudimos colarse a la zona cero del percance. El resto de los reporteros, fotógrafos y camarógrafos aguardaban tras el cordón de seguridad impuesto por las autoridades capitalinas. Si acaso algunos de ellos hicieron tomas del brazo o de la dentadura sobre el pavimento; ninguno pudo ver a los heridos o el cuerpo del niño fallecido.

Veinte viviendas estaban dañadas. Doce personas fueron trasladadas a los hospitales de Balbuena, Rubén Leñero, Moctezuma, Xoco y La Villa. Dos adultos murieron aquella tarde durante la explosión así como dos menores de edad y un bebé de 6 meses falleció en el

hospital Moctezuma. Lezly Valencia López, de 24 años, mientras era trasladada relató a los paramédicos que estaba a punto de ingresar al domicilio para visitar a una de sus tías cuando fue proyectada por el impacto.

Cuando los funcionarios capitalinos —entre ellos el jefe de la policía Manuel Mondragón, y Luis Mena, jefe de prensa de Iztacalco— llegaron para dar cuenta de la situación, mi compañero Ricardo Rivera se encargó de relevarme y hacer las entrevistas oficiales, aquellas consideradas poco relevantes por mí después de la tragedia. Mi interés siempre ha sido contar historias, no sólo repetir las frases huecas de los políticos o funcionarios públicos. Traté de armar una crónica de aquella tragedia, misma que lamentablemente fue cortada por mis editores para poder meter las cifras oficiales y las declaraciones de Mondragón y Mena. Al otro día, Agustín Márquez estaba feliz mostrándole la portada de *Metro* a Alberto Neri —la cual por cierto era la del hombre herido auxiliado por los paramédicos del ERUM—. Agustín logró su cometido de enviar la portada del Tigre a una foto desplegada en interiores de *Metro* y ninguna mención en Justicia de *Reforma*; en tanto nuestra nota obtuvo un llamado en la portada de *Reforma*, fue la principal de Ciudad y ningún otro periódico obtuvo las fotos de los heridos y el niño sobre la azotea. Me sentía alegre por el pacto de Sombra con el diablo, porque le ayudó a conseguir otra exclusiva. Sin embargo, yo seguía insatisfecho por el modo en el que crónica fue convertida en el estándar de una nota de pirámide invertida. Entonces comencé a preguntarme si aquello era a lo que quería dedicarme el resto de mi vida.

Un par de perlas negras

*Luego aprendimos una cosa: la muerte trabaja
con invisible velocidad en el rostro del amado.
Cuando clareó era una máscara gris, cartonosa, ajena, anónima.*

Ricardo Garibay, escritor

Con el arribo del año nuevo, ocurrieron cambios favorables en mi vida. Había encontrado cierta estabilidad laboral y comenzaba a dominar el trabajo diario en nota roja. Para el año 2011 logré ahorrar un poco de dinero, con el cual pagué el depósito y la primera renta de un departamento en el Centro Histórico. La idea era vivir cerca de las oficinas de la Procuraduría capitalina, así ahorrar tiempo en traslados además de disfrutar más los ratos libres.

Sin darme cuenta, pasaba tres o cuatro días de la semana en los mejores sitios para beber en el Centro. Al regresar de trabajar, me dirigía a la esquina de las calles Regina y 5 de Febrero al restaurante Los Canallas. Me gustaba beber cuatro o cinco mojitos hasta sentirme mareado. Sólo así podía conciliar el sueño. Cuando no realizaba aquel ritual, compraba una botella de vino para acabármela. A la semana tenía acumuladas un promedio de seis botellas vacías en el cesto de basura.

Desde el viernes 31 de diciembre del 2010 había iniciado la fiesta de año nuevo en las oficinas de Comunicación Social de la Procuraduría capitalina. Los primeros meses de trabajo en *Reforma* me resistí a beber en horas hábiles. Con los meses me percaté que se trataba de una práctica común entre los reporteros de la fuente el embriagarse durante la jornada laboral o armar la fiesta en la sala de prensa. Así fue como me mimeticé con el entorno. Era tal la cantidad de estrés a lo largo de la semana —hasta catorce horas diarias de trabajo en promedio— que al final del día cada uno buscaba algún escape. Supe de casos donde algunos reporteros pasaban hasta cuatro días haciendo sus coberturas en estado de ebriedad; otros, llegaron a abusar de drogas más fuertes como heroína o cocaína. Mi consumo rozaba los límites tolerables: alcohol diario y marihuana una vez a la semana.

Cuando era niño, mamá temía que el rock y la música me llevaran directamente hacia los vicios o las drogas. Resultó curioso que al trabajar como periodista y vivir una de las etapas más oscuras de mi vida, la música me mantuvo cuerdo. A veces sentía que podría

volverme alcohólico, entonces tomaba mi guitarra, tocaba durante las madrugadas y aquello volvía locos a mis vecinos.

Festejé el Año Nuevo en la colonia Roma con unos ex compañeros de la revista para la que trabajé antes de mi ingreso a *Reforma*. En otro punto de la ciudad —el antro conocido como La Chavela, cerca del cruce de Río Churubusco e Insurgentes Sur— Lorena González Téllez de 24 años bebía algunos “perlas negras”. A las 11:24 horas del 31 de diciembre, Lorena escribió en su perfil de Facebook: “Sin dudarlo este 2010 fue el año más difícil de mi vida, lloré como nunca, me di cuenta de lo frágil que soy, pero me hice fuerte y me regalaron un nuevo corazón!!! Feliz 2011 para todos!!!”. Cuando llegó la media noche, la chica abrazó a sus padres y luego invitó a su primo Pedro Meza Téllez a seguir la fiesta en el centro nocturno. Los dos partieron de Tláhuac en el automóvil Jetta color blanco que el padre de Lorena le había regalado para acudir a sus clases en la Facultad de Medicina de la UNAM.

Entre bebida y bebida, Lorena se daba tiempo para comentar en Facebook su alegría por el comienzo del año 2011. Para ella el festejo debía ser épico: fue aceptada como residente en el Hospital Ángeles. “Un par de perlas negras!! Mmm qué rico!!! Otro... Otro...”, escribió a las 2:50 horas.

Mientras la chica festejaba en La Chavela, yo disfrutaba de una tocada de rock con bebidas gratis incluidas. Eran las 3:00 horas del domingo cuando el cansancio me venció. Salí ebrio del sitio y tomé un taxi que por fortuna me cobró 50 pesos por llevarme a mi departamento del Centro. Al llegar, por mera costumbre encendí la computadora para revisar la agenda. Generalmente los sábados me tocaba cubrir la guardia vespertina, aunque aquel día movieron los turnos y mi hora de entrada era a las 6:00 horas. Me tocaba la guardia con Alberto Neri “Tigre”, entonces tendría que ir hasta las oficinas del periódico. Únicamente me cambié de ropa y me dirigí a la redacción, aún seguía borracho.

El baile, el alcohol, la música, llegaban a su final en La Chavela. Eran las 6:34 horas cuando Lorena escribió en su muro “Wow y sigue la fiesta!!!”. Luis Daniel, uno de sus amigos escribió un comentario en la publicación para que lo recogiera y fueran juntos al festejo. “No me da tiempo de recogerte, pero deséame suerte para poder llegar a mi casa sin que me agarre el alcoholímetro”, fue la respuesta de la estudiante de medicina.

Dormido frente a la computadora de mi cubículo, apenas alcance a escuchar el Nextel que llevaba sonando algunos minutos. Eran las 7:00 horas y comenzaba a sentir los estragos de la resaca.

—¿Quién chinga? —respondí.

—¿Dónde estás, Búfalo? —preguntó Tigre— Te estoy marcando desde hace rato.

—Aquí, bien pedo, en la redacción.

—No manches. Salte ya. Paso en cinco minutos por ti, ya tenemos el primer asunto de la mañana.

Tardé algunos minutos en reaccionar. Creí guardar compostura y estabilidad al caminar hacia la salida; en el trayecto choqué con un par de cubículos. Afuera la luz del día era insoportable. Apenas logré controlar las náuseas, una vez arriba de la moto: era como ir en la montaña rusa. Llegamos a la esquina de Insurgentes Sur y calle Las Praderas, colonia Insurgentes Cuicuilco, justo en la zona de Ciudad Universitaria. Al principio no me importó mucho el accidente, preferí sentarme un momento en el camellón para tomar un poco de aire. Volteé a mi izquierda, entre las destrozadas ramas de un árbol que fue derribado durante el choque yacía el cadáver de Lorena.

Si Lorena se hubiera encontrado con uno de los puestos de control de la SSP capitalina, quizá tendría que haber llamado a sus padres para llevarle el desayuno al Torito. La resaca por haberse excedido en la fiesta sería la una consecuencia de aquella imprudencia. Dos factores se habían mezclado en el espíritu de la chica: la alegría por desarrollarse profesionalmente en la carrera que eligió y la tristeza a consecuencia de los recuerdos de un año repleto de adversidades. Sin duda la euforia se había apoderado de aquella estudiante hasta llevarla a ese punto de quiebre.

Me levanté a caminar alrededor de la escena. Con el trabajo diario, se adquieren ciertas dotes de perito; a pesar de no estar al cien de mis facultades, la capacidad de observar los detalles se activaba en automático. Lorena circulaba en dirección sur sobre Insurgentes, a un costado del carril del Metrobús. Por los tiempos en los que ella escribió los mensajes, seguramente revisaba su celular mientras avanzaba por la vialidad. Pedro Meza Téllez, quien se encontraba en el interior de una patrulla desde donde miraba desconsolado el cuerpo de su prima, relató a los policías que al llegar a la recta que atraviesa la zona de Ciudad Universitaria, Lorena aceleró hasta superar los cien kilómetros por hora. Meza Téllez no supo

explicar si en ese momento ella se quedó dormida o se distrajo para observar su celular; únicamente sintió el brusco choque de la llanta delantera izquierda contra los separadores del carril confinado. La estudiante gritó asustada, tras lo cual dio un volantazo al pensar que había chocado con otro auto o uno de los metrobuses. A una velocidad moderada aquello no hubiera pasado de un trompo o la invasión del carril confinado; pero a más de cien kilómetros aquello se transformó en la volcadura del Jetta. Confundido por el ruido y el miedo tras el accidente, Pedro Meza salió arrastrándose de entre los restos del vehículo. A lo largo de 30 metros el Jetta fue deshaciéndose hasta que el motor salió disparado y uno de los árboles del camellón fue arrancado de raíz.

—Salí del carro para ver cómo estaba mi prima— relató Pedro a los oficiales — estaba tirada sobre las ramas del árbol, junto al carro, ya no podía respirar bien.

Los ocupantes de un auto que pasaba por el sitio se detuvieron para ayudar y pedir apoyo a paramédicos de la Cruz Roja. Cuando los rescatistas acudieron, únicamente pudieron certificar la muerte de Lorena a consecuencia de múltiples heridas internas.

Más tarde, en la redacción, no podía con la resaca. Ni siquiera me interesaba redactar la nota. Quería evadirme hasta concluir la jornada laboral, así poder ir a dormir un poco al departamento. Abrí mi Facebook con el fin de distraerme. Fue más el ocio o quizá una especie de morbo lo que me llevó a teclear el nombre de Lorena en la barra de búsquedas de la página. Al final ahora son las redes sociales la plataforma en la cual ventilamos nuestra vida diaria: logros, fracasos, estados de ánimo, lugares que frecuentamos, preferencias musicales y literarias. Si alguien quisiera hacer un mapeo psicológico de nosotros, bastaría con analizar un poco lo que publicamos. Por ello, di con el perfil de la estudiante recién fallecida. Ella no había colocado los filtros de privacidad que años más tarde se volvieron socorridos por la mayoría de los usuarios de la red social. Al principio pensé que se trataba de otra chica más que publicaba cada detalle de su vida, hasta que revisé las condolencias de sus amigos en las publicaciones, quienes se despedían de Lorena: “Todavía no puedo creerlo, mi niña, me has dejado un gran vacío dentro de mí, ya no me contestaste”, escribió Luis Daniel como una forma de despedida.

Capítulo 4. Entre la ética y el deber periodístico

Desconfía de todos, en especial de los reporteros

La única marca que había en su cara era la de la decepción.

Gay Talese, periodista

El paso por *Reforma* no sólo fue de empatía y compañerismo; también me gané un par de enemigos que a la larga me perjudicaron cuando traté de ingresar a otro periódico.

Antonio Nieto, conocido como Gallo, fue el primer reportero con quien platicué cuando ingresé a *Reforma*. Un par de veces fuimos juntos a comer; incluso, en alguna ocasión me invitó a su departamento a ver el fútbol. Parecía un sujeto afable y compartíamos el gusto por las novelas policíacas. Todo pintaba para convertirse en una buena amistad.

—Deberías cuidarte del Gato —comentó un día, refiriéndose a Arturo Sierra, a quien yo aún no había conocido.

—¿Por qué? ¿Te ha hecho algo?

—Pues es medio mañoso. Ya sabes, de esos reporteros que te quieren picar los ojos.

—¿Cómo es eso de picar los ojos?

—De cuando armas tus notas y se quiere meter a güevo en ellas. Si un día haces especiales y te pregunta en qué andas, no le vayas a contar porque él se roba tus ideas.

Al principio, creí en la palabra de Antonio Nieto y durante los primeros tres meses en *Reforma* tuve cuidado de no comentar mis especiales con Arturo Sierra. Hasta que una tarde, Sierra me vio desesperado porque no lograba conseguir los datos de un hombre asesinado en Tepito.

—¿Qué traes, Mangas? Te veo muy nervioso.

—Es que en el lugar, los polis no me dieron datos y por comunicación social no aflojan. Cuervo me marcó que ya quiere la nota.

—A ver, espérame, deja le marco a uno de mis contactos.

Gato habló con uno de sus amigos, agente judicial, quien le proporcionó todos los datos. Usualmente cuando otro reportero ayudaba a completar la información de una nota, los editores la firmaban con los nombres de ambos reporteros. En esa ocasión, Sierra ni siquiera me pidió créditos y me ofreció su apoyo cuando me atorara en alguna situación. En adelante nuestra amistad se reforzó poco a poco.

—Te imaginaba bien culero porque el Gallo me contó que eras picaojos —le mencioné tiempo después a Sierra.

—Qué le haces caso a ese pendejo. Me caga por pinche chismoso y porque quiere ser la estrellita de la sección —respondió molesto—. De quien te deberías cuidar es de él, es un pinche volador mentiroso.

Conforme pasaron los meses, Nieto mostró su verdadera personalidad. Era él quien se metía en las notas de los demás reporteros, sobre todo aquellas relacionadas con temas del narco. Cuando mataron al contador de la Barbie, Antonio Nieto quiso meter información en la cobertura que hice. Sin avisar o preguntar si yo estaba de acuerdo, pedía cambios de turno. Muchas veces cuando a él le tocaba la guardia matutina y a mí la de la tarde, había notas que Nieto dejaba sin cubrir y me pedían a mí redactarlas aunque no hubieran ocurrido en mi turno. Como novato, los primeros meses no ponía excusa para cumplir el trabajo.

El colmo llegó el domingo 27 de marzo de 2011 cuando a Gallo le tocó cubrir la guardia de la mañana. Al llegar mi turno, él me dijo que no había ocurrido nada relevante y era mi turno de sacar la portada. Para las tres de la tarde, César “Gorila” Cifuentes y yo nos dirigíamos a toda prisa hacia la obra negra de Torre del Ángel, situada entre las calles de Florencia y Lancaster, colonia Juárez. Un paramédico de la ambulancia 41 de la Cruz Roja le había avisado de la caída de un trabajador en el interior de la edificación.

Gorila manejaba tan rápido que llegamos junto con los rescatistas y pudimos ingresar haciéndonos pasar por sus compañeros. Subimos corriendo hasta el sexto piso, donde había caído Pedro Ángel Rafael Fuentes, de 25 años. Dos veces estuve a punto de perder el equilibrio en una de las escaleras de madera y terminar como aquel albañil. Por fin llegamos a donde yacía el hombre; los socorristas tomaron sus signos vitales; sólo fue para salir bien en la foto, pues el trabajador murió luego de caer desde el piso 10 y golpearse en varias ocasiones contra las paredes de concreto. Tras conocer la historia de Pedro Ángel, yo estaba seguro que aquello sería la portada de *Metro*, por la calidad de las fotos, la historia —el joven había viajado desde Sonora para trabajar y llevaba sólo 20 días en la Ciudad de México— y porque ningún otro medio había podido ingresar al sitio.

Esa tarde, Gladys Ferrer estaba a cargo de la edición de *Metro* y debía reportarle a ella los asuntos que cubriera. Le mencioné que llevábamos en exclusiva el accidente del albañil. Luego de subir aquel edificio, tenía los niveles de estrés a tope. No llevábamos

siquiera veinte minutos en el lugar cuando el mismo paramédico nos dijo que habían atropellado a varias personas en la esquina de avenida Chapultepec y Cuauhtémoc. Cifuentes y yo fuimos hasta el lugar. El chofer de un microbús perdió el control de la unidad por tratar de ganarle el pasaje a otro conductor. El responsable se subió a la banqueta y atropelló a varios de los peatones.

Al llegar, observé a una mujer de la tercera edad tirada en el piso: estaba ensangrentada y sus espinillas habían sido partidas por las llantas de transporte. Su nieto la sostenía y le pedía que aguantara por la ayuda médica. La mujer no podía hablar por el estado de shock.

Los mismos socorristas que acudieron al accidente del albañil, llegaron para atender a la mujer; había varios paramédicos y policías apurados a brindarle auxilio a los lesionados. Yo iba de ambulancia a ambulancia, de patrulla a patrulla, para recabar la información. Particularmente ese día, me sentía excesivamente estresado. Entonces sonó mi celular.

—Necesito que armes una nota, ya —me exigía al otro lado del teléfono Gladys Ferrer.

—Buena tarde —contesté molesto por la falta de educación de la editora—. No sé de qué me hablas, Gladys, pero ahorita traigo dos asuntos buenos, uno de un albañil y otro...

—Sí, pero me pasaron unas fotos de una niña atrapada en una máquina de hacer tortillas —me interrumpió—. La necesito ahora.

—Ok, pero te digo que traemos de exclusiva las fotos del albañil. Está buena la historia.

—¿La puedes hacer o no? —el tono de su pregunta acabó por sacarme de mis casillas.

—Mira, ando cubriendo un accidente y necesito sacar datos así que déjame hacer mi chamba. Cuando acabe, checo lo de tu asunto —tras aquellas palabras colgué.

Luego de volver a las oficinas de la Procuraduría, Gorila me preguntó si le había contestado a Gladys porque ella le marcó para preguntarle si yo estaba cubriendo mi guardia. Después él me comentó lo de la niña atrapada. Angélica Elizabeth, de 11 años, ayudaba a sus padres a trabajar en una tortillería ubicada en la esquina de Manzanares y Santa Escuela, colonia Candelaria de los Patos.

Angélica Elizabeth le contó al paramédico de la ambulancia 22 de la Cruz Roja que aquella mañana observó una basura en la masa para las tortillas. La niña subió hacia donde

estaba el molino de la máquina e intentó quitar el objeto. Al querer sacar el fragmento de masa, su mano derecha quedó atrapada entre los rodillos. Los gritos de Angélica se escucharon hasta el otro lado de la calle, donde su madre compraba comida en uno de los puestos. Aunque la mamá consiguió apagar la máquina y otros comerciantes se acercaron para ayudarla a liberar a su hija, la mayor parte del brazo de Angélica estaba atrapado. Bomberos y socorristas trabajaron durante 30 minutos para liberar a la menor, quien luego fue llevada al hospital infantil de Tacubaya.

Para conocer aquella historia, llamé al paramédico de la Cruz Roja que atendió la emergencia. El problema no radicaba en armar la nota. La cuestión fue que el accidente había ocurrido a las 8:00 horas, durante el turno que debía cubrir Antonio Nieto.

—Hola, Martínez. Fíjate que me pidieron el asunto de la chavita de la tortillería.

—Ah. Sí fuimos. Estuvo bien feo. Ya le pasé las fotos a tu radioperador.

—Va, está bien. Pero, ¿Tendrás algunos datitos que me regales?

—Pues yo le avisé a tus compañeros de la mañana, al Gallo. De hecho, le pasé todos los datos.

Supuse que si Antonio Nieto ya tenía información, era él quien debía encargarse de redactar la nota. Cuando le marqué a Gladys para avisarle, la situación fue distinta.

—Gladys, ya chequé con los paramédicos y me comentan que los datos se los pasaron a Nieto. Entonces, creo que le toca armarla.

—No. Él ya no está ahorita en turno. Además, te la estoy pidiendo a ti.

—Oye, pero ya traigo algo de chamba. Si es por eso, ¿no puedes localizar al Gallo? A mí también me han llamado para pedirme notas fuera de mi turno —en ese punto yo estaba irritado en extremo.

—No me importa. Es una orden y si no la quieres cumplir, voy a tener que hablarle a Pedro para reportarle que no quieres trabajar.

—¿Qué te pasa, Gladys? A mí no me vas a intimidar porque no soy nuevo en esto de los medios —ya había trabajado en una revista e hice prácticas tanto en Notimex como en TV Azteca—. No creas que me estoy haciendo pendejo como Nieto. Fui a todos los asuntos y ando en chinga así que déjame hacer mi trabajo en paz.

No esperé a que Gladys hablara y corté de inmediato. Salí furioso a tomar aire mientras César Cifuentes recibía una llamada de ella.

—Ya se armó el pedo, Mangas —me dijo alarmado cuando regresé de la calle.

—¿Qué pasó, Gori?

—Gladys me dijo que te va a poner un reporte en recursos humanos por no querer hacer la nota.

—¡Que se vaya a la verga! Pinche vieja, me está pidiendo una nota que le tocaba al Gallo. El imbécil trae datos y nada más se hizo pendejo.

—Sí, ya sé. A mí me dijeron los paramédicos que no fueron medios.

—¿Entonces los de la guardia no la cubrieron?

—No.

—¡Hijo de su puta madre!

Únicamente para no concederle a Gladys una excusa para levantarme un reporte, hice la nota y se la envié. Volví a marcar para avisarle que estaba lista.

—Ya está la nota en el sistema —le comenté.

—Gracias, pero ya tuve que molestar a Nieto para que la hiciera.

Al día siguiente llegué a comunicación social de la PGJ. Era lunes y yo descansaba los martes y miércoles. No quería dejar que un malentendido laboral arruinara mi descanso. Pero cuando entre a la sala, ahí estaba Antonio Nieto con una sonrisita burlona. Traté de no tomarle importancia, aunque Luis Vargas, Panda, insistió en volver al tema.

—Oye, barbón, ¿que ayer mandaste a la goma a Gladys? —preguntó Panda.

—Sí, ¿por qué?

La mayoría de los reporteros y fotógrafos de la roja se encontraban en la sala. Cuando acepté que me había puesto al tú por tú con Ferrer, todos me miraron atentos.

—Nada más —comentó Panda— es que me dijeron que no querías hacer lo de la niña de la tortillería.

—Mira, la neta, no tengo ganas de hablar de eso —respondí.

Aquella nota que tanto había pedido Gladys se fue a la portada de *Metro*; según lo que me enteré después, en la junta editorial Ferrer se aferró a llevar aquel evento como principal aunque los otros coeditores le insistieron que la calidad de la fotografía era muy mala y Gorila había hecho mejores tomas en los otros asuntos.

—Ya, Manguitas... Qué, ¿te regañó Gladys? Por qué no nos cuentas —dijo burlón Antonio Nieto.

—Mira, cabrón, tú mejor cállate y no me estés chingando —vociferé mientras todos hacían expresiones de asombro—. Por tu culpa se armó el pedo y ahora vienes a hacerte pendejo.

—¿Por mi culpa? Yo no fui quien quedó mal con los jefes. A mí me pidió el paro Gladys y yo tuve que hacer lo que tú no querías.

—¡Vete a la chingada, pendejo! —grité y Alfredo Domínguez, de *La Jornada*, se acercó para calmarme.

—Ya, Mangas, no peles a este güey —comentó Domínguez—. Ya sabes cómo es el Gallo de pederero.

—En primera, a ti y al Panda les tocaba ir a cubrir la nota y se hicieron pendejos —no le hice caso a Domínguez y seguí mirando con odio a Nieto—. Un paramédico me dijo que ya tenías los datos y no hiciste la nota. El pinche güevón eres tú.

Estaba a punto de abalanzarme sobre Nieto, pero Luis Vargas se interpuso y me jaló hacia el estacionamiento de las oficinas.

—Cálmate, barbón, no vale la pena.

—Pues ese pendejo que se pone chingar. Todavía que hace sus mamadas.

—Pues ya fue, aliviánate.

—Qué me voy a alivianar. Tú también, cabrón, ese pinche asunto les tocaba a ustedes y me lo embarran a mí.

—Bueno, ya, perdón. Fue nuestra culpa. La neta, no creí que se fuera a armar tanto pedo. A ver si no te dicen más nada. Pero ya no caigas en provocaciones.

Salí a caminar un rato y así aminorar el coraje. Más tarde revisé los periódicos y en la nota figuraba tanto mi nombre como el de Nieto. No esperé más, por lo cual esa tarde platiqué con Pedro Terán sobre lo ocurrido. Esperaba un regaño. No fue así, me comentó que no era la primera vez que ocurría una situación así con Gladys; a él tampoco le parecía bien llevar como principal las fotos rescatadas. Me felicitó por defender mi trabajo y cobertura; su visto bueno como jefe bastaba en ese momento. Sin embargo, las diferencias con Gladys no acabarían ahí e incluso más adelante, pondrían en riesgo mi continuidad en los medios de comunicación.

El día que el novato se reveló

*Una sensación de asco empezó a encorajinar mi vida
dentro de aquel antro, rodeado de esa gente que
no vomitaba más que palabras de ganancia o ferocidad.*

Roberto Arlt, escritor

Algunos meses después, Gladys y yo volvimos a confrontarnos por una cobertura. Aquello detonó mi desencanto por *Reforma*. El viernes 19 de agosto de 2011, Ricardo Torres Lazcano, de 40 años, se encontraba junto con su hijo en la colonia Juan González Romero, delegación Gustavo A. Madero. Eran las 14:00 horas cuando dos hombres que viajaban en un Seat rojo, matrícula 578 TTN, se acercaron a Torres Lazcano y a su hijo de 18 años. Sobre la avenida Centenario los dos agresores bajaron del automóvil para amagar con una pistola a padre e hijo. Tras someter al joven, lo colocaron en el interior de la cajuela. Luego tomaron con dirección al norte.

Ricardo Torres Lazcano se comunicó con su celular a los teléfonos del sector Quiroga, de la SSP capitalina. Uno de los policías le proporcionó el número de su móvil para que le fuera diciendo dónde se encontraba y hacia qué sitio habían escapado los secuestradores. Tras superar el miedo de la agresión, Torres Lazcano detuvo un taxi. Sin cortar la comunicación con los elementos policíacos, Ricardo Torres comenzó a perseguir a los delincuentes. El instinto paternal lo llenó de coraje. A través del celular fue indicando a los oficiales la ruta: circularon sobre avenida Centenario en dirección Norte; al llegar al cruce con Periférico Río de los Remedios, dieron vuelta a la izquierda para seguir hacia la zona de San Juanico, Tlalnepantla. Cuando el padre intuyó el plan de los sospechosos de cruzar hacia el Estado de México, sintió impotencia porque los oficiales capitalinos no podrían detenerlos. Los uniformados le pedían que guardara la calma porque ya estaban próximos a alcanzarlos. La luz del semáforo pronto iba a cambiar. Sólo unos metros lo separaban del auto de los delincuentes. La vida de su hijo dependía de una acción valiente y arriesgada; sin más, bajó del taxi y corrió hacia la cajuela del otro vehículo. Para su fortuna, los secuestradores no pusieron el seguro y Ricardo consiguió liberar a su hijo.

Al percatarse de la acción de Ricardo, uno de los agresores bajó del vehículo y le disparó. Posteriormente, los secuestradores intentaron huir a pie rumbo a San Juan

Ixhuatepec. Los elementos capitalinos pidieron ayuda a policías municipales, quienes lograron capturar a Víctor Daniel Gutiérrez Ortiz, de 24 años.

La víctima arrastró a su padre, quien aún respiraba trabajosamente, hasta el camellón de la vialidad. Los paramédicos de la ambulancia 344 de la Cruz Roja nada pudieron hacer para ayudar a Torres Lazcano. Sobre el pasto del camellón, boca arriba, quedó el cadáver con el antebrazo derecho alzado y en el rostro la expresión de agonía.

Por la frecuencia, los paramédicos lanzaron la emergencia. Sombra y yo nos acercamos hasta el sitio para tomar cuenta del homicidio. Aún no había llegado ninguno de los otros reporteros de la roja. Unos metros antes de llegar al sitio, observé a un reportero vial de la televisora TVC a quien ya me había encontrado en marchas o eventos de la Ciudad de México. Usualmente él no cubría la fuente de seguridad. En ese instante pensé que había cruzado por el sitio y se detuvo a reportear. Avanzamos en la moto junto a la escena del crimen, aquel reportero estaba parado sobre el camellón a un costado del cadáver, situación inusual ya que la familia ya había llegado.

—¿Sabes cómo está el asunto? —le alcancé a preguntar cuando pasamos a su lado.

—Aguántame, carnal, ahorita te explico.

Su voz sonaba angustiada. En ese momento no logré mirar claramente su entristecido rostro. Agustín dio la vuelta para estacionarnos en la contraesquina, cerca de la México–Pachuca. Apenas bajamos de la moto, el reportero se acercó.

—Carnal, ¿les puedo pedir un gran favor? —dijo.

—Sí, ¿qué pasó? —le respondí.

—No vayan a sacar nada de esto porque al que mataron es mi tío y lo quería mucho. No me gustaría verlo en la portada de *Metro*. Por favor.

Me impactó escucharlo. Hasta ese momento no me había planteado la disyuntiva de verme involucrado en la cobertura de una muerte cercana a un compañero o la de algún familiar.

—Changos. Es que por mí, no lo cubrimos y ya. Pero ya vienen los otros onces —dijo Sombra— y si los otros lo traen, me lo van a pedir a mí.

—Por favor, carnalito, te lo pido de cuates. No vayas a sacar fotos.

Cuando el otro se fue, Sombra me preguntó qué hacer. No sabía cómo responderle. Le dije que a mi parecer era válida la petición del sobrino y estaba de acuerdo en no cubrir

el asunto. No tardaron mucho en llegar los otros fotógrafos. Todos acordamos no llevar el asunto por solidaridad al compañero de *TVC*. La disyuntiva fue que Sombra ya había avisado del asunto, antes de salir de la Procuraduría. Nuevamente, Gladys Ferrer editaba la portada de *Metro* y para colmo, no había buenos asuntos de la mañana. Ella esperaba la nota de principal.

—Si tú no haces la foto, nosotros no la sacamos —dijo Jaime Llera, el Verde, fotógrafo de *La Prensa*, a Agustín.

—Saben que por mí no hay bronca, pero mis jefes ya me dijeron que sí va —respondió Agustín—. Tengo que hacerla a fuerza.

No había algo a lo cual temiera Agustín Márquez, excepto perder su jubilación al cien por ciento. Le faltaban, en ese entonces, siete años para poder retirarse y obtener una buena pensión. No iba a tomar riesgos por nada ni por nadie.

En ese momento sonó mi celular. Era Ferrer para decirme que la nota iba de portada de *Metro*.

—Gladys, hay un problema. Fíjate que la víctima era un señor que iba a rescatar a su hijo de un secuestro, pero era familiar de un reportero de *TVC*.

—¿Pero está buena la historia?

—Sí. El único inconveniente que le veo es que el compañero nos pidió que no lo publicáramos.

—A mí no me importa si trabaja en *TVC* o en otro medio. ¿Es de *Reforma* el familiar del muerto?

—No.

—¿Entonces? No sé cómo le haces, pero yo quiero mi nota en 15 minutos o te reporto con Pedro.

Otra vez lo irritante no era el que me pidiera una nota complicada, sino el modo en el cual Gladys me lo pedía. Por otra parte, me sentía moralmente culpable por reportear una situación que involucraba a un compañero. ¿Qué pasaría si fuera mi padre? ¿Dejaría que le tomaran fotos a un ser querido para asociar su último recuerdo con la portada de un diario? De pronto mi profesión no era tan atractiva ni emocionante. Sentía a la ética atravesada por una frontera pequeñísima entre el morbo y la obligación de informar. Me sentí desencantado

del periodismo de nota roja. Cuando estudié esta licenciatura, no fue para aprovecharme de las tragedias humanas.

—Mira, Gladys, ya te dije alguna vez que vengo a trabajar y no a hacerme pendejo. No estoy de acuerdo con reportear esta nota, pero la voy a redactar. Sólo te pido que no la firmes con mi nombre. ¿Ok?

—Como quieras.

Lo ocurrido pudo haber terminado en una publicación que pasara desapercibida. La portada de *Metro* estaba repleta de un sarcasmo malicioso. Como foto se llevaron un acercamiento que Sombra le hizo al antebrazo que había quedado apuntando rígido hacia el cielo. El encabezado decía “Manita salvadora”. A veces me parecían ingeniosas, divertidas, las portadas de los periódicos de nota roja. No fue así con aquella publicación. Por primera vez sentía vergüenza de mi trabajo. No comprendía si la mesa editorial había optado por esa forma de presentar la portada o había sido una especie de venganza de Gladys. Para mí, el tema estaba cerrado y no tenía intención de volver a tocarlo.

—Creo que sí nos pasamos de lanza, chiquitín —me comentó Márquez.

—¿Por lo de la portada? —pregunté.

—Pues es que ese cuate nos pidió el paro y hoy publicaron la foto bien manchada.

—Ya sé. Se pasó de verga esa Gladys.

—Luego me habló ese cuate. Me reclamó que no respetamos su duelo.

Agustín nunca se arrepentía o dudaba de su profesión. Fue la única vez que lo vi insatisfecho con una portada. Muchas personas me llegaban a preguntar cómo le hacía para tener el estómago al reportear y sencillamente les respondía que alguien debía hacerlo. En el libro *Fear and Loathing in Las Vegas* (Vintage, 1998), Hunter S. Thompson escribe una frase que siempre me ha recordado mi lugar como reportero: “Yo era, después de todo, un periodista profesional; así que tenía la obligación de cubrir la historia, para bien o para mal”. Más que un llamado heroico o de exaltación a la profesión al estilo Kapuscinski o Buendía, las palabras de Thompson hacían evidente la resignación de un periodista que quizá podría hacer algo mejor, pero terminó cubriendo la fuente apestada del periodismo.

Sombra y yo íbamos hacia un asunto, el sábado 20 de agosto, ya no recuerdo si era un homicidio o un accidente. Recibí una llamada de Ruth Centeno, coeditora de la sección de Justicia, quien me pedía ir a darle seguimiento al asunto de Ricardo Torres Lazcano. A

diferencia de Pedro o de Cuervo, quienes no dejaban que los editores de *Metro* les marcaran línea, Ruth era más fácil de influenciar. Durante la junta editorial Gladys insistió en llevar el seguimiento del homicidio, cosa que cualquier otro reportero o el de la fuente de la PGJ podía cubrir; ella le pidió a Ruth que fuera yo quien se encargara del asunto.

—Necesitamos que vayas a hablar con los familiares —me dijo Centeno.

—Oye, pero ahorita vamos para otro asunto.

—Ayúdanos, Mariano, vamos a llevar la nota de principal en Ciudad —Ruth y yo nos llevábamos bien, por lo que sus peticiones siempre iban acompañadas de un tono condescendiente.

—Mira, el problema fue que ayer los familiares nos vieron y si hoy nos acercamos, nos van a echar bronca.

—Déjame lo checo con Pedro, aunque esto es prioridad de Nacional.

Ni siquiera los de Nacional la tenían contemplada; era un capricho que Gladys le había transmitido a Ruth. Nunca me había mostrado reacio a un seguimiento; al contrario, de ahí se podían sacar buenas crónicas. Lo difícil de este caso era que se cumplía una de las reglas no escritas de los once: si la familia de la víctima está molesta contigo y te pide que los dejes en paz, lo mejor es no jugarle al vivo y retirarse. A otros fotógrafos, los llegaron golpear cuando no hacían caso a unos familiares enfurecidos; a veces la policía no intervenía y otras, llegaron a robar el equipo de los fotógrafos. No era el caso de los allegados a Torres Lazcano, pero el reportero de *TVC* le advirtió a Sombra que no quería medios en el funeral o de lo contrario los correrían de mala forma. Estrictamente apegados a los manuales de periodismo y al respeto a la privacidad de las fuentes y víctimas, teníamos la obligación con la familia de Torres Lazcano de no hacer el seguimiento. Al menos ese fue el argumento que le di a Ruth, pero ella insistió en que nuestro deber como periodistas era informar. Cabe decir que Ruth apenas tenía 23 años, pero la habían vuelto coeditora porque era licenciada y especialista en temas jurídicos por la escuela Libre de Derecho. Sí, podía dominar los temas de leyes a la perfección, pero jamás había estado por la calle; no sabía reportear y mucho menos entendía las reglas no escritas de la nota roja. En el orden de jerarquías, era mi superior, mas no en la experiencia de campo.

—Mariano, me marcó Gladys y luego Ruth. Me comentaron que no quieres hacer una nota —Pedro me había llamado al celular, en su día de descanso.

—No dije que no iba a hacer la nota. Simplemente le expliqué a Ruth que los familiares están molestos con la portada de *Metro* y no quieren reporteros en el funeral.

—Ya. Mira, acérquense para ver si pueden sacar algo. Si de plano los agreden o ven que está complicada la situación, se retiran.

—Está bien.

A regañadientes, cumplimos la orden de Pedro Terán; a veces podía tomarme el privilegio de mandar al diablo a los coeditores de *Metro*, pero a mi jefe directo nunca.

No sabíamos la dirección exacta de Ricardo Torres, aunque sí conocíamos el cruce de las calles donde ocurrió el secuestro. Luego de charlar con un par de vecinos y tenderos, dimos con el domicilio. Estaba cerrada la puerta.

—¿Qué hacemos, Búfalo? ¿Tocamos? ¿O sólo decimos que llegamos, pero no había nadie? —Márquez no quería arriesgarse, raro en él, pues siempre era el primero en entrar en acción.

—Ya estamos aquí. No nos queda de otra más que decir “chingue su madre” —respondí.

Toqué el timbre varias ocasiones. Tenía miedo y vergüenza. Pasaron diez minutos, nadie respondía. Un vecino se acercó.

—¿Es familiar del difunto? —preguntó.

—Sí, ¿que no hay nadie? —respondí con fingida seguridad.

—Uy, es que ya se fueron al entierro. ¿Le dijeron dónde era?

—No.

—Va a ser en el Panteón de Guadalupe, aquí cerca, cruzando el Río de los Remedios. Vienen en moto, ¿no?

—Sí.

—Si se van ahorita, sí alcanzan a llegar.

Por supuesto que sabía cómo llegar al cementerio. Agustín me preguntó si íbamos para allá a alcanzar a la familia. Pudo haber sido nuestra exclusiva, ya que los otros reporteros no sabían la dirección correcta. Como periodista me negué a seguir la cobertura y mentí: le dije a Sombra que no conocía dónde estaba el panteón. Asumí la responsabilidad y marqué a la redacción. Atendió Gladys.

—No encontramos a la familia.

—¿Por qué? ¿No fueron o cómo?

—Sí, estamos afuera de la casa, pero ya se fueron al sepelio.

—¿Y luego, no los pueden alcanzar o qué?

—No porque nadie nos dio la dirección.

—Entonces, no consiguieron nada.

—Sí, pude hablar con vecinos y de eso voy a sacar una buena nota.

—Ah, ya. Pues manda eso.

—¿La puedes firmar como “staff”?

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.

Mi acción no cambiaría la forma de tratar a las víctimas ni establecería una piedra de toque en el periodismo. Al contrario, quizá era un insignificante capricho mío. *Reforma* tiene un sistema organizacional tan efectivo que nadie es absolutamente necesario, todos son prescindibles y fácilmente reemplazables por algún chico proveniente del taller. Únicamente aquel arranque de rebeldía sirvió para crispar la relación laboral con Gladys, quien a su vez influyó a su amigo Enrique Morán, en ese entonces editor de *Metro*. Ambos me tuvieron en concepto de reportero “güevón” y sin respeto por la jerarquía en el periódico. Tanto llegó esa enemistad a afectar mi carrera que años después —cuando fui a pedir trabajo a *El Gráfico*— Morán le comentó al editor general, Édgar Córdova que yo era un pésimo reportero; Morán era coeditor de la versión de *El Gráfico* en Toluca. Para mi fortuna, la manera de cronicar que había desarrollado fue mi carta de salvación.

Todos somos asesinos en potencia

*Pero la mirada de los idiotas se había animado;
una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas.
No apartaban los ojos de su hermana mientras
creciente sensación de gula bestial iba cambiando
cada línea de sus rostros.*

Horacio Quiroga, escritor

La curiosidad por estudiar periodismo tiene que ver con la tarde del 23 de noviembre de 2004. Regresaba de trabajar de cajero. Encendí el televisor y en las noticias transmitían un hecho sin precedentes o al menos nunca se había visto tal brutalidad en directo. Aquella tarde tres agentes de la Policía Federal Preventiva (PFP) acudieron encubiertos al poblado de San Juan Ixtayopan, delegación Tláhuac.

Supuestamente, Víctor Mireles Barrera, Cristóbal Bonilla y Édgar Moreno Nolasco se encontraban haciendo investigaciones contra el narcomenudeo. La situación se transformó en un infierno para los agentes cuando cerca de 300 pobladores arremetieron contra los oficiales. La turba los acusaba de ser presuntos secuestradores. Mi madre observaba angustiada el televisor, mientras los granaderos ingresaban a la plaza del pueblo para rescatar del kiosco al único sobreviviente de la masacre, Édgar Moreno. En cambio, yo me sentía fascinado por quienes se aventuraron a estar en el lugar y transmitir en vivo el linchamiento. Sentía deseos por documentar aquello.

Unos meses antes de aquel suceso, me había preparado para presentar mi examen a la UNAM. Tras varios intentos fallidos por ingresar a la universidad en el sistema escolarizado, opté por intentarlo en el sistema abierto con la carrera en Derecho. Pero, luego de presenciar ese linchamiento, decidí cambiar a Periodismo. Creía que con esa decisión conseguiría dos objetivos: aprender a escribir correctamente para dedicarme a la narrativa y estar presente en los acontecimientos de los que daban cuenta los medios de comunicación.

Seis años transcurrieron para que lograra al menos uno de mis objetivos. Desde 2010 pude observar distintas situaciones relacionadas con linchamientos o turbas enardecidas. La primera fue el viernes 6 de agosto de 2010 en la delegación Milpa Alta. Aquella tarde, los habitantes del pueblo de San Pablo Oztotepec retuvieron a dos delincuentes para golpearlos. Tras la lección aprendida por las autoridades en 2004, ya no hacía falta autorización de los

altos mandos para iniciar el despliegue de elementos policíacos en cuanto se tuviera una alerta de linchamiento. Para fortuna de los dos sospechosos, los policías consiguieron salvaguardarlos en uno de los edificios delegacionales. Hasta el sitio llegaron en helicópteros de la Secretaría de Seguridad Pública capitalina el secretario del gobierno, José Ángel Ávila, y Manuel Mondragón y Kalb, titular de la entonces llamada Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal. Durante más de dos horas, los funcionarios negociaron con los líderes de la turba. Afuera reporteros y fotógrafos nos mezclábamos entre las decenas de vecinos que ya tenían varias piedras y palos colocados en las aceras. Me sentía tan nervioso que no me quité el casco, en cualquier momento podría estallar el caos.

Los dos asaltantes fueron entregados a los granaderos, quienes a su vez los colocaron en una patrulla. Fue inevitable que la turba me arrastrara cuando comenzaron a correr hacia donde avanzaba la unidad. Con los escudos, los oficiales se protegían y al mismo tiempo evitaban que las piedras golpearan el automóvil. No sentía miedo de ser aplastado o herido; me sentía contagiado por la euforia de la masa. Estoy seguro que mis pupilas se dilataban de emoción para captar las miradas iracundas. Era como estar en medio de una colmena de abejas dispuestas a atacar. Cuando la patrulla logró salir por una de las calles, los rijosos quedaron justo frente al predio donde habían aterrizado los helicópteros de la SSPDF.

Los reporteros que alcanzamos a salir del tumulto, corrimos hacia donde estaban los funcionarios; ellos se apresuraron a subir a las aeronaves que ya comenzaban a hacer girar sus hélices. Al ver eso, los pobladores se enfurecieron luego de ver frustradas sus ansias de sangre. Entonces una lluvia de piedras cayó contra los helicópteros. En medio de aquel campo de batalla improvisado quedamos los reporteros, quienes esquivamos las pedradas como pudimos. Ninguno de los funcionarios resultó herido, aunque uno de los pilotos fue descalabrado. Hasta cierto punto, el no haber presenciado ningún homicidio me generó una sensación de insatisfacción. Quizá en mí, fue tan impactante lo ocurrido en 2004 que esperaba presenciar cosas similares en cada intento de linchamiento al que acudíamos.

Fue hasta el 25 de septiembre de 2011 que realmente confronté los matices de la bestialidad humana. Eran las 15:00 horas del domingo cuando los supuestos asaltantes circulaban a bordo de una combi por calles del municipio de Atenco. Jesús Ernesto Nava Pineda, de 30 años, conducía la camioneta Urvan con número 115-C de la ruta Autobuses

del Valle de México SA de CV. Junto con el tripulante iban Evelyn Jazmín Nieto Esquivel, de 25 años; Víctor González, de 26, y Julio César, de entre 25 y 30 años.

Sobre la calzada de los Gallos, en el poblado de San Cristóbal Nexquipayac, Estado de México, al parecer los pasajeros fueron asaltados por tres de los sospechosos. Un grupo de bicitaxistas se dio cuenta de lo sucedido, por lo cual se interpusieron en el paso de la combi. A pesar de que Nava Pineda intentó decirles que él no tenía relación con el atraco, fue detenido junto con Nieto Esquivel, Víctor González y Julio César. Algunas versiones de los pobladores indicaban que en las semanas anteriores los propietarios de una camioneta habían estado asaltando a los usuarios. Sin indagar más, únicamente con la certeza del *vox populi*, cerca de 20 personas sometieron a los cuatro sospechosos. De la calle Hidalgo — donde fue la detención— a la plaza del pueblo, el trayecto no se recorría en más de 10 minutos. Para el momento en que los detenidos fueron colocados frente a una de las fuentes de la explanada, aproximadamente 300 personas ya se arremolinaban a su alrededor. No hubo mayores explicaciones. La turba se abalanzó contra los cuatro presuntos ladrones para golpearlos a mano limpia, con piedras o palos.

Elementos de la Agencia de Seguridad Estatal (ASE) llegaron a la zona aproximadamente a las 16:00 horas, pero evaluaron la situación antes de ingresar. Hasta la fecha, la policía siempre toma precauciones cuando hay algún disturbio en Atenco. Mientras tanto, la turba ya había masacrado por completo a Víctor González; los otros tres estaban a punto de quedar inconscientes. Fue hasta las 17:30 horas que los granaderos estatales consiguieron entrar a la plaza para rescatar a los sobrevivientes.

—Había como 500 elementos en el perímetro —me comentó más tarde un oficial estatal —, pero sólo 20 custodiábamos el cadáver porque entre más policías ven, más se calienta la gente.

Cuando César Cifuentes, y yo llegamos al poblado, había un silencio escalofriante. Otros reporteros estatales se nos acercaron para advertirnos que anduviéramos con cuidado. El sol trazaba sus últimas líneas sobre la plaza del pueblo. Varios niños corrían de un lado a otro alrededor del cadáver, cual si estuvieran jugando a la pelota. Reían. Detrás de ellos, inmóviles y contemplativos, los adultos observaban con satisfacción su obra. El cadáver de Víctor González había quedado boca arriba; su rostro hinchado y amoratado mostraba rastros de angustia. La gente le había arrancado la playera, misma que habían bañado en gasolina

para encender el cuerpo. Si la policía hubiera llegado un par de minutos tarde, el pueblo hubiera quemado a los cuatro sospechosos. En el aire se percibía un olor a sangre e inmundicia, mezclado con sudor y combustible.

—¿Usted sabe cómo estuvo? —le pregunté a un comerciante que me pareció afable.

—Mire, amigo, ¿es reportero, verdad? —me preguntó.

—Sí, vengo del periódico *Metro*.

—Ah, yo sí leo su periódico. Le voy a dar un consejo, nada más porque se ve buena gente. Ahorita no ande preguntado nada de eso porque aquí nadie le va a responder. Todos y nadie nos echamos a los rateros. Mejor ya esté tranquilito o va a alborotar a la gente de nuevo y no lo vamos a dejar salir.

Muchas veces sentí miedo en distintas circunstancias: de accidentarme en la moto o acabar atropellado en alguna cobertura. Pero las palabras de aquel hombre, sin duda me estremecieron. Dejé de mirar alrededor con el asombro y la inocencia del reportero novato. Podía comprender las motivaciones de un asesinato por rivalidades de drogas o la frialdad de un delincuente que ha decidido agredir a alguien con el fin de obtener dinero fácil. Sin embargo, aquí los ejecutores eran personas que en su vida cotidiana salían a comprar el pan, al mercado; convivían en la misa de los domingos y comulgaban bajo una fe. El vecino que, afable, te saluda mientras arregla las plantas de su jardinera. Me topé con la condición más primitiva del hombre: el asesinato como castigo. Todos somos capaces de asesinar cobijados bajo la turba anónima y volver a nuestra vida normal para aparentar que nada ocurrió. Ellos habían saciado su necesidad de venganza, de justicia, de sangre, pero yo no comprendía por qué llegar hasta esa condición salvaje. Por primera vez en casi dos años como periodista, sentí ganas de huir del lugar para no volver. Me invadió el miedo. Justo ahí, en ese instante ocurrió una paradoja: aquello que me había motivado para estudiar periodismo, al presenciarlo en directo, me motivó a alejarme definitivamente de ese universo.

Accidentes aéreos, accidentes periodísticos

La rabia, ella sola, sí, es un arma, sin duda.

Ricardo Garibay, escritor

Los accidentes aéreos más impactantes que me hubiera gustado cubrir ocurrieron en dos fechas distintas y cuando aún no me aventuraba en los terrenos periodísticos.

Durante el atentado a las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001, me encontraba en tercer semestre de la preparatoria y aún me faltaban varios años para definir mi profesión (pasé del interés por la docencia a la música y la administración pública). El avión de Juan Camilo Mouriño, el secretario de Gobernación del entonces presidente Felipe Calderón, se estrelló sobre paseo de Las Palmas, el 4 de noviembre de 2008. Para ese entonces cursaba los últimos semestres de la carrera de Periodismo. Aunque me hubiera acercado a la zona del accidente, no hubiera llegado ni a cien metros de distancia. El cordón militar era impenetrable. Sólo los reporteros que estaban de guardia aquel día, consiguieron llegar al lugar antes que el ejército.

Fue el viernes 21 de octubre de 2011 cuando por fin cubrí la caída de una aeronave en la zona de Coyoacán. Junto con Alberto Neri acudí a las 6:30 horas a la autopista México-Toluca, donde un motociclista falleció luego de derrapar. Esperábamos la llegada de los peritos para el levantamiento del cadáver cuando a Tigre le avisaron que checara algo sobre una aeronave que se había desplomado. Al escuchar aquello, se acercó uno de los policías que custodiaba el cadáver.

—¿Andan checando lo del helicóptero, verdad? —le preguntó el oficial a Neri.

—Sí. Unos dicen que es 22 y otros que fue por el Sur —respondió Neri.

—No. No es falsa alarma. No es un 22. Vayan acercándose a Viveros. Acá por la frecuencia acaban de pedir K8 de todas las médicas disponibles en Coyoacán —el oficial contaba con un radiotransmisor exclusivo de la policía, donde se lanzaban las emergencias en tiempo real.

Abandonamos la cobertura del motociclista fallecido y nos dirigimos hacia Coyoacán. A pesar de que Neri surcaba entre los carros a exceso de velocidad, yo le había perdido el miedo a la moto a tal grado que podía quedarme dormido mientras avanzábamos. Está

situación era bastante incómoda para los fotógrafos porque al cabecear, los golpeaba con el casco o cuando el cuerpo se aflojaba tendía a mover la moto.

En poco tiempo llegamos a la avenida Progreso, a un costado de Viveros. Imperaba la confusión entre vecinos y curiosos. Los policías iban de un lugar a otro, mientras paramédicos y bomberos se concentraban alrededor de los restos de la aeronave.

El secretario de Desarrollo Metropolitano del Estado de México, Alberto García Cuevas, junto con su asistente Julio César Maturano Gómez, habían acudido a una reunión en el municipio de Nezahualcóyotl. Tenían una agenda apretada que incluía otra reunión con el gobernador Eruviel Ávila, en la ciudad de Toluca. Los funcionarios requirieron de los servicios de uno de los helicópteros pertenecientes al gobierno estatal. Una vez concluido el primer evento, poco antes de las 10:00 horas, García Cuevas y Maturano Gómez abordaron el helicóptero Agusta Grand 109S, con matrícula XC-EDM. La aeronave era tripulada por Juan Manuel Ramírez y Juan Esteban Rodríguez Ruiz. Durante el vuelo, el helicóptero comenzó a presentar fallas. Ante el inminente desplome, los pilotos buscaron una zona de edificaciones bajas y en la que se pudiera reducir el número de víctimas.

—Mostraron mucha pericia —me comentó tiempo después un piloto estatal—. Ves la zona en la que cayeron, está llena de árboles. Tantito le calculaban mal y se estrellaban con las copas. Ninguno la libra.

En su estrepitoso descenso, los pilotos pasaron a través de un hueco de 20 metros entre el follaje de los árboles. La cabina se destrozó entre un árbol y la pared de una de las casas. La estructura quedó deshecha sobre la banqueta, dos autos fueron afectados; resultaba sorprendente la poca cantidad de daños en el área.

El asistente Julio César Maturano y el copiloto, Juan Esteban Rodríguez, viajaban en el lado izquierdo de la nave; aquella parte fue la que se despedazó contra la pared. Ellos fallecieron prensados en el impacto.

Cuando llegamos, pude observar al capitán Juan Manuel Ramírez recostado en una de las camillas del Escuadrón de Rescate y Urgencias Médicas. Sufrió múltiples fracturas de costillas. Sentado entre los restos de la aeronave y el árbol, Alberto García Cuevas miraba estupefacto al suelo mientras los paramédicos le hacían un sinnúmero de preguntas. Inhaló profundamente al tiempo que alzaba su cabeza para que los rescatistas le revisaran el rostro.

Extrajo un celular de su saco, con el que llamó a sus familiares para decirles que estaba vivo. Esa imagen fue captada por Luis Alberto Vargas, Panda.

Casualmente, esa mañana a Vargas le tocaba descansar pero tuvo que acudir al diario para entregar una hoja de gastos y registrar algunas fotos de la semana. Como era el único fotógrafo disponible en las oficinas y el más cercano al lugar del accidente, los jefes lo enviaron a cubrir. Llegó minutos después de ocurrido el desplome. Las imágenes que captó fueron utilizadas para la portada de *Reforma* y *Metro*, mientras que las de Neri sólo se fueron a interiores. Por aquella labor, Luis Alberto se llevó la felicitación de directivos y editores.

Aquella mañana, éramos los privilegiados en conseguir la información con inmediatez. Laboramos sin problemas durante 20 minutos e incluso subimos a uno de los camiones bomba del Cuerpo de Bomberos, desde donde se podía observar la magnitud del accidente. En ese momento llegó un equipo de granaderos para retirar a los curiosos y a la prensa. Algunos fotógrafos se quedaron en el camión, de donde fueron retirados por varios policías. Antes de eso, bajé por el lado contrario e intenté quedarme en el área donde estaban los funcionarios, pero dos de los granaderos me descubrieron. Corrí alrededor de la pipa al tiempo que los oficiales me perseguían. Comencé a reír por la absurda situación. Luego intenté evadirlos al dirigirme a la acera de Viveros, pero otros dos granaderos me rodearon para cerrar la pinza y acorralarme. Aunque intentaron derribarme, pude resistir la embestida y los empujé. De pronto los primeros granaderos que me perseguían se unieron y consiguieron arrojarme sobre el cofre de un vehículo estacionado. No paraba de reír.

—Deja de estar de gracioso —me gritó uno de ellos mientras me daba un rodillazo en la pierna.

—Ya estuvo, yo me salgo solo —le respondí.

—¿De dónde eres? —me apretujaban contra el carro.

—¡Del *Reforma*, así que bájale de güevos o voy a hablar con tu jefe, Apollo! —no era necesario completar la amenaza; tan sólo al mencionar que era de *Reforma*, los policías me soltaron.

Salí cojeando del cerco en el que los elementos policíacos resguardaban los 5.5 millones de dólares de basura en los que se había convertido el helicóptero. Después del traslado de los sobrevivientes al hospital, no tenía más por hacer en la zona. Me fui a escribir la nota a la redacción. Mientras confirmaba un dato sobre la visita de Eruviel Ávila al

nosocomio donde era atendido el secretario, Mónica González se acercó a mí lugar para hablarme acerca de mi petición. Después de cubrir el linchamiento en San Cristóbal Nexquipayac, hablé con Mónica sobre la posibilidad de cambiarme a la sección de Cultura.

—Mariano, no he podido conseguirte nada en Cultura. La verdad, dudo mucho que se abra una plaza. De esa fuente nadie se mueve.

—Bueno, pues gracias —respondí con tristeza.

—No, espera. Hay una plaza en Primera Fila. Es una sección de *softnews* de espectáculos, pero ven cosas de teatro y así. Es como la mitad entre Gente y Cultura. ¿Te interesa?

Acepté sin pensarlo. Era una buena oportunidad y debía aprovechar. A pesar de haberme divertido al hacer enojar a los granaderos, había otra parte de mí que se sentía desgastada de aquel comportamiento tan irracional. Me había cansado de imitar el comportamiento agresivo de los judiciales.

Capítulo 5. Lecciones finales y desencanto por *Reforma*

La vieja guardia

Algunos tal vez nunca vivan, pero los locos nunca mueren.

Hunter S. Thompson, periodista y escritor

El espejo más cercano para reflejar una vida dedicada a la nota roja está en los fotógrafos que hicieron época en periódicos como *La Prensa*. En ellos se podía visualizar el grado de éxito o fracaso en esta profesión.

En la sala de prensa de la Procuraduría era común encontrarse a los viejos lobos de la urbe, algunos de los “Once de la Cruz Roja” originales. Los más emblemáticos eran Jaime Vázquez, conocido como JV, y Luis Barrera, quienes compartieron oficinas con Metinides en *La Prensa*. También podría mencionar a Agustín Márquez, Sombra. Todos eran igual de talentosos que el fotógrafo por antonomasia de la nota roja, aunque en aquella época no obtuvieron la misma fama. Ganaron algo de notoriedad en los años recientes (entre 2014 y 2016) cuando un par de medios y televisoras de Francia y Alemania les realizaron entrevistas y reportajes.

Todos los respetábamos, pero algunos reporteros veíamos en ellos el ejemplo de cómo no debería acabar una carrera. Jaime Vázquez se jubiló de *La Prensa* en 2012. Pudo dedicarse a otras actividades en su vejez, al gozar de una pensión bastante digna. Aguantó sólo dos meses alejado de los medios y buscó trabajo en el diario *Impacto*, donde hasta la fecha continúa en la cobertura policiaca a sus 74 años.

Barrera se inició en *La Prensa* el 14 de agosto de 1987, cuando tenía 20 años, como auxiliar y luego se volvió fotógrafo. Casi al mismo tiempo, Salvador Chávez entró a dicho periódico. Ambos aprendieron de fotorreporteros como Carlos Peláez o Rogelio Rojas. Sin embargo, la estrella del diario era Enrique Metinides.

—Bueno, Barrera, ¿a ti te tocó chambear con Metinides alguna vez? —le pregunté.

—¡Uy, no manches! Pinche viejito mamón. A Metinides los jefes le decían que nos enseñara.

—¿Luego qué, era buena onda?

—No. Era muy envidioso y sí, era bueno. Pero todos eran muy buenos en esa época. Yo lo cubría en la R11 de la Cruz Roja cuando Metinides no trabajaba.

—¿Qué te hizo?

—Apenas estaba empezando a revelar y no sabía mucho, pero quería aprender. Una vez me acerqué para que me enseñara y me dijo "yo aprendí solo y no le doy clases a nadie; no soy escuela". Me cayó tan gordo que jamás en mi vida le pedí un favor.

—¿Entonces, por qué agarró fama?

—Te digo que era como aquí que hay buenos fotógrafos en *Reforma* o *El Universal*. Lo que pasa es que él sale de *La Prensa* y ya todos pensaban que se había acabado su carrera. En eso lo empezaron a buscar de Francia y ya empezó a venderse como el mejor fotógrafo de la roja. Creo que eso lo salvó de perderse entre tanto fotógrafo o de acabar como nosotros trabajando hasta viejitos.

Barrera y Jaime Vázquez fueron testigos de eventos que modificaron el rumbo del país como el asesinato de Luis Donaldo Colosio. En la época que ellos vivieron, quien se dedicaba al periodismo era por vocación o por casualidad. Existía una rivalidad marcada entre los pocos periodistas que venían de la universidad y los que se formaron en la práctica.

—Muchos de ustedes salen de la escuela y no saben trabajar —me comentó Jaime Vázquez—. Aquí es de chingarle todos los días. Nosotros no teníamos nada de eso del celular o que nos pasaran las fotos. Teníamos que movernos al asunto y hacernos cuates de los policías para que nos dejaran trabajar. Antes, hasta a la cocina nos dejaban meter; ahora nos corren al final de la calle.

Los cambios en la forma de hacer periodismo, les llegaron a ellos paulatinamente. Aún en el año 2000, solían hacer fotografía con cámara réflex de rollo.

—Antes de que acabara un evento, le marcabas de un teléfono público o lo que fuera al mensajero— recordaba Barrera— y ya para ese momento tenías dos o tres tomas. Nos íbamos con eso. A la primera debías calcular la exposición y la velocidad. No la podías regar porque era gastar película.

El estilo de trabajo de los fotógrafos que hicieron escuela en *La Prensa* o *El Sol de México* de la época dorada no tiene comparación con el de las generaciones que aprendieron en la universidad o con una cámara digital. En Sombra, Salvador Chávez, JV y Barrera, se notaba la precisión y el ojo clínico de quien ha entrenado para minimizar sus errores y lograr un buen encuadre. La desventaja que al menos yo observaba en quienes aprendieron a hacer fotografía en cámaras digitales, era que tenían ilimitada cantidad de fotos almacenadas en la tarjeta de memoria; además de la inmediatez para revisarlas en tiempo real y elegir la mejor

toma. La vieja guardia no podía darse ese lujo. Únicamente, Luis Alberto Vázquez, Panda, era el único fotógrafo joven que conseguía imágenes artísticas con la nota roja. Su visión era similar a la de Metinides. Por supuesto, él llevaba la sangre de la vieja escuela. Era hijo de Jaime Vázquez.

—Él tenía como 15 años cuando me lo llevaba a los asuntos —recordaba JV—. Una vez fuimos a un choque en una carretera. Le dije agarra la cámara, bájate y empieza a tirarle. Era un chamaco y se aventó sin miedo.

En los primeros meses de *Reforma* en la Ciudad de México, uno de los fotógrafos que pretendían llevar al equipo de trabajo de justicia era a Jaime Vázquez. Vivía su mejor época en *La Prensa* y pudo haber aceptado la atractiva oferta así como el salario irrechazable. Él prefirió abrirle la oportunidad a su hijo para que desarrollara su carrera en uno de los diarios que marcaría época. El trabajo de Luis Alberto Vázquez siempre fue impecable. Solía llevarse las portadas de *Metro* y de *Reforma*. La última gran hazaña de Panda había sido conseguir las mejores fotografías del desplome del helicóptero en Coyoacán. Desafortunadamente, un par de meses después, Luis Alberto sufriría un accidente de motocicleta que le dañaría la cadera y la rodilla derecha. Aquello lo mantuvo en incapacidad por un año. Cuando regresó, se le relegó a desempeñar labores de oficina que no involucraban su trabajo fotográfico. Esa era una de las estrategias laborales utilizadas por los directivos de *Reforma* para justificar el despido de un empleado cuando su condición de salud le impedía hacer adecuadamente su trabajo. Vargas soportó por tres meses la situación hasta que en 2013 lo finiquitaron con el argumento de falta de productividad y el no cumplir con las funciones especificadas en su contrato. Pasaron tres años para que se recuperara por completo. Fue contratado por el *PAN* de la Ciudad de México. A principios de 2016 acudió a la Procuraduría para llevarle unas cosas a su padre, ahí lo vi nuevamente llegar manejando una motocicleta.

Los fotógrafos de la vieja guardia, se iniciaban en el periodismo prácticamente al salir de la adolescencia. A los 18 años, Agustín Márquez entró al *Sol de México*, donde conoció a Jaime Vázquez. El espíritu aventurero de Sombra lo llevó del *Sol de México* al *Diario del Istmo* en Coatzacoalcos y posteriormente a trabajar en las plataformas de *Pemex*. A principios de los años 90, regresó al centro del país y trabajó un tiempo en el periódico *El Valle de México*. Con 38 años, en 1995, fue contratado por *Reforma*.

Agustín Márquez se enfocaba en resolver cualquier inconveniente técnico a como diera lugar. Entre las anécdotas que me contaba en los ratos muertos que pasábamos en la Procuraduría, fue la del motín ocurrido en el Reclusorio Oriente. Márquez salió con tanta prisa de la redacción que olvidó llevar consigo pilas para el flash y se dio cuenta al llegar al lugar. Actualmente, las cámaras digitales tienen una resolución tan alta que permite trabajar en condiciones de poca luz, pero en los 90 salir a cubrir un evento sin flash era echarse la soga al cuello. Anocheceía y los peritos estaban a punto de llegar para recoger el cadáver de uno de los reclusos.

Un fotógrafo de *La Prensa* estaba en el sitio y observó a Sombra colocar su cámara en el suelo; a la cámara de Márquez se le podía quitar el prisma para mirar desde la parte superior hacia donde apuntaba el objetivo.

—Estaba viendo con el encendedor para encuadrar —recordaba Agustín—. Luego puse unos cigarrillos abajo para medio iluminar. Ya que tenía el encuadre, puse la cámara en bulbo.

El cadáver estaba en primer plano, los curiosos en segundo y hasta el fondo se podía ver el reclusorio. Entonces, el fotógrafo de *La Prensa* le preguntó a Márquez sobre lo que estaba haciendo.

—Ahorita no me estés chingando, le dije. Es más, si traes flash échale un flashazo al muerto —así lo hizo el fotógrafo—. Ahora uno a la gente y otro al recluso.

El otro fotógrafo no imaginó que estaba ayudando a Márquez a componer una imagen preciosa. Con los flashazos, Agustín captó algunas imágenes barridas y otras congeladas que le dieron a la foto un realismo incomparable. Al día siguiente, esa fue la portada del periódico.

Agustín quería jubilarse al cien por ciento en *Reforma*. Plazo que tenía contemplado para finales de 2017. En septiembre de 2016 le llamé por teléfono para precisar algunos datos sobre su carrera y me dijo que acababa de renunciar, a los 59 años de edad. Desde que convivimos en *Reforma*, me contaba que deseaba restaurar su Vocho y estudiar para cultivar verduras hidropónicas. Es a lo que ahora se dedica en su casa de Morelos.

—Ya no quería estar mentando madres —me dijo—. ¿Para qué quieres que me espere a jubilarme? ¿Qué tal que pasa algún accidente? A los jefes no les importas ni ellos me importan. Lo que quiero es ser feliz con mis hijas, mi señora, con mi familia. Es bien bonito hacer fotografía de nota roja y lo fue en su tiempo. Pero ya no.

Tepito sangriento

Todos sonrían con esa pistola invisible en su cabeza.

Chuck Palahniuk, escritor

Pude haberme dejado llevar por la vorágine de frustraciones, pero siempre hallé alguna motivación en las coberturas diarias. Varias de las más emocionantes ocurrieron en uno los sitios que más fascinación me provoca: el barrio de Tepito, lugar de contrastes. En sus entrañas conviven comerciantes, artistas plásticos, músicos; ha sido la cuna de futbolistas y púgiles famosos. Sus vecindades esconden complejos laberintos donde se distribuyen un sinfín de drogas.

La primera vez que me adentré en el Barrio Bravo fue a los 16 años. Acudí a uno de esos sitios para adquirir medio kilo de marihuana. En otra ocasión fui a comprar aparatos electrónicos y calzado. Los tepiteños saben que no eres del barrio por la forma de vestir o andar; incluso, si se lleva ropa similar a la usada en el barrio, distinguen a quien es ajeno.

Como reportero pude sentir y oler la sangre criminal de Tepito, la violencia que contrasta con todas las personas trabajadoras que día a día arman sus puestos para ganarse la vida. Algunos tepiteños me contaron que las disputas son territoriales y por el control de la droga. Hay dos mundos en esta zona: el primero lo pueblan los comerciantes que llevan toda su vida vendiendo mercancías y transcurre de día; el segundo pertenece a quienes han preferido dedicarse al robo o la venta de droga. Los delincuentes no se agreden con los suyos, sino que van hacia otras colonias a cometer sus atracos.

Bien, al interior de Tepito existe la venta de droga, pero donde el negocio prospera con creces es en las zonas de clase media alta y alta: Roma, Condesa y Polanco son colonias en constante disputa por el control del mercado de la cocaína y otros estupefacientes sintéticos. No es casualidad que ahí se gestaran casos como el ocurrido el 23 de mayo de 2013 cuando fue asesinado Horacio Vite Ángel, alias el Chaparro, y cuyo cuerpo fue hallado con un tiro de gracia a las afueras del bar Black, en la colonia Condesa. La víctima era un narcomenudista. Este primer asesinato derivó en el levantón, el domingo 26, de 12 jóvenes que se encontraban en el bar Heaven, colonia Juárez. Entre los secuestrados, figuraba Jerzy Ortiz Ponce, hijo de un afamado vendedor de drogas de Tepito conocido como Jorge Ortiz Reyes, alias el Tanque. Las investigaciones siguieron varias aristas que incluían nexos con

exagentes de la desaparecida Agencia Federal de Investigación (AFI) e integrantes del cártel de La Unión, y señalamientos al secretario de Seguridad Pública de Yucatán por lavado de dinero a través de la venta de droga. Las pesquisas de la Procuraduría capitalina señalaban a Javier Joel Rodríguez Fuentes, el Javi, quien ordenó el secuestro en represalia por el asesinato del Chaparro. A la fecha está prófugo, mientras los familiares de las víctimas del Heaven continúan exigiendo que se esclarezca el caso.

Hace poco más de una década la venta de droga estaba asociada a hombres y mujeres de entre los 30 y 40 años de edad. Al menos desde el 2010 hasta mi salida de *Reforma* en 2013, los casos de menores de 25 años involucrados en el narcomenudeo se triplicaron. Uno de esos casos ocurrió el 28 de marzo de 2011 cuando un grupo de siete jóvenes fue atacado durante la noche. De acuerdo con vecinos del lugar, los chicos salían de una vecindad ubicada en el número 130 de calle Granada, casi esquina con Anillo de Circunvalación, colonia Morelos. Esa madrugada iniciarían los festejos a San Judas Tadeo, patrono de las causas imposibles y protector de aquellos dedicados a cometer delitos. “Me encomendé a San Juditas para librar el reclusorio”, “No me habían agarrado porque traía la protección de mi Señor”, “Gracias a Él me regeneré”, fueron algunas de las frases que escuché decir a algunos de los detenidos y ex reos a quienes alguna vez pude entrevistar.

Sombra y yo acudimos al sitio del homicidio para recabar algunos testimonios. Me acerqué a varias personas con el fin de saber su versión, pero nadie deseaba ser entrevistado. En la puerta de la vecindad estaba parado un chico de aproximadamente 17 años, llamado Martín.

—Que, chavo, ¿de dónde vienes? —preguntó.

—Del periódico *Metro*. Ando investigando si alguien sabe de la balacera de anoche.

—Está chida la moto que traen. Dámela y te cuento.

Únicamente hice una mueca por la broma de Martín. Él notó mi nerviosismo. De inmediato comenzó a relatarme lo que se comentaba en el Barrio Bravo. Durante la madrugada, siete jóvenes se habían reunido afuera de las tiendas *El Oso* y *El Güicho*. Compraron cervezas y se preparaban, como cada día 28 de mes, para ir a pie a la iglesia de San Hipólito a festejar a San Judas Tadeo. Los testimonios recabados por agentes de la Procuraduría de Justicia hacían referencia a que algunas personas en motonetas pasaron por

el sitio e hicieron un par llamadas por celular. Cuando las víctimas salían de una de las tiendas, llegó un grupo de sicarios en un vehículo.

—Llegaron como cuatro o cinco encapuchados en una camioneta blanca y los rafaguearon sin decir nada —continuó Martín—. Unos se quisieron pelar, pero los alcanzaron a media cuadra para chingárselos.

Me sorprendía la naturalidad con la que Martín relataba. Al final no era ajeno a los constantes ajustes de cuentas o balaceras de la zona. Pudo haber convivido o jugado fútbol con cualquiera de los asesinados y me hablaba de ellos como si describiera el capítulo de una serie televisiva.

—Escuchamos las ráfagas de disparos. Traían unos riflezotes con los que mataron a los cuates —me decía con emoción sádica.

En el lugar fallecieron Saúl Dom Hernández, de 21 años de edad; Ariel Ocampo Arévalo, de 21; Daniel Morales Pérez, de 26; Jonathan Aguinaga Torres, de 28; Alejandro Rosas Pérez, de 19, y Miguel Ángel Rosas, de 20. Irving Martínez Olvera, de 22 años, sobrevivió. Las autoridades hallaron más de 60 casquillos calibres 7.62, pertenecientes a armas AK-47; .223, del AR-15, y 9 milímetros. Las líneas de investigación apuntaron a la rivalidad entre dos bandas, Los Perros y Los Gordos, presuntamente dedicadas a la venta de droga en Tepito.

—Les voy a robar esa moto, me gustó —dijo Martín, mientras Sombra y yo nos subíamos al vehículo. En ese momento volteé para despedirme del chico, quien hizo una seña con la mano como si me apuntara con una pistola. Sonreía socarronamente y su mirada era la de un animal deseoso de sangre. No sentí miedo de la desafiante expresión de Martín, sino de mí mismo porque compartía ese mismo cinismo y gusto por la sangre. También le sonreí.

El tornado, la ciudad y una corbata

*Mantiene a raya la desesperanza: los años le han enseñado
que en el mundo existen cosas que llegan a su destino
sólo dando mucho rodeo.*

Jesús Gardea, escritor

Nada iba bien. La petición de cambio a Primera Fila fue negada. Fueron tres meses en desánimo, después de no lograr el cambio a *soft news*. Bebía casi todos los días. Me había ido a vivir con mi pareja de esa época con el fin de mejorar la relación, pero aquello se iba degradando hasta una inevitable separación que ocurriría un año después. Había días en los que recuperaba algo del ánimo por escribir nota roja. Decidí reflexionar sobre si estar en esa fuente era mi objetivo como periodista. No tenía problema realizar mi trabajo y al mismo tiempo deseaba no encasillarme. Mi personalidad ácida me ayudaba a encajar bien entre los reporteros de la fuente. De cierta manera, había entrado en una perfecta zona de confort. Pero algo me hacía infeliz.

En mis ratos libres intenté retomar un sueño frustrado: mejorar al tocar guitarra y empecé a tomar clases de música, mismas que abandoné al poco tiempo ya que practicaba escasamente. Parte de mi tiempo libre lo dedicaba a escribir narrativa; nada me era completamente satisfactorio. Supuestamente, mis planes adolescentes estaban trazados para que a los 25 años estuviera tocando con una gran banda en escenarios como el Palacio de los Deportes o con una novela publicada. Ninguno de aquellos anhelos se había cumplido. Vamos, ni siquiera cubría mi fuente predilecta: cultura. Cada vez me costaba más esfuerzo llegar puntual a mi horario de trabajo e incluso había días en los cuales ni siquiera me subía a la moto. Me era sumamente tedioso desempeñar mis funciones desde el teléfono y la computadora.

Ver a las mismas personas cada día, en las oficinas de la Procuraduría, le agregaba pesadumbre a la rutina. Estaba harto de las charlas banales de fotógrafos de *El Universal* como Rosalío Huizar o Fernando Ramírez. Observar envejecer en la roja a Jaime Vázquez o a Luis Barrera, me generaba angustia. No quería desperdiciar mis mejores años como periodista en un ambiente así.

A veces me despertaba con buen ánimo. Escogía una linda camisa, una corbata decente y salía para tratar de luchar contra las circunstancias. De hecho, el viernes 1 de junio de 2012, fue uno de esos días que me miré al espejo y sonreí. “Vamos, Mariano, estás en uno de los mejores medios de México; muchos quisieran tener las mismas oportunidades que tú. Aprovecha”. Del closet tomé mi camisa favorita, una azul a cuadros hecha completamente de algodón que había comprado en mi cumpleaños. Para acompañarla, elegí la corbata que compré con mi primer sueldo de *Reforma*.

Como casi todos los viernes, me tocaba la guardia con Agustín Márquez. Gasté tanto tiempo arreglándome que se me hizo tarde. La mañana estaba soleada y decidí ponerme un delgado rompevientos. Cerca de las 14:00 horas, mientras avanzaba en el taxi, observé un cielo plagado de nubes. Podía hallar distintas figuras en el cielo. Cuando llegué a la Procuraduría, me comentaron que Márquez se había salido a un asunto. Le marqué para ver si lo alcanzaba, pero me dijo que únicamente iba a hacer la fachada de un edificio para una nota. Me fui a las computadoras de la sala de prensa a perder el tiempo con Facebook. Llegaba un punto en que sólo dejaba pasar comentario tras comentario, sin leer, sólo dejaba que la pantalla avanzara hasta repetirse una y otra vez. Me recordaba a una época de depresión cuando desperdiciaba las madrugadas observando infomerciales hasta que amanecía.

Transcurrió una hora y Sombra no volvía. Salí a buscar un cigarrillo. Arriba, las nubes algodonosas se habían vuelto grises y compactas. Al caminar rumbo a la tienda, varios golpes de viento helado se estrellaban contra mí. Para las 17:00 horas, Agustín no volvía y pensé que quizá había pasado a comer algo. De todos modos no me interesaba, mientras no ocurriera algo inesperado. La tarde lucía aburrida y la mayoría de los fotógrafos de otros medios permanecían charlando en los sillones de la Procuraduría.

En el techo de las oficinas comenzó a oírse una fuerte lluvia, alrededor de las 17:30 horas. Desde la puerta se apreciaba como uno de los torrentes que cada año azotan a la Ciudad de México y provocan inundaciones. Mi celular sonó. Era Luis Ocampo, Cuervo.

—¿Andas con el Sombra? —preguntó.

—No. Se fue a hacer unas fotos y no ha regresado.

—Necesito que vayas a alcanzarlo o tú muévete por tus medios a Eje Central.

—Pero no traigo impermeable. ¿Qué pasó o qué? —dije sin ánimos. No quería salir a mojarme.

—Muévete como puedas, pero muévete ya —ordenó—. Se cayeron varios árboles sobre Eje Central y necesitamos saber cuáles fueron las afectaciones.

“Es una puta lluvia fuerte. Nada más”, pensé. Me puse el rompevientos para tratar, en vano, de cubrirme. Agarré mis cosas y me dirigí a Eje Central en metro, ya que las vialidades estaban colapsadas. Decidí bajar en Bellas Artes y de ahí caminar hacia la zona de los árboles caídos.

Los oficiales habían cerrado por completo la vialidad. Caminé en dirección norte. Entre Garibaldi y Tlatelolco las calles lucían igual que siempre. Poco a poco fui hallando árboles de raíces fuertes derribados como palillos sobre la banqueta o la avenida. Postes de concreto doblados desde sus almas de varilla. Las sirenas del Cuerpo de Bomberos, de ambulancias, de la Policía, sonaban por doquier. Cerca del Centro Cultural Tlatelolco me encontré con Agustín Márquez.

—Chiquitín, por eso debes de llegar temprano —dijo socarrón—. Ya estoy en chinga desde hace rato y tú apenas vas llegando.

Ignoré su comentario. Llamé a la redacción para enviar mi primer reporte. Varias ráfagas de vientos atípicos y lluvia habían derribado al menos 102 árboles y 8 espectaculares en la zona centro de la Ciudad. Una carpa colocada en el Zócalo se desplomó. Tras enviar mi reporte, subí a la moto y avanzamos lentamente sobre Eje Central.

—¿Y tu impermeable? —preguntó Agustín.

—En mi casa.

—Ahí está bien.

El agua comenzaba a humedecer mi ropa interior. Las botas de policía que había comprado unos meses atrás, ayudaron a mantener mis pies secos. Saqué mi cartera y celular del pantalón; los puse en una bolsa de plástico junto con mi libreta y un libro de Cortázar, luego los guardé dentro de la mochila. La corbata se había arrugado por completo. La camisa se pegaba incómodamente a mi piel. Sombra avanzaba lentamente sobre la vialidad para revisar los daños del atípico tornado que azotó el centro de la ciudad en un lapso de 10 minutos. La barda de un colegio había sido derribada por un árbol. Nos detuvimos para que Agustín hiciera fotos. Ya había pasado el momento más peligroso, pero el viento frío seguía

arreciando. Tiritaba sin control y los dedos se me habían entumido. Volvimos a ponernos en marcha hacia el cruce de Poniente 112 y avenida Politécnico, donde se desplomó el techo de una gasolinera, lo cual causó daños a dos vehículos que cargaban combustible.

Los editores querían tanto la nota como las fotos antes de las 20:00 horas, por lo que Agustín y yo nos refugiamos en una de las taquerías de Poniente 112. Aunque no tenía hambre, decidí pedir dos tacos. Mientras tanto, Agustín seleccionaba las fotos en su computadora. Yo no paraba de tiritar.

—Toma —me dio las llaves de la motocicleta— en la caja traigo un suéter. Quítate esa camisa mojada y pónelo.

—Gracias.

Aunque la mayor parte del tiempo Agustín era difícil de tratar, tenía un profundo sentido del compañerismo. Era sumamente leal a quienes se ganaban su simpatía. Fui por el suéter, luego entré al baño para cambiarme. Frente al espejo no pude distinguir al mismo hombre que en la mañana se había arreglado para salir a trabajar. Mi corbata estaba arruinada. Me sentía patético, una caricatura del reportero orgulloso que alguna vez inició su carrera en *Reforma*. Un par de lágrimas se me escaparon, mas no me permití quebrarme en ese instante. El suéter de Agustín no era el más abrigador, pero ayudó a mitigar un poco el frío. Al salir de la taquería, Sombra encendió la moto y me pidió que subiera. Coloqué la pierna izquierda sobre el asiento, pero la derecha resbaló al pisar la esquina de la banqueta; caí en seco sobre el pavimento.

—Ja, ja, ja. Me hubieras avisado que te ibas a tirar para tener mi cámara lista y sacarte fotos —dijo Agustín Márquez mientras se carcajeaba.

Pude haberme molestado con él, pero me contagió su buen humor. Rara vez Agustín llevaba a alguno de los reporteros hacia su casa; aquella noche me preguntó dónde vivía y me llevó a mi hogar.

Al día siguiente nos llevamos la portada con el tornado, cuya clasificación estuvo en la escala técnica de F0 (uno de los más débiles) con vientos de hasta 65 kilómetros por hora. El extraño fenómeno ocurrió a consecuencia de temperaturas superiores a los 30 grados combinada con una repentina entrada de aire frío y humedad.

Fuimos la revolución, fuimos 132

*Si luchas por la libertad tienes que estar preso,
si luchas por alimentos tienes que sentir hambre.*

José Revueltas, escritor

En el cuarto semestre de la licenciatura acudí a mi primera marcha para conmemorar la masacre de Tlatelolco. Es más, me animé a ir sólo porque debía entregar un reportaje para mi taller de fotografía. Armado con mi cámara me dirigí hacia el Auditorio Nacional el 2 de octubre de 2007, de ahí partiría el contingente del Comité del 68. La idea era hacerle fotos a quienes estuvieron presentes el día de la masacre. Con ellos avanzaban estudiantes del Politécnico y de la UNAM. Mi ignorancia no me permitió reconocer a ninguno de los líderes, a excepción de Fausto Trejo, también logré ubicar a Pablo Gómez únicamente porque había entrado a la política mexicana. Le tomaba fotos a personajes que me resultaban ajenos, a un movimiento que sucedió casi 20 años antes de mi nacimiento. Por mera casualidad, aquella tarde Carlos Monsiváis daba un paseo sobre el camellón lateral de Reforma. Más a fuerza que por elección —al verlo, los fotógrafos y reporteros corrieron a acosarlo— se integró al frente de la marcha. Lucía hastiado. Después de que los medios obtuvieron la imagen del día, Monsiváis caminó una cuadra y lentamente desapareció entre la multitud. No era mi marcha ni mi lucha, pero sentía una deuda con la patria.

Pasaron cinco años para que presenciara el surgimiento de un descontento social que por unos meses cambiaría el pensamiento de mi generación, *millennials* en pie de lucha contra Enrique Peña Nieto durante las elecciones presidenciales de 2012. En las redes sociales se vivió una organización sin precedentes. La Universidad Iberoamericana preparó una serie de conferencias llamadas “Buen Ciudadano Ibero”. El 11 de mayo acudió a dar una plática el entonces candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI), Enrique Peña Nieto. Se trataba de un evento para acercar al personaje con los universitarios. Seguro sus asesores se preguntaron “es una universidad privada, ¿qué podría salir mal?”. La Ibero no es de clase popular o de tendencias izquierdistas, aunque sí de un pensamiento independiente, sumamente crítico e impulsado por jóvenes que veían un retroceso en volver al régimen que gobernó por 70 años al país y cuya alternancia fue desperdiciada durante doce años por el PAN.

Las primeras filas del auditorio José Sánchez Villaseñor habían sido reservadas para el equipo de campaña de Peña Nieto y varios jóvenes escogidos a modo para no cuestionarlo. Pero un grupo de alumnos logró ingresar con el fin de cuestionar al candidato, mientras que afuera del auditorio decenas pedían a gritos que el priista se fuera del campus.

Luego de una hora de tensión, el candidato logró concluir su ponencia sin percances. Entonces, a gritos un grupo de alumnos le cuestionó su actuar en los hechos violentos de San Salvador Atenco, ocurridos durante su gestión como gobernador del Estado de México. Enrique Peña Nieto debió escuchar a sus asesores y salir en ese instante sin dar explicaciones. Ante los gritos que le exigían respuestas, decidió tomar de nuevo el micrófono. “Se utilizó a la fuerza pública en legítimo derecho que tiene el Estado mexicano para restablecer el orden y la paz”, fueron las palabras que desencadenaron una serie de manifestaciones que por poco le cuestan la presidencia. “¡Asesino, asesino!” y “¡Atenco no se olvida!” respondieron los estudiantes dentro del auditorio y las imprecaciones se propagaron. Criticado y vilipendiado, Enrique inició una caminata veloz entre los pasillos de la universidad. Ni él ni su equipo de seguridad habían contemplado dicho escenario; al carecer de una ruta de escape, la única vía que encontró para alejarse de la multitud fue encerrarse en uno de los baños. En su agenda, tenía contemplado acudir a la estación de radio Ibero 90.9 para dar una entrevista. Como pudo salió del baño y en el trayecto a la estación, decidió por fin escuchar a sus asesores y cancelar. La seguridad del presidencial logó trazar la ruta de escape a través de un elevador hacia la zona de estacionamientos.

En cuestión de horas, diversos políticos del PRI y del Partido Verde armaron una serie de reacciones ante los medios de comunicación señalando que el grupo de 131 personas que habían insultado a Peña Nieto era una minoría de porros y acarreados. A la par, los 131 estudiantes de la Ibero elaboraron un video que subieron a *YouTube* el 14 de mayo de 2012 como una manifestación al sesgo informativo. Temerosos de que hubiera represalias, aquel grupo se vio respaldado por millones de usuarios de *Twitter* que se sumaron a la protesta bajo el *hashtag* #YoSoy132. Por primera vez en muchos años, la comunidad estudiantil se unificó. No importaba si se era de la UNAM, del Politécnico, de la Panamericana, de la Ibero o incluso si muchos de nosotros ya habíamos egresado de la licenciatura, nos motivaba frenar el regreso del priismo a Los Pinos.

De pronto los *millennial*, mi generación, en la superficie apática y apartidista, tomábamos la voz, las calles, el internet para oponernos a un discurso que no nos representaba. Se organizaron marchas a *Televisa* Santa Fe y San Ángel. Motivado por la voz de lucha, acudí el 23 de mayo junto con otras 20 mil personas a la Estela de Luz. El 30 de mayo fue organizada la primera asamblea de estudiantes de universidades públicas y privadas en las islas de la UNAM. El 19 de junio se organizó un debate entre los candidatos, al que no asistió Peña Nieto, pues consideró que no existía imparcialidad. Miles nos sumamos en las protestas que abarrotaron Paseo de la Reforma y otras plazas del país. Por algunas semanas, la nación parecía negarse a volver a los años de devaluaciones, crisis económicas, dedazos y corrupción.

Ante los granaderos desplegados para mantener la seguridad o contener algún disturbio, los *millennials* recitábamos versos, regalábamos flores, besábamos a los policías o los abrazábamos en plan de tregua. Éramos jóvenes, idealistas y estúpidos en las expresiones de neohippismo surgidas para detonar la revolución pacífica. Aquello parecía ser la primavera de los mexicanos, la época donde mi generación haría justicia a las víctimas de San Salvador Atenco, de Tlatelolco, del Halconazo de 1971, a Lucio Cabañas... ¡Viva el amor! ¡Viva la democracia! ¡Vivan las redes sociales! ¡Viva la patria! Nuevamente estábamos embriagados de ese idealismo que murió a balazos y desapariciones, de lágrimas convertidas en gritos que año con año, religiosamente oraban a todo pulmón “¡2 de octubre no se olvida, es de lucha combativa!” Dos años después, 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa serían desaparecidos y que la indiferencia de la nación sería la misma que en el 68 o el 71. En México pareciera que vamos en círculos hacia el mismo páramo trágico.

Llegó el día de la elección, el 2 de julio. El PRI volvió a jugar con el hambre de un pueblo ignorante que vendió su voto por despensas, monederos electrónicos, y la imagen de un dandy de la política. Durante toda la semana las manifestaciones en la Ciudad de México y el descontento no se detuvieron. El sábado 7 de julio me hallaba sin ánimos y sin tiempo para salir a la marcha programada esa tarde. Tenía la guardia vespertina.

Para las 14:45 horas ya había ocurrido un homicidio en uno de los departamentos de la unidad habitacional El Peñón, colonia El Paraíso, en Iztapalapa. Ahí estábamos Sombra y yo recabando fotos y datos sobre una balacera en la que murieron tres hombres, luego de una riña por drogas. Mientras tanto, en las inmediaciones de la Estela de Luz, Alfonso Velazco

Gutiérrez, de 29 años, se preparaba para manifestarse en contra de Peña Nieto de forma descabellada.

Regresábamos de Iztapalapa a las 16:00 horas cuando Sombra aceleró sin precaución y rebasó varios autos. Por el radiotransmisor alcancé a escuchar que solicitaban equipo de rescate especial en la Estela de Luz. Tardamos 20 minutos en arribar a la explanada del monumento. Cientos de personas rodeaban la horrible estructura también conocida como la Suavicrema. Por unos minutos pensé que alguien se había suicidado, hasta que le pregunté a los curiosos qué miraban.

—No mames, qué güevotes tiene ese pendejo —me dijo el dueño de un puesto de periódicos—. Yo fui muchos años limpiavidrios y sólo alguien que sabe escalar o es profesional en esto se sube así de fácil.

Volteé hacia lo alto de la Estela de Luz y ahí se podía ver una figura asomada que sostenía una pancarta. Era Alfonso Velazco Gutiérrez, quien estuvo dando vueltas alrededor del monumento hasta que aprovechó una distracción de los policías para escalar la estructura. En un tiempo aproximado de 10 minutos, Velazco Gutiérrez subió los 104 metros de altura. No llevaba equipo ni arnés. Los cuerpos de rescate de la Cruz Roja y del Escuadrón de Rescate y Urgencias Médicas creían que se trataba de un suicida. Cuando logró captar la atención de la gente, el sujeto colocó una manta en la cual se manifestaba en contra de *Televisa* y de las elecciones que favorecieron a Enrique Peña Nieto. En hojas de papel, que arrojó desde la cima, escribió “gente, mejor vayan a descansar, no voy a bajar hasta que me baje Peña Nieto o al menos tenga los huevos y venga”.

El paramédico Adalid López, de la Cruz Roja, subió con arnés y cuerda de seguridad hasta donde estaba el manifestante. Tardó poco más de 40 minutos en llegar. Luego de unos minutos el paramédico logró convencer a Velazco Gutiérrez de bajar, aunque éste rechazó ser asegurado con arnés. A las 18:12 horas bajó sin ayuda.

—¡Yo soy 132! —gritó mientras los policías lo escoltaban hacia la patrulla y todos los que estábamos presentes vitoreamos su osadía.

Transcurrieron los meses sin que el cambio llegara. Pronto, algunos integrantes del movimiento *#YoSoy132* como Antonio Attolini se involucraron en aquello a lo que criticaron y dejaron el activismo; Attolini terminó en *Televisa* y posteriormente como asesor político. Otros transformaron la lucha en proyectos con causa: Rodrigo Serrano (quien produjo el

video que detonó el movimiento) fundó la empresa *Fósforo* que se dedica a ofrecer asesorías de comunicación y publicidad para movimientos sociales y organizaciones civiles. Ignacio Martínez, otro de los que encabezaron el movimiento, desarrolló un medio de información alternativa por internet llamado *Másde131*, que hasta la fecha y de forma muy modesta da seguimiento a temas sociales. Ignacio Rosaslanda se convirtió en un realizador audiovisual dedicado a los documentales con temática social.

—Éramos bastante conscientes de todo el sistema que representaba Enrique Peña Nieto y él era sólo la punta del iceberg de lo que estaba mal en el sistema —dijo Rosaslanda, durante una entrevista que realizó con Javier Risco a 5 años del movimiento—. Hubiéramos fallado si actuáramos como los políticos a los que criticábamos.

—La gente que hace política no sólo son los políticos de los partidos, existe mucha gente que lo hace desde sus comunidades y es posible imaginar otra forma de hacer política desde la esperanza— agregó Rodrigo Serrano, en la charla con Risco, ofrecida el 11 de mayo de 2017 en *El Financiero Bloomberg*.

Los meses finales de 2012 pasaron de la protesta pacífica a ser ensuciados por grupos de choque que se hacían pasar por simpatizantes de *#YoSoy132* o seguidores de Andrés Manuel López Obrador, quien aprovechó para sumar a su causa. La primavera mexicana se enturbió. Los poemas y las flores fueron cambiados por petardos, palos y piedras. No volví a acudir a ninguna marcha por voluntad propia, sino por cobertura periodística. Pero duró poco, ya que en octubre cambié la violencia de la nota roja por la frivolidad del espectáculo.

El 1 de diciembre ocurrieron varios disturbios en San Lázaro y frente a Bellas Artes. Felipe Calderón entregaba hastiado la banda presidencial a un triunfal Enrique Peña Nieto. Yo conducía sobre Eulalia Guzmán mientras escuchaba las noticias de los enfrentamientos. La pasión por reportear me invitaba a dar la vuelta en Eduardo Molina y dirigirme hacia San Lázaro. En el fondo deseaba atestiguar el caos. Entonces apagué la radio. Seguí adelante. Mi realidad era otra. Mi pasión revolucionaria se había extinguido como la del resto de los mexicanos. Un Attolini más entregado al confort, a la suave rutina de cumplir mi rol como cínico patriota. Me esperaba el ensayo para un musical que no recuerdo, con artistas plásticos de quienes escribiría a lo largo de seis meses —no importaba quienes fueran, todos daban las mismas respuestas banales—. Evadí uno de los momentos históricos de la nación.

Dios no está en los bosques

*Dios no existe. Dios es un pretexto, una abstracción
brumosa que cada quien utiliza para sus fines propios
y acomoda a la medida de su conveniencia y de su infamia*

Fernando Vallejo, escritor

Dos de los actos más viles de la maldad me aterran por igual y ni siquiera a las personas que aborrezco les desearía vivir tales situaciones. Uno es el secuestro, por la angustia que representa para la familia y para la víctima porque en todos los casos los agresores lucran con el dolor, con la incertidumbre, la tortura física y psicológica. La violación es otro de los delitos que aborrezco por la saña de algunos criminales y las graves consecuencias físicas y psicológicas que le dejan a la víctima.

El parque de El Colibrí, en la zona norte del parque nacional Izta-Popo, la tarde del jueves 12 de julio de 2012, recibió a un grupo de entre 70 y 90 personas que acamparían el fin de semana en la zona boscosa. Aunque los organizadores pertenecían a las Juventudes Cristianas, no se trataba de un retiro espiritual sino de una actividad de esparcimiento que realizaban anualmente. Pocos años atrás la zona era segura, un sitio visitado por familias que buscaban salirse de la rutina en fin de semana. Era temporada de lluvias, por lo que los campistas habían montado tres tiendas de lona de unos 10 metros de ancho para garantizar un refugio resistente ante las precipitaciones. La mayoría de los integrantes del grupo eran adolescentes de entre 14 y 17 años.

Los turistas atraídos por los paisajes del Popocatepetl eran llevados por las agencias de viajes a zonas más seguras como el Paso de Cortés, La Joya y Los Portillos que se localizaban al sur del parque Izta-Popo. Había quienes, inexpertos al fin, preferían ir a las áreas donde convergen los municipios de Amecameca, Chalco, Tlalmanalco e Ixtapaluca. Desde noviembre de 2011 las autoridades habían dejado de subir a la zona de El Colibrí, ya que la cantidad de caminos que convergían en el sitio eran tantos que resultaba complicado perseguir a los asaltantes.

Aquel jueves la tarde era gris, aunque la lluvia les había dado a los chicos una tregua para explorar el área, jugar futbol o amainar un poco el frío al acercarse a las fogatas. Alguien los observó llegar. Sabía cómo entrar y salir de aquel claro sin ser perseguido. Vigiló durante

un par de horas al grupo de campistas para evaluar la cantidad de personas que se necesitaba para rodearlos y en qué momento iniciar el asedio. Quizá alguno de los campistas lo vio, pero el extraño lucía como cualquier poblador que caminaba por el lugar.

De 2010 hasta el 2012, la zona oriente del Estado de México se había transformado en un territorio donde sólo imperaba la ley de los cárteles y el crimen organizado. Municipios como Chimalhuacán, Nezahualcóyotl, Ixtapaluca y aquellos que colindaban con Puebla se habían plagado de grupos como La Familia Michoacana, La Mano con Ojos, los Zetas, así como criminales locales de poca monta que aprovechaban la ingobernabilidad para cometer asesinatos, secuestros, extorsiones y toda clase de delitos.

La mayoría de los jóvenes dormía en el interior de las carpas. Nadie escuchó el ruido de los motores que movían lentamente las ruedas de al menos cinco camionetas que atravesaban el lodazal. Alguna vez escuché que Dios abandona a las tres de la mañana porque es la hora más oscura de la noche, la hora en la que los demonios se acercan más al mundo. De aquellas camionetas bajaron 17 sujetos; iban armados. Se escucharon varios disparos. En cuestión de segundos el grupo de campistas fue rodeado por los asaltantes. Algunos de ellos obligaron a entregar a todos su dinero, pertenencias de valor y celulares —no importaba mucho, la señal no llegaba hasta el paraje—. Todos los hombres fueron separados del grupo y llevados a una de las tiendas, donde permanecieron encañonados. La atención de uno ellos se centró en una de las chicas; la arrastró hacia una de las tiendas donde la amenazó con matarla.

—Uno de ellos indicó que le había gustado una de las mujeres, por lo que abusó de ella, motivando a otro de los delincuentes, hasta consumir las cinco violaciones— declaró el procurador del Estado de México, Alfredo Castillo.

Los cómplices tomaron a siete de las campistas, dos de ellas menores de edad.

—Mi hija está mal, está angustiada, está temerosa— relató una de las madres de las niñas —. La verdad ella no quiere saber de nada, fue muy traumatizante para todas las chicas porque lo que vivieron no es para menos, fueron amenazadas y estuvieron oyendo y viviendo algunas situaciones.

Las chicas fueron llevadas a otra de las tiendas. Uno a uno, los agresores se turnaron para tocarlas. A algunas de ellas las desnudaron. El silencio de la noche fue roto por los gritos, por el llanto de las niñas que fueron violadas durante el resto de la madrugada.

—Fue ella una de las que atacaron— comentó la mamá de una de las menores de edad—. Ella no fue ultrajada, pero sí le tocaron sus partes privadas.

Tal vez alguno de los chicos trató de levantarse para pelear, pero recibió un cachazo para frustrar su valentía. Los disparos al aire eran otra advertencia de que cualquier intento de convertirse en el héroe acabaría en asesinato. Poco antes del amanecer las jóvenes fueron llevadas de nuevo con el grupo de campistas. Nadie podía salir sino hasta que las camionetas se hubieran alejado por completo. Los criminales no partieron por el mismo sendero por el que llegaron, tomaron otra brecha hasta perderse en el bosque.

—Alguien que no sea de la zona o que no sea montañista no conoce los parajes para actuar como ellos actúan y por supuesto que hay caminos bien marcados por donde cualquiera puede saber quién entra y quién sale— declaró Ulises Barrientos Juárez, en aquel entonces jefe de la Brigada de Rescate del Socorro Alpino de México.

Por la mañana, algunos de los integrantes del campamento caminaron hasta llegar a la autopista México-Puebla, al poblado de Río Frío, donde pidieron ayuda.

Las notas que daban cuenta de los robos a montañistas siempre parecían casos aislados que no iban más allá del asalto con violencia. Sólo los medios locales publicaban notas sobre las agresiones. Las autoridades municipales pretendían mantener lo sucedido en El Colibrí como uno más de esos casos aislados. Fueron los mismos familiares de las víctimas quienes buscaron a los reporteros de medios más grandes para darle eco a la noticia. Una de las primeras reporteras en enterarse de lo ocurrido fue mi compañera Cristina Hernández, quien de inmediato se trasladó a la Fiscalía de Ixtapaluca para recabar los testimonios de las mamás de las jóvenes que sufrieron abusos. Gracias a Cristina, *Reforma* tenía la información exclusiva y de primera mano. Faltaba hacer un recorrido al lugar del crimen para completar la historia.

Ninguno de los reporteros o fotógrafos de nota roja sabía del lugar preciso donde se encontraba El Colibrí ni cómo llegar. La tarde del jueves me llamó Pedro Terán para pedirme que dejara cualquier cosa que tuviera pendiente y me dirigiera con Agustín Márquez al campamento.

—¿Tú sabes dónde es la K6 de lo de las niñas violadas, Sombra?

—No, chiquitín. A mí sólo me dijeron que era por allá en la México-Puebla pero no sé ni en qué kilómetro —respondió Márquez.

—A ver qué saco; dame chance de investigar —le marqué a uno de los paramédicos de Capufe que cubría la zona de la autopista a Puebla.

—Nos hemos enterado, que ya es de tiro por viaje, que suben familias, cada ocho días, y son asaltadas por un comando— me respondió.

—Sí, eso ya lo sé —dije—. ¿Pero no supiste nada de lo de un campamento de cristianos a los que asaltaron?

—Creo que sí, pero lo cubrió la municipal. Yo sólo supe que en la mañana subieron a la zona de Río Frío, pero no han bajado.

Con eso era suficiente para tener una referencia y empezar la búsqueda. Agustín y yo avanzamos hasta el kilómetro 40 de la autopista México-Puebla, donde hay un pequeño poblado que funciona como paradero de camiones. No paraba de llover y la mayoría de los locales estaban cerrados. Los pocos pobladores que había a la vista nada sabían de lo ocurrido. Eran aproximadamente las 15:00 horas, pero las nubes hacían parecer que pronto anochecería. Vimos la entrada de una zona que parecía utilizada para recreación. Nadie vigilaba el acceso y subimos con la moto hasta una vereda que nos fue internado al bosque.

—¿Crees que por aquí sea, chiquitín? —preguntó Márquez.

—Pues si no es, vamos a avanzarle antes de que se nos vaya la tarde y nos agarre la noche aquí.

—Yo creo que sí. Igual y más adelante encontramos patrullas o algo.

Anduvimos el sinuoso camino con las llantas de la moto derrapando en el lodo. Estuvimos a punto de caernos en tres ocasiones pero logramos equilibrarnos. Cuando creíamos llegar a un claro del bosque que nos revelaría el punto exacto, nos hallábamos en una intersección donde las veredas se abrían hacia distintas zonas del bosque. Tomábamos una y terminábamos volviendo en círculo. Seguíamos por otra y acabábamos a orillas de una zona rocosa por donde corría un riachuelo. El lodo no nos permitía recorrer a gran velocidad el área. Efectivamente, sólo los pobladores o el comando de agresores conocían la ruta.

Una de las veredas nos llevó hasta un campamento de la Cruz Roja. Creímos que ahí hallaríamos a algún rescatista que nos pudiera proporcionar más datos. En cuanto bajamos de la moto la lluvia arreció. Caminamos hasta la entrada de la cabaña principal. A través de las ventanas polvorientas no se observaba persona alguna. Tocamos varias veces, pero nadie respondió. Imaginé a los chicos que se aventuraron a salir de El Colibrí para pedir ayuda;

quizá al mirar el campamento de la Cruz Roja sintieron alivio de hallar paramédicos que pudieran brindarles auxilio. Luego el miedo y la frustración los volvió a invadir al hallarse en un sitio abandonado y en el que fácilmente podrían ser vigilados por los delincuentes. Contemplé a la lluvia desgranarse sobre el pasto, me dejé rodear por el olor a pino; todo era verde y palpitaba a mi alrededor la calma que brinda la naturaleza. Hubiera sido un bello lugar para sentarse a escribir una novela policíaca.

Cuando dejó de llover, hicimos un intento final. Eran las 17:00 horas y habíamos estado recorriendo cerca de nueve kilómetros sin dar con el sitio. Ni una persona hallamos en el camino. Cuando los principios básicos del periodismo no sirven para nada, lo más confiable es ser estúpidamente necio. Así fue como después de media hora de perdernos entre más senderos llegamos hasta El Colibrí. Desde lejos pudimos ver las tres carpas, un camión de redilas estacionado junto a tres camionetas de la Policía Municipal y diez policías que observaban a otro grupo de cinco hombres que iban y venían de las carpas. Los policías de inmediato se acercaron para preguntarnos qué estábamos haciendo ahí. Para evitar problemas, les mostramos de inmediato nuestras credenciales del *Reforma*.

—Son los primeros que llegan hasta acá —dijo el comandante de la unidad—. Si quieren entren a ver las carpas, pero ya no hay mucho. Vinieron los peritos y ahorita sólo estamos custodiando a los familiares para que se lleven las cosas antes de que anochezca.

—¿Podemos hablar con alguno? —pregunté.

—Pues pregúntales a ver si te quieren contar algo.

Entré a las carpas. Aún había cobertores, cobijas, ropa desperdigada por doquier. Imaginé los rostros de angustia de los campistas, los disparos en medio de la noche, los gritos de las chicas mientras les apuntaban con las armas. Las horas de angustia. Lo más cercano a sentir ese vacío es estar en la escena del crimen tratando de reconstruir la imagen completa. Los policías me comentaron que en esa carpa, la más grande de todas, habían mantenido sometido a la mayoría del grupo. Fuimos a la carpa de al lado, donde aún había algunos sostenes y ropa interior femenina tirada entre el pasto y bolsas para dormir; ahí fue a donde llevaron a las chicas para abusar de ellas. Quería llorar de rabia. No pude estar más de cinco minutos adentro de las carpas. No me quedaban ganas de hablar con los familiares. En casi tres años de cobertura policíaca había visto destazados, atropellados, cuerpos desfigurados,

narcotraficantes morir. Ya no podía cargar con más violencia en mi alma. Por primera vez me sentí asqueado de la humanidad y del periodismo policiaco.

Esperé a Agustín en la moto. La tarde moría y los policías subieron a sus patrullas. Avanzaron dejándonos atrás. Tratamos de seguirles el paso, pero las llantas de la moto estaban atascadas de lodo y se habían alisado por lo que patinábamos con mayor frecuencia. Ya era de noche cuando a medio camino la moto resbaló por completo y caímos sobre el lodo. Yo terminé en el suelo primero; Sombra y la moto quedaron encima de mí.

—No manches, Búfalo. Me hiciste un parote —dijo Agustín mientras seguía encima de mí.

—¿Por qué, cabrón? Tengo la moto encima de la pierna.

—Porque caí en blandito. Estás todo acolchonado. Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja. Chinga tu madre y quítate de encima.

No paramos de carcajearnos en medio del bosque mientras tratábamos de poner la moto de nuevo en pie. No paramos de recordar aquel tonto accidente en todo el camino de regreso. Agustín nunca se cansa de contar esa anécdota y espero que siempre la siga recordando en las reuniones. Aquella noche le di un abrazo de camaradas. Ninguno de los dos lo sabía aún, pero sería un abrazo de despedida.

Dios no existe. Quizá. Nos inventamos esperanzas para no sentir el vacío de la crueldad. La noticia afectaba directamente al gobernador del Estado de México, Eruviel Ávila, quien no podía bajar los índices de inseguridad en su entidad. Otros crímenes similares pasaron inadvertidos, pero el escrutinio público había alcanzado nivel nacional. A Eruviel Ávila y al procurador estatal Alfredo Castillo les convenía resolver el caso lo antes posible. Para el 19 de julio ya había 17 personas detenidas por el ataque.

La lista de nombres apuntaba a una familia completa dedicada al crimen. Primos y hermanos que no se tentaron el corazón para agredir a menores de edad. Mujeres criminales que permitieron la violación de otras mujeres. Policías en activo sin sentido de la justicia. Erica Ruperto Cadena, Mariana Castillo Cadena, Jaime Pérez Cadena, Rodrigo Castillo Cadena, Andrés Castillo Estrada, Juan Valentín Romero Hernández, Hugo Martínez Martínez, Juan Delgadillo Hernández, Trinidad Hernández Flores, Marcos Hernández Morales, Álvaro Hernández Villalpando y Rodrigo Velásquez Flores. También estuvieron involucrados el exmilitar y expolicía Paulino Cadena Estrada; el agente en activo, José

Trinidad Hernández Villalpando; los policías municipales de Chalco, José Marcos Estrada García y Jesús Castillo Cadena.

A los detenidos se les decomisaron seis armas, una carabina tipo Winchester, un rifle calibre 22, tres pistolas de fabricación casera, un rifle de diábolos y un cuchillo. Originarios de Santa María, municipio de Chalco, conocían la zona a la perfección y se dedicaban a asaltar a turistas que acampaban en las zonas aisladas del bosque. En su defensa alegaron que habían salido a cazar animales.

Dios no existe. A pesar de esa certeza, aquel fin de semana mientras me embriagaba en casa, solitario, rogué que acabara esa profunda tristeza que me carcomía. No más violencia, no más muerte. Dios no existe y aún entre lágrimas me fui durmiendo mientras le pedía una oportunidad para salir de aquel vacío o acabaría suicidándome.

La última nota antes del cierre

...y jamás después fueron los cielos tan altos,
tan hondos, tan puramente azules.

Ricardo Garibay, escritor

Mientras otros compañeros de la fuente habían elegido estar ahí o lo deseaban desde sus inicios como reporteros, yo nunca quise llegar ahí ni estaba en mis planes. Ni siquiera quería ser periodista como tal, sino escritor y escogí esa profesión como un puente hacia el mundo de la literatura. Incluso compañeros como el fotógrafo Salvador Chávez, el Ratón, me llegaron a comentar que yo no estaba hecho para esa fuente.

—No, Manguitas, como que yo no te veo aquí en la moto mucho tiempo —me comentó el Ratón.

—No mames, si ya estoy bien curtido en estas cosas —respondí.

—Pero no se ve que sea tu onda. No lo disfrutas. Y la verdad, yo te veo con talento para hacer mejores cosas.

—Ah, chinga. ¿Como qué?

—Tú te ves con talento para llegar más lejos, no sé. Te vez como para reportero de política, de tele o para estar en puestos de editor. Tienes ese olfato para hallarle a la carnita de las notas y la facha como de intelectual. No sé, qué haces perdiendo el tiempo en la nota roja. Tú deberías estar escribiendo libros.

A Chávez nunca le había contado sobre mis deseos por ser escritor, pero sabía leerme muy bien. Algo en sus palabras comenzó a darle sentido a mis pensamientos. Más allá del comentario de Salvador, hubo varios episodios que me marcaron desde el principio y nunca pude superar. El primer accidente que cubrí, en el que murió un bebé al salir proyectado del automóvil; también soñaba una y otra vez con la escena del bebé que cayó de la carriola y fue aplastado por el tractocamión. Ni siquiera Eloísa, mi novia de aquella época, sabía que todas las noches llegaba a mi departamento para beberme una botella de vino y fumar marihuana para sentirme un poco aliviado. A veces, sin razón, me despertaba llorando. Otras, en medio de la embriaguez alucinaba con los cadáveres mutilados de los narcomenudistas que me tocó cubrir. Entre los años 2012 y 2013 tuve dos episodios violentos en los que terminé destrozando la mitad de mis pertenencias, el lugar donde vivía y la relación con

Eloísa. Acudí a un par de terapias psicológicas, pero no eran suficientes. Nunca supe cómo manejar aquel estrés y tampoco lo hablé con mi familia. Después de cubrir la violación múltiple a las niñas del campamento, sabía que era momento de buscar otra fuente u otro medio. Pude haber aguantado o propuesto nuevos temas para escalar en la sección hasta convertirme en reportero de fuente como Arturo Sierra. Tal vez ir más allá e intentar ser coeditor.

Mi mente estaba sumamente agotada y más que una oportunidad de crecimiento, requería un cambio drástico. Conocí a Allan Sosa cuando él trabajaba para *El Gráfico*. Además de ser un buen compañero de trabajo, me ayudó a superar varias depresiones con una sola frase: el universo es sabio, lo que pidas te dará y lo que no necesitas, te lo quitará. Al principio me costaba trabajo comprender aquella premisa, ya que siempre he sido terco en mis aspiraciones y suelo forzar situaciones que requieren de paciencia y que alrededor todo se ajuste. Sí le pides al universo con suficiente fuerza, en algún punto te dará lo que deseas.

A mediados de agosto de 2012 me encontraba en la redacción preparando un especial. Hacía lo posible para no subir a la moto. A veces sólo rescataba mis notas. Para calmar un poco el hambre fui a una de las máquinas de snacks que se encontraba cerca del área de Talento y Reclutamiento. En el camino me encontré con Mónica González, quien me sonrió y me miró con complicidad.

—Te iba a marcar para que vinieras, pero qué bueno que nos encontramos —dijo.

—¿Si? De qué trata.

—Te tengo una buena noticia, aunque no sé si te interese. No se pudo conseguir nada para ti en Cultura, pero se abrió una plaza en espectáculos. ¿Te interesa?

—Podría intentar a ver qué tal. Yo creo que sí —me sentí emocionado porque se abría una posibilidad de cambio.

El proceso de transición tardó dos semanas y para septiembre ya se había liberado la plaza en Gente. Entonces hablé con Pedro sobre la decisión de cambiarme de fuente.

—Pero, ¿tú en Gente? —preguntó contrariado—. Se me hace muy raro y extremo el cambio, pero si así lo quieres no veo ningún problema.

—Es una oportunidad que quiero tomar. Eres una gran persona como jefe y en general la mayoría de ustedes han sido compañeros de trabajo sin igual. Sólo quiero conocer otras facetas del periodismo.

—Eso está bien. No se diga más y déjame ayudarte.

Pedro tomó el teléfono para marcar directamente a la extensión de Adriana Garay, la directora de *softnews*, y le comentó que había un reportero interesado en pasarse a su sección.

—Te lo recomiendo. Es un chico que trabaja bien y es esforzado —dijo Pedro—. Ahorita le comento que baje a verte. Gracias.

Le agradecí a Pedro. Luego fui al área de Gente para hablar con Adriana Garay.

—Es raro. Nunca había tenido un candidato de Justicia que se quisiera mover para acá —comentó.

—Pues a mí me interesa cubrir la fuente y aprender otras formas de ejercer el periodismo.

—Te tengo que advertir que es una fuente difícil. Todos creen que por ser *softnews* vas a estar viajando o a conocer a todas las estrellas de cine. Igual creen que por ser nota rosa se reporta a la ligera. No vayas a creer eso. Aquí tenemos un ritmo de trabajo muy exigente.

—Estoy aquí porque quiero el reto.

La emoción de la novedad nubló un poco mi pensamiento. No quería desaprovechar la posibilidad de cambio. Garay me advirtió desde el principio que era un trabajo duro. En ese sentido cometí un error básico: un reportero debe investigar todo y cruzar versiones antes de dar por sentado lo que va a publicar. Eso debí aplicar a mi decisión. No investigué con otros compañeros cómo era el ambiente en Gente y por qué se habían ido tantos reporteros en pocos periodos de tiempo. Tampoco quise averiguar sobre las personalidades o la forma de trabajar de los editores. A ninguno de mis compañeros les dije que me cambiaría de sección. Quizá algunos de ellos me dirían que trabajaría más de doce horas diarias; también, que mis agendas acabarían con mi vida privada porque cubriría hasta cinco eventos diarios más un concierto o presentación en la noche. En mis “ratos libres” debía estar en las oficinas de *Reforma* para redactar o por si surgía algún bomberazo. Si en la sección de Justicia tenía la libertad de irme a casa cuando acabara los pendientes, en Gente sólo se podía salir de las oficinas para las coberturas y los descansos de fines de semana que a veces no eran respetados.

Si hubiera investigado quién era Hugo Lazcano, el editor de la sección y mi jefe directo, hubiera rechazado el cambio de sección. Él era una persona prepotente y negrera que disfrutaba al humillar a sus reporteros. Me diría frases devastadoras como "No sé cómo entraste a *Reforma* si no sabes hacer bien tu trabajo. No tienes madera de reportero". Aquellas palabras me harían sentir miserable y fracasado al punto de cuestionarme si realmente debía seguir ejerciendo el periodismo. La combinación hiriente de aquellas palabras y la ira que despertaron en mí, por poco y me llevan a golpear a Lazcano. Salí del periódico. Fui hasta la fuente de la plazuela de enfrente y me solté a llorar de rabia.

Desde octubre de 2012 hasta el 3 de abril de 2013 permanecí en espectáculos. Luego de la discusión con Hugo Lazcano tomé la decisión de renunciar. Pasaron otros seis meses tras la salida de *Reforma* para reponerme de la depresión que me causaron sus palabras. Cuando había decidido salir del desempleo y buscar otras oportunidades en algún trabajo sin relación con los medios, conseguí un chance de probarme en el periodismo y en la misma fuente que un día dejé, la policiaca. La socorrida frase "reportero sin suerte, no es reportero" siempre ha valido para mí. A principios de septiembre de 2013 caminaba sobre Paseo de la Reforma justo frente a las oficinas de *El Universal*.

—Mangas, ¿cómo te va? —me dijo alguien a distancia. Era Rosalio Huizar, jefe de fotógrafos de *El Gráfico*.

—Qué onda, pues aquí vagando un rato.

—No manches. Qué bueno que te encuentro. ¿Todavía le haces a la reporteadá?

—Pues últimamente no. Ando sin chamba desde hace unos meses, pero no sé si volver.

—Fíjate que se va a abrir una plaza. Se va Allan Sosa y necesitamos a alguien que lo cubra. ¿Por qué no te vienes para acá?

Ya fuera el destino, el universo, la suerte de reportero, una vez más se abrió la posibilidad de seguir ejerciendo mi carrera. Acepté la propuesta y el 10 de octubre de 2013 entré a trabajar a *El Gráfico* de *El Universal*.

A nadie más que a Pedro Terán le avisé cuando me cambié a espectáculos. De ninguno de mis compañeros me despedí. De igual manera, la tarde del 3 de abril llegué a las oficinas de *Reforma* luego de cubrir mi último evento. Saludé a todos con alegría, incluido a Hugo Lazcano. La última nota que escribí fue sobre Matt Hunter, un cantante de pop

adolescente, que seguí durante todo un domingo de su hotel a las pirámides de Teotihuacán; hice las fotos, la entrevista y resultó ser la nota que mejor desplegaron en toda mi permanencia en Gente, a media plana. Después de acabar la nota, subí al piso donde estaba Justicia para despedirme de Pedro Terán.

—¿Cómo va tu tarde, Pedro?

—Mariano, qué gusto —me dijo, alegre y sincero como siempre—. Ya sabes, con muchos pendientes. Siéntate. ¿Qué te trae por acá?

—Gracias. Sabes, no se pudo.

—¿Cómo?

—Sí, lo intenté, pero no logré adaptarme.

—Yo diría que no te rindas. Que le eches más ganas y les demuestres tu valía a tus jefes como lo hiciste aquí.

—Creo que ya es tarde para eso, Pedro. Ya presenté mi renuncia en recursos humanos. De hecho, sólo vine a darte las gracias por la oportunidad que me diste para trabajar aquí. Tienes un gran equipo y eres uno de los jefes que más aprecio.

Nos dimos un abrazo. Caminé por última vez por las oficinas del periódico y utilicé las escaleras para bajar a la planta baja. En el camino vi a algunos compañeros a quienes saludé como de costumbre. Tomé mi mochila y me encaminé a la salida del edificio. No sentía ira. Quizá la emoción más cercana era la melancolía. Me quedé un rato observando hacia el portón de madera del periódico *Reforma*. Quizá de alguna u otra forma volvería en un par de años, pensé. Me aguardaba un atardecer violáceo y naranja, colmado de esponjadas nubes. La humedad del aire acarició mi rostro mientras me alejaba.

Conclusiones

El Periodismo puede observarse desde dos ángulos: la postura académica y el ejercicio de la profesión. En esta tesis se abordó, por medio de la crónica, la dificultad del recién egresado al enfrentar los retos de la vida laboral como reportero de nota roja. Si bien las bases académicas funcionaron en los principios básicos del reporte, no todas las materias del plan de estudios de Ciencias de la Comunicación sirven como complemento o base para la vida laboral. En ese sentido, se requiere además del estudio especializado de temas que podrían brindar al estudiante mayores herramientas para desarrollar óptimamente su trabajo.

Existen materias que bien podrían homologarse para estudiarlas en tronco común, lo cual permitiría a los estudiantes de Periodismo especializarse en más áreas específicas de su especialidad. Por ejemplo, Economía y Comunicación al igual que Geopolítica y Comunicación podrían unificarse dentro del plan de estudios para cursarse en un semestre; el entorno global actual se puede entender desde ambas perspectivas. Dentro de la materia Introducción al Estudio de la Ciencia deberían incluirse las primeras bases de las Teorías de la Comunicación. ¿Lo anterior con qué fin? En el entendido que los estudiantes deberían ingresar a la licenciatura con conocimientos básicos (previamente estudiados en la preparatoria) de historia, ciencia e investigación metodológica, las materias que presenta el tronco común tendrían que funcionar como un refuerzo del conocimiento previo y no como un aprendizaje desde cero.

Estado, Sistema y Poder Político, así como Psicología y Comunicación deberían ser sustituidas o modificadas para especializar a quien busque ejercer el periodismo. Dentro del programa, se sugiere tres materias indispensables que podrían dotar de mejores herramientas al estudiante de Comunicación. Como parte de Estado, Sistema y Poder Político —incluso como una materia por sí misma— debería incluirse Derechos Humanos. En el ejercicio del periodismo de nota roja, al igual que en otras fuentes como política, hacen falta herramientas para los estudiantes que buscan desarrollarse en esos terrenos. Sí bien Estado, Sistema y Poder Político busca abordar términos generales sobre legislación y la coyuntura política de México, no aborda a profundidad temas de género, violaciones a derechos, legislaciones que protejan a las minorías, etcétera. El estudio de las garantías individuales, los procesos en materia de género, el actuar de las instituciones, deben formar parte del conocimiento del

alumno de periodismo. En la práctica —como se ejemplificó a lo largo de esta tesis— cuando se empieza a reportear se cuenta con conocimientos básicos de los géneros periodísticos, pero no con una base que permita comprender los procesos legales al momento de estar en una escena de crimen o de cubrir un proceso penal. El periodo en el que se sitúa esta tesis (2010 a 2013) no contempla las modificaciones al Sistema de Justicia, pues a partir de 2015 comenzó a implementarse parcialmente el Sistema Penal Acusatorio y en 2016 alcanzó su totalidad en todos los procesos penales. Por ejemplo, el resguardo de una escena o la lectura de los derechos que tiene un acusado no se llevaba a cabo con estricto apego legal antes de 2015. Dentro de las violaciones a los derechos del detenido, el simple hecho de que no se le mencione que puede permanecer en silencio y se le otorgará un abogado, además señalar el delito del que se le acusa, puede afectar en su totalidad el juicio. Las filtraciones de videos, evidencia o testimonios a los medios de comunicación no se tomaban en cuenta para afectar el proceso penal; hoy en día cualquier evidencia que sea filtrada y publicada en los medios, es automáticamente desechada por el juez. Otro ejemplo es el delito de Femicidio, que fue tipificado en el Código Penal Federal apenas en 2012 y en muchos de los casos de violencia contra mujeres no se investiga de forma adecuada. En 2017 se integró el Sistema Nacional Anticorrupción que busca ser un contrapeso a uno de los problemas más graves y arraigados del país. Cada uno de estos ejemplos, se aprendieron durante la práctica de la profesión no con teorías ni en las aulas.

Si bien muchos de estos conceptos son posteriores al egreso de la licenciatura (2005-2010), significa también que las leyes y en especial el tema de derechos humanos está en constante evolución y cambio. Si en la universidad no existe un estudio de las bases en dicha materia, el alumno egresa con carencias que lo limitan en su vida profesional. El avance de derechos humanos en México obliga a que el profesional de la comunicación esté en constante actualización. En la mayoría de los casos, los periodistas comienzan a especializarse en esos temas hasta que cubren la fuente o se empapan de temas coyunturales. A lo largo de la carrera no existe una materia que ayude a facilitar esta especialización o al menos a conocer cómo actuar conforme a derecho al momento de realizar una cobertura.

Cabe destacar que dentro de la materia de Derechos Humanos se debe incluir el propio estudio de la libre expresión y la protección a periodistas. Según investigaciones de *Reporteros Sin Fronteras*, México ocupa el tercer lugar de los países donde ser periodista es

una profesión de alto riesgo, por debajo de Siria y Afganistán. Entre los años 2000 y 2017, la organización *Artículo 19* ha contabilizado 105 casos de periodistas asesinados en nuestro país. Uno de los sexenios más violentos para los periodistas fue el de Felipe Calderón, en el que se registraron 48 homicidios de comunicadores. En la gestión de Vicente Fox hubo 22 homicidios; mientras que en el sexenio de Enrique Peña Nieto, suman 32 periodistas muertos.²⁶ Uno de los asesinatos que más se estudia en la carrera de Periodismo es el de Manuel Buendía; el hecho adquirió relevancia porque involucraba a personajes del gobierno encarnado en el director de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), José Antonio Zorrilla Pérez, como autor intelectual y al agente Juan Rafael Moro Ávila como el que disparó a Buendía²⁷. Sin embargo, fue un homicidio ocurrido en 1984. Han pasado más de 30 años y —aunque no debiera dejar de estudiarse el hecho— en las aulas se estudia poco o de forma nula sobre los homicidios contra periodistas que han ocurrido en la historia reciente del país.

Es necesario que se estudien los casos de personas como Miroslava Breach, corresponsal de *La Jornada* en Chihuahua, quien fuera tiroteada en marzo de 2017 al salir de su casa; ella había recibido amenazas por sus denuncias contra el narco y su activismo. También está el caso de María Elizabeth Macías Castro, periodista tamaulipeca que en septiembre de 2011 fue hallada decapitada en la carretera que va a Nuevo Laredo; la habían amenazado por la información que denunciaba de manera anónima a través de redes sociales. Hasta la fecha sigue sin esclarecerse el homicidio del fotoperiodista Rubén Espinosa, quien huyera del estado de Veracruz por supuestas amenazas del entonces gobernador Javier Duarte; el 1 de agosto del 2005 su cuerpo fue hallado en un departamento de la colonia Narvarte, en la Ciudad de México, junto con cuatro mujeres asesinadas. Otro caso de estudio podría ser el del periodista y escritor Javier Valdez, quien era corresponsal de *La Jornada* en Sinaloa y había ganado el Premio Internacional de Prensa en 2011 por el libro *Los Morros del Narco*; fue asesinado el 15 de mayo de 2017. Estos son sólo algunos de los casos que mayor relevancia han tenido en los últimos años. A partir de estos casos se puede no sólo elaborar diversas tesis de investigación relacionadas con la violencia y el periodismo en México, sino que se puede llevar al estudiante al estudio de las leyes de protección a

²⁶ “Fiscalía de delitos contra la prensa, rebasada: Artículo 19”. Periódico *El Financiero*. Nota publicada el 16 de mayo de 2017.

²⁷ Esquivel, Jesús. “El caso Buendía, ligado al de ‘Kiki’ Camarena”. Revista *Proceso*. Número 1953, publicado el 5 de abril de 2014.

periodistas, qué fiscalía especializada de la Procuraduría General de la República se dedica a la investigación de estos delitos, cuántas organizaciones defienden a los comunicadores en el país.

A lo largo de la carrera se estudian los distintos manuales para elaborar notas, crónicas, reportajes, material técnico que incluso en la práctica se puede aprender; pero no existe un manual, un estudio concreto de la realidad violenta que se vive en la profesión y resulta indispensable que los estudiantes se mantengan al día en temas que quizá afecten su labor diaria o que pongan su vida en riesgo.

Si bien la materia de Psicología y Comunicación funciona para entender teorías sobre los comportamientos humanos, podría ser complementada con un taller de Ética. En la licenciatura se analiza en materias como Géneros Periodísticos la importancia que tiene para el periodista tener ética profesional, aunque su análisis se limita a lo superficial. Se muestra a la ética prácticamente como una virtud inherente del reportero. En esta tesis se recopilaron distintos ejemplos donde la ética puede ser obviada con el fin de obtener la información. ¿Hasta dónde se puede permitir un reportero sacrificar sus valores por el interés de su medio de comunicación? ¿Cómo manejar casos delicados para no criminalizar a las víctimas? ¿Es necesario que exista tanta violencia en las portadas de nota roja?

Sin duda, todas estas preguntas podrían servir para elaborar nuevas tesis relacionadas con el ejercicio periodístico y resulta curioso que el comunicólogo se las hace sólo hasta que lo ha visto en la práctica. Podría irse más allá al analizar puntualmente la ética en los medios de comunicación y el tema no daría únicamente para un taller o materia complementaria, sino para dos módulos de un semestre cada uno. En tiempos donde la violencia se ha vuelto cotidiana, la cultura del narco se vende como producto comercial. En la portada de periódicos como *Metro*, *Pásala!* o *El Gráfico* se ha dejado de lado el fotoperiodismo narrativo para enfocarse sólo en lo grotesco. Es urgente que los alumnos de periodismo tengan bases de empatía y valores que les permita ofrecer información de calidad y con sentido humano.

Hacer periodismo de nota roja no significa convertirse en policía ni mucho menos ser indiferente al dolor humano; al contrario, se presenta como una oportunidad para adentrarse en la tragedia humana, entender la violencia y ofrecer a los lectores historias que los inviten a reflexionar, a exigir derechos y garantías, a ser más precavidos en su vida diaria. La nota

roja no debería ser una compilación de hechos violentos sin un valor agregado o ético detrás porque entonces se transforma en boletín informativo.

El derecho, la ética, el análisis de la violencia en el periodismo, son temas indispensables para el periodista; aunque también lo es el manejo y especialización en nuevas tecnologías. En menos de una década las formas de establecer la comunicación cambiaron con el uso de las redes sociales y los nuevos dispositivos móviles. Tan sólo en 2010, cuando el autor de esta tesis inició su carrera periodística, aún se utilizaba el Nextel para establecer comunicaciones inmediatas con fuentes, reporteros, editores, etcétera. Para 2017 esa tecnología se volvió obsoleta al grado que las noticias actualmente pueden conocerse en tiempo real a través de redes como *Twitter*, con un solo mensaje enviado por medio del *smartphone*. El mismo periódico en su formato físico se ha vuelto obsoleto ante la velocidad de internet para mantenerse informado. En México, periódicos como *Milenio*, *Excélsior* o *El Financiero Bloomberg* han apostado por los formatos multiplataforma (redes sociales, página web, televisión, radio, impreso) con el fin de mantenerse vigentes y cubrir las exigencias de las nuevas generaciones de consumidores. Por otro lado, periódicos que en las décadas de los 80 y 90 fueron revolucionarios por su apuesta independiente e impulsados por las mejores plumas del periodismo de aquella época, actualmente viven una crisis financiera, de alcance de seguidores e informativa; dos de los casos más claros son *La Jornada* y *Reforma* que en menos de una década fueron rebasados por el internet y por el nuevo sistema multiplataforma que ofrecen otros medios de comunicación. Ambos diarios han apostado por la supervivencia del periódico y en el caso de *Reforma* por información en su portal sólo para suscriptores, misma que se puede leer de forma libre en otros medios. Apenas entre 2015 y 2016, *Reforma* comenzó a explorar en el terreno de televisión, tarde y de nueva cuenta con contenidos “exclusivos” que no hicieron eco en los consumidores. El no adaptarse a la era digital multiplataforma le ha costado a *Reforma* la reducción de su plantilla de reporteros y editores a la mitad, la desaparición de suplementos o secciones completas, así como recortes de presupuesto durante todo 2016. Tras 24 años de carrera, el director editorial de *Reforma*, René Delgado renunció el 27 de mayo de 2017; la salida de Delgado representó la parte visible de una serie de despidos que incluían a personajes que dieron credibilidad al periódico: Arturo Sierra, Agustín Márquez, Luis Veloz, Ricardo del Castillo, el monero Rictus, la mayoría justificados con el argumento que existía una crisis financiera y ya no era

posible pagar los sueldos. En el caso de *La Jornada*, a finales de 2016 hubo recorte de prestaciones y reducciones de salarios con el fin de mantener la operación de la empresa editorial. Las televisoras más poderosas del país tampoco supieron adelantarse a la revolución de contenidos que venía ocurriendo desde la década pasada con *YouTube* y el *streaming* con *Netflix*; la generación *millennial* no se informa a través de los diarios, lo hace en internet por medio de *Vice*, *BuzzFeed*, *Twitter*, no ven el noticiero de las 10 de la noche ni consumen telenovelas porque prefieren ver las transmisiones en vivo de *Facebook*, *YouTube* o las series de *Netflix*.

Muchos teóricos y analistas de la comunicación daban por muerta la visión romántica del periodista que sale a tomar nota en su libreta, que vuelve a las redacciones para pulir la nota y verla impresa al día siguiente; aquella visión se negaba a morir y hace 10 años los profesores aún la mostraban como vigente. Hoy en día, si bien no ha desaparecido del todo, los periodistas que se han empeñado en conservar ese modo de trabajo se han vuelto obsoletos para los medios de comunicación.

El reto de quienes ya ejercemos la profesión, de los estudiantes y de los académicos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales está en convertir al profesional de la Comunicación, del Periodismo, en alguien capaz de manejar distintas plataformas. Ya no basta que el reportero sepa las preguntas básicas del periodismo o cómo estructurar una nota; la exigencia de los medios multiplataforma requiere que el profesional de la comunicación sepa manejar redes sociales, que pueda transmitir una noticia en vivo desde su celular o pueda armar una nota en tiempo real y publicarla en el portal de su medio. Vivir, enseñar y desempeñar de forma romántica el periodismo, se reflejará en profesionales poco capacitados para obtener un lugar en los medios de comunicación.

Por último, la creación de una materia especializada en el Periodismo Policiaco es fundamental. El Güero Téllez, Gabriel García Márquez, Truman Capote, todos se vieron atraídos por bastedad de narrativa que les podía permitir la investigación de hechos violentos. Más allá de mencionar escritores o periodistas reconocidos, el periodismo en México no podría explicarse sin la existencia de compilaciones como *El Libro Rojo*, que da cuenta de cómo este género ha formado parte de los distintos periódicos y medios desde épocas coloniales. No basta con abordar al periodismo policiaco como parte de una materia de Géneros Periodísticos ni en un Taller de Periodismo, se habla de un margen de historia que

va de 1870 hasta la actualidad. Sin duda sería una materia que podría abordar la evolución de las tragedias que han envuelto a la nación: la espectacularidad de un suicidio desde la catedral en el México del siglo XIX, las crónicas de fusilamientos, las artísticas fotos de Enrique Metinides, los asesinatos políticos de 1994, la evolución del narcotráfico o las épocas de oro de *La Prensa*, *Alarma*, *Metro* o *El Gráfico*.

Como se mencionó al principio de esta tesis, no se debe entender al periodismo policíaco o de nota roja como una rama menor dentro de la profesión sino como una de las grandes fuentes que ha sido escuela para diversos periodistas y literatos. El periodismo policíaco puede llegar a ser uno de los generadores de cambios sociales; tan sólo la presión de asociaciones ciudadanas y periodistas dedicados a la cobertura de casos de violencia contra mujeres ayudó a que se legislara para la tipificación del delito de Femicidio. Notas que inician como casos policíacos aislados han escalado hasta convertirse en temas coyunturales que reflejan el estado de descomposición del tejido social. La nota roja no sirve únicamente para vender morbo, es un termómetro de lo que somos como sociedad y de lo que aún nos falta para aspirar a ser una nación de primer orden global.

Esta tesis se concluyó el 6 de febrero de 2018

Bibliografía

BAENA Paz, Guillermina. *Manual para elaborar trabajos de investigación documental*. México, Trillas, 1994.

GARCÍA Márquez, Gabriel. *Crónica de una muerte anunciada*. México, Diana, 2014.

GARMABELLA, José Ramón. *El Güero Téllez. ¡Reportero de policía!*. México, Debolsillo, 2008.

GONZÁLEZ Reyna, Susana. *Manual de redacción e investigación documental*. México, Trillas, 1994.

GRANADOS Chapa, Miguel Ángel. *Buendía. El primer asesinato de la narcopolítica en México*. México, Grijalbo, 2013.

LARA Klahr, Marco y Francesc Barata. *Nota(n) roja. La vibrante historia de un género y una nueva manera de informar*. México, Debate, 2009.

LOMBARDO, Irma. *De la opinión a la noticia*. México, Kiosko, 1992.

MANSELL, Henning. *Asesinos sin rostro*. México, Tusquets, 2001.

MARÍN, Carlos. *Manual de Periodismo*. México, Grijalbo, 2003.

MONSIVÁIS, Carlos. *A ustedes les consta: antología de la crónica en México*. México, Era, 1980.

MONSIVÁIS, Carlos. *Los mil y un velorios. Crónica de la nota roja en México*. México, Debate, 2010.

ROJAS Soriano, Raúl. *Guía para realizar investigaciones sociales*. México, Plaza y Valdés, 2003.

SAVIANO, Roberto. *Gomorra*. México, Debate, 2009.

TALESE, Gay. *El silencio del héroe*. España, Alfaguara, 2013.

THOMPSON, Hunter S. *Fear and Loathing in Las Vegas*. Estados Unidos, Vintage Books, 1998.

VALLEJO, Fernando. *Peroratas*. España, Alfaguara, 2013.

VILLORO, Juan. *Safari Accidental*. México, Joaquín Mortiz, 2005.

Hemerografía

ESQUIVEL, Jesús. *El caso Buendía, ligado al de 'Kiki' Camarena*. Revista *Proceso*. México, número 1953, publicado el 5 de abril de 2014.

Cibergrafía

AMADO, María Inés. “Cronistas de América Latina”, [en línea], España, blog *Papeles Perdidos* del periódico *El País*, 17 de febrero de 2012, Dirección URL: <http://blogs.elpais.com/papeles-perdidos/2012/02/cronistas-de-am%C3%A9rica-latina.html>, [consulta: 9 de noviembre de 2015].

GOUREVITCH, Philip. “Nonfiction deserves a Nobel”, [en línea], Estados Unidos, *The New Yorker*, 9 de octubre de 2014, Dirección URL: <http://www.newyorker.com/culture/cultural-comment/nonfiction-deserves-nobel>, [consulta: 9 de noviembre de 2015].

LÓPEZ, Alfred. “¿Cuál es el origen de llamar ‘prensa amarilla’ al periodismo sensacionalista?”, [en línea], Madrid, blog *Ya está el listo que todo lo sabe* del portal *20 Minutos*, Dirección URL: <http://blogs.20minutos.es/yaestaellistoquetodolosabe/cual-es-el-origen-de-la-expresion-prensa-amarilla/>, [consulta: 1 de abril de 2014].

MELCHOR, Fernanda. “La experiencia estética de la nota roja. Los orígenes del periodismo sensacionalista en México”, [en línea], México, *Revista Replicante*, diciembre de 2012, Dirección URL: <http://revistareplicante.com/la-experiencia-estetica-de-la-nota-roja/>, [consulta: 1 de abril de 2014].

OLMEDO, Iliana. “Svetlana Alexievich o el peso de la historia”, [en línea], México, suplemento *Confabulario* del periódico *El Universal*, 10 de octubre de 2015, Dirección URL: <http://confabulario.eluniversal.com.mx/svetlana-alexievich-o-el-peso-de-la-historia/>, [consulta: 9 de noviembre de 2015].

“Fiscalía de delitos contra la prensa, rebasada: Artículo 19”, [en línea], México, nota publicada en el periódico *El Financiero*, 16 de mayo de 2017. Dirección de URL: <http://www.elfinanciero.com.mx/nacional/fiscalia-de-delitos-contra-la-prensa-rebasada-y-hecha-jirones-articulo-19.html>, [consulta: 28 de mayo de 2017]

Real Academia Española; diccionario de la lengua española (DRAE), edición 22, publicada en 2001, Dirección URL: <http://lema.rae.es/drae/?val=amarillismo>, [consulta: 31 de marzo de 2014].

Entrevistas

Luis Barrera, fotógrafo del periódico *La Prensa*, México, 19 de septiembre de 2016.

Agustín Márquez, fotógrafo del periódico *Reforma*, México, 22 de septiembre de 2016.

Arturo Sierra, reportero de Justicia del periódico *Reforma*, México, 16 de junio de 2014.

Pedro Terán, editor de Justicia del periódico *Reforma*, México, 11 de marzo de 2014.